

MIGUEL CASTILLO DIDIER

ALEJANDRÍA Y KAVAFIS



ENSAYO DE CRÓNICA DE UNA CIUDAD Y SU POETA

Centro de Estudios Griegos Bizantinos y Neohelénicos
Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad de Chile
2007

UNIVERSIDAD DE CHILE
Rector
Víctor L. Pérez Vera
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
Decano
Jorge Hidalgo Lehuedé
Vicedecano
Bernardo Subercaseaux Sommerhoff
Centro de Estudios Griegos
Bizantinos y Neohelénicos
“Fotios Malleros”

Miguel Castillo Didier
Alejandría y Kavafis Ensayo de crónica de una ciudad y su poeta
Αλεξάνδρεια και Καβάφησ Σχέδιο χρονικού μιας πόλης και του
ποιητή της

ISBN 978-956-19-0569-6
Registro Propiedad Intelectual N° 163962

Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos “Fotios
Malleros”
Universidad de Chile Casilla 73, Sucursal Grecia, Santiago
www.estudiosgriegos.cl
micastilgriego@gmail.com

Foto portada: Miguel Saldías
Contraportada: Dibujo de Hermann Tiersh

Diseñor y Producción Gráfica
TAE Producciones
E-mail : carlosponce_100@hotmail.com
Dirección Técnica : Edison Moreno
Diagramación : Rosa Becerra – Tel/fax: 343 9139
Santiago – Chile

Presentación

El Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos “Fotios Malleros” tiene el agrado de presentar este libro, dedicado a Alejandría y al mayor de los poetas que, a través de los siglos, cantaron su belleza y su poesía. La obra quiere ser una crónica poética de la Ciudad de Alejandro, en la que floreció un espíritu ecuménico, en la que florecieron las ciencias, las artes y las letras, y donde convivieron distintos pueblos y diferentes ideas y religiones. Alejandría – ciudad árabe, griega durante un largo y fecundo período, cosmopolita siempre – ciudad que encanta a quien la conoce. Constantino Kavafis, en su poesía, revivió su glorioso pasado y canto su mágico presente. Los nombres del Poeta y de la Ciudad están unidos para siempre y entregan un mensaje universal de humanismo y belleza.

Παρουσίαση

Το Κέντρο Αρχαίων, Βυζαντινών και Νέων Ελληνικών Σπουδών Φώτιος Μαλλέρος, του Πανεπιστημίου Χιλής, έχει την ευχαρίστηση να παρουσιάσει το παρόν βιβλίο, αφιερωμένο στην Αλεξάνδρεια και στον μεγαλύτερο από τους ποιητές που, συνεχώς κατά τους αιώνες, τραγούδησαν την ομορφιά και την ποίησή της. Το έργο φιλοδοξεί να είναι ένα ποιητικό χρονικό της Πόλης του Αλεξάνδρου, όπου άνθισε ένα οικουμενικό πνεύμα, όπου άνθισαν οι επιστήμες, οι τέχνες και τα γράμματα, και στην οποία συμβίωσαν διάφοροι λαοί και διαφορετικές ιδέες και θρησκείες. Αλεξάνδρεια - αραβική πολιτεία, ελληνική κατά τη διάρκεια μιας μακράς και γόνιμης περιόδου, πάντοτε κοσμοπολίτικη. Αλεξάνδρεια – πόλη που μαγεύει όποιον τη γνωρίζει. Ο Κωνσταντίνος Καβάφης, στην ποίησή του, αναβίωσε το ένδοξο παρελθόν της και τραγούδησε το μαγικό της παρόν. Τα ονόματα του Ποιητή και της Πόλης του παραμένουν ενωμένα για πάντοτε και προσφέρουν ένα οικουμενικό μήνυμα ουμανισμού και ομορφιάς.

Aleandría se abre ante un mar soñador y sus olas homéricas se hacen y deshacen a impulsos de las frescas brisas procedentes de Rodas y el Egeo. No oyes nada, salvo el rumor del mar y los ecos de una historia extraordinaria.

Lawrence Durrell, 1961.

Aleandría, por fin Aleandría. Bella gota de rocío.
Flor de nimbo blanco. Seno de fulgor,
húmedo de agua celestial. Corazón de nostalgia, empapado en miel
y lágrimas.

Naguib Mahfouz, 1967.

Aleandría es una joya de espléndido brillo y una virgen
ataviada de lucientes adornos. Ilumina Occidente con su gloria;
combina bellezas de la más diversa descripción, a causa de su
situación entre Oriente y Occidente. Allí toda maravilla se
despliega para ser vista por todos los ojos y allí suceden toda clase
de cosas peregrinas.

Ibn Battuta, s. XIV.

Dios quiere decir Aleandría al hablar de una ciudad semejante a la
cual no existe otra en el mundo.

Ibn Mohammad al Madriti, s. XIV-XV

Si un hombre va en peregrinación por Aleandría por la mañana,
Dios hará para él una corona de oro, engastada con perlas,
perfumada con almizcle y alcanfor y reluciente de Oriente a
Occidente”.

Ibn Dukmak, s. XV.

Acércame tu mar mediterráneo,
tu Faro prodigioso, mirada de Dios
que descuelga sus súbitos
balcones para mirar
tu esplendoroso sueño.

Matías Rafide, s. XX-XXI.

Empero si pedís otras cosas, hélas aquí también claras:
la ciudad maestra, la cumbre del mundo panhelénico,
en todo género literario, en todo arte la más sabia.

Constantino Kavafis, s. XIX-XX.

En Alejandría sembramos nuestras lágrimas.
Quizás alguna vez broten en los mármoles de las tumbas.
También allí sembramos nuestra lengua y nuestra fe.

Dimitris Alexandru, s. XX-XXI.

Alejandría es única. No creo que exista otra ciudad que haya sido
tan amada por nativos y extranjeros. No creo que exista otra
ciudad que haya provocado tanto dolor a aquellos que debieron
abandonarla

Dafni Alexandru, s. XX.



A Alejandría, a su Poeta y a su poesía.
A la querida memoria de Iván Viedma (+24.IV.2007), que amó a
Grecia, su lengua y su poesía, excelente alumno, compañero y
y amigo, que tan prematuramente perdimos.
Στην Αλεξάνδρεια, τιν Ποιητή και την ποιησή του.
Στην αγαπητή μνήμη του Ιβάν Βιεδμα (+24.IV.2007), που αγάπησε
την Ελλάδα, τη γλώσσα και την ποιησή της, εξάριετο φοιτητή,
συμμαθητή και φίλο, που τόσο πρόωρα τον χάσαμε.

ÍNDICE

Un lugar único	9
El fundador	12
La fundación	16
Un nuevo espíritu	20
El Museo	25
La Biblioteca	31
El Faro	37
La grandeza de Alejandría	42
La ciudad y los árabes	55
El Egipto moderno y la Alejandría rediviva	62
La ciudad y su poeta	66
¿Por qué Alejandría? 7	92
La ciudad: realidad y símbolo en la poesía	111
¿Cómo era el poeta de Alejandría?	130
Los retratos del poeta	134
La casa del poeta	142
La tumba del poeta	147
Alejandría, siempre Alejandría	149
Epílogo: En la puerta del cementerio griego de Alejandría	152
Reseñas de libros sobre Alejandría	154

Aleandría y Kavafis

Ensayo de crónica de una ciudad y su poeta.

El rumor de un mar soñador y los ecos de una historia extraordinaria...

Es lo que se siente cuando se llega a Alejandría. La poesía sobrecogedora de su mar y la de un pasado fascinante que encuentras dormido en cada calle, en cada rincón, te envuelven y no te abandonan ya más. Y te seguirán cuando te alejes. La ciudad te seguirá, como dice el verso del que acaso haya sido su mayor poeta.

Alejandría. Es así. Es un lugar único. No puede sino atraparte. Alejandría, una ciudad empapada de pasado, de un pasado cautivante, “la ciudad madre, poética sin saberlo, ilustrada por los nombres y rostros que han compuesto su historia”.

Un lugar único

Alejandría, ciudad ligada a nombres de diversas razas y culturas, pero más íntimamente ligada a lo griego, puesto que Alejandro Magno la hizo brotar desde las arenas del desierto. No pocos siglos antes de que llegara a existir, navegantes griegos habían observado su costa quizás única en todo el Mediterráneo. Un poeta griego, el mayor acaso, había pronunciado y dejado en su poema una palabra, el nombre de la isla que parecía vigilar o resguardar aquella ribera de mar. Con esa palabra φάρος pharos,

Homero se adelantaba en centurias al bautizo de lo que sería una de las maravillas del mundo antiguo y acaso de todos los tiempos: el Faro de Alejandría, que en ese terreno insular sería construido. “Es significativo que atisbemos por vez primera la costa [de Alejandría] a través de los ojos de un navegante griego”, anota Forster¹.

Éstos son los tan recordados versos homéricos sobre la isla que después enfrentaría a la ciudad de Alejandro:

Una isla hay allí que rodean las olas sin cuento:
Faros lleva por nombre y está frente a Egipto, a distancia
tal que en una jornada salvara un bajel si por suerte
a soplarle de popa viniese la brisa silbante;
tiene un cómodo puerto, de él saca la gente sus naves
bien obradas al mar, hecho acopio del agua sombrosa.²

Ya en aquellos tiempos confundidos en el mito, el nombre del país para los griegos era el de su rey Áigypptos, descendiente directo de Poseidón, por su padre, y, por su madre, del dios río Neilos. Después el país, siempre rodeado por un halo de misterio, fue mirado como el país de la sabiduría, y figuras insignes del espíritu griego, como Solón, Heródoto y Platón, se impondrían como un deber el viajar a Egipto.

El lugar donde se alzaría la futura ciudad distaba unos 60 kilómetros de la antigua ciudad griega de Náucratis. El espacio había sido explorado por los griegos muchos siglos antes y era realmente excepcional. Allí se había establecido el asentamiento de Rakhotis. Y parece raro que sólo en el siglo IV, un hombre con vocación de conquistador y fundador de ciudades se fijara en ese espacio. Acaso la futura urbe, que tan gloriosa llegaría a ser,

¹ Forster: *Alejandría Historia y guía*, Prólogo Lawrence Durrell, traducción Jordi Beltrán Ferrer, Seix Barral, Barcelona, 1984, p. 33.

² Homero: *Odisea*, Introducción Carlos García Gual, Traducción José Manuel Pabón, Edit. Gredos, Madrid, 200, IV, 354-355.

esperaba a un fundador también excepcional. Quizás sólo un Alejandro podría crearla, hacerla surgir de las candentes arenas del desierto africano.

“Aquí estaba el lugar más idóneo: un puerto espléndido, un clima perfecto, agua dulce, canteras de piedra caliza y fácil acceso al Nilo. Aquí perpetuaría Alejandro lo mejor del helenismo y crearía una metrópoli para aquella Grecia más grande que no debía consistir en ciudades-estado, sino en reinos, e incluir a la totalidad del mundo habitado. Y fundó Alejandría”³.

"A menudo se ha dicho por qué la mísera y pequeña Rhakotis egipcia fue escogida para ser transformada en capital del mundo. La boca canópica del Nilo había servido por mucho tiempo a ese pequeño comercio marítimo que los egipcios habían mantenido hasta entonces con el Levante extranjero. De las otras bocas, sólo la de Pelusion era accesible para un navío mucho más grande que una barca de pesca. La boca misma de Cánopo tenía una barra peligrosa. Y si los navíos mercantes podían entrar, ofrecía un abrigo seguro a los barcos de guerra macedónicos, destinados en adelante a proteger el Levante. La entrada, la salida, las condiciones en tierra, que no eran ni sanas ni seguras, todo estaba en contra de la boca canópica. Pero en Rhakotis, algunas millas al oeste, Alejandro encontró un emplazamiento de piedra calcárea, seca, elevado sobre el nivel del delta; cercana a un agua interior potable, y navegable, gracias a un canal que la traería del Nilo; y relativamente al abrigo de los aluviones canópicos que la punta de Abukir dirige hacia el mar; y cubierto por una isla que, una vez unida a tierra firme por un malecón podría ofrecer refugios alternativos contra los vientos marítimos, de cualquier lado que vinieran. Era la única solución posible en Egipto para construir un puerto abierto, sano, destinado a las flotas marítimas

³ E. M. Forster, op. cit., p. 34.

macedónicas y, en particular, a los buques de guerra, a los cuales, ya en aquella época, se tendía a aumentar el tonelaje y el calado"⁴.

La isla de Faros tenía unos 5 kilómetros de largo y estaba situada a alrededor de dos kilómetros de la costa. El molo que debía construirse para unirla a ésta debería tener una longitud de siete estadios.

Rápidamente, la ciudad llegará a ser centro de un inmenso mundo griego - del "mundo panhelénico" en palabras del poeta Kavafis -, del mundo helenístico, que en un momento abarcaba las riberas de tres continentes en el Mediterráneo y que se adentraba en el Asia hasta la India. Desde un comienzo, caracteriza a Alejandría una persistente vocación ecumenista, una decidida opción universalista. Dos instituciones, el Museo y la Biblioteca, y un edificio único en su especie por su grandeza, el Faro, dan cuenta de esa vocación. Y muchos, a través de los siglos, relacionarán sus vocaciones personales con la de la ciudad: los Ptolomeos, Antonio, Cleopatra, y tantos más. En los siglos XIX y XX habrá estudiosos que vivirán esa identificación. Por ejemplo, Jean-Yve Empereur, enamorado de Alejandría, historiador y arqueólogo, creador en 1990 del Centro de Estudios Alejandrinos: "Me he ocupado del mundo helenístico, porque representa a mis ojos la exitosa eclosión del mundo griego y un momento de la historia en el que el ciudadano, sin dejar de ser ciudadano de su urbe, llega a ser un auténtico ciudadano del mundo helénico, es decir, de todo el mundo conocido en aquella época"⁵.

El fundador

⁴ Edwyn Bevan: *Histoire des Lagides 323-30 a. J.-C.*, Préface de René Grousset, Traduit de l'anglais par É. J. Lévy, Payot, París, 1934, pp. 17-18.

⁵ Cit. por Daniel Rondeau: *Alexandrie*, Traducción al griego s. n. t., Ediciones Alexandria, Atenas, 2001, p. 202.

Sin duda alguna, Alejandro Magno es uno de los personajes más fascinantes de la historia⁶. Su vida, breve, está signada por hechos extraordinarios, por una carrera de armas meteórica, que lo llevó a crear un imperio que resulta casi increíble para su época y para los cortos años en que lo formó. Nacido en la capital del reino de Macedonia, en Pella, el año 356 a. C., hijo de Filipo II y de Olimpíada, en su educación tuvo parte importante Aristóteles,

⁶ Como es sabido, las fuentes que podríamos llamar primarias para el conocimiento de la vida y hechos de Alejandro son fragmentarias: lo poco conservado de escritos de Clístenes, Efipo de Olinto, Cares de Mitilene, Nearco de Creta, Medio de Larisa, Onesícrito de Astipalea, Políclito, Clitarco, Aristóbulo y Ptolomeo. De Efipo de Olinto se origina la presentación negativa de Alejandro, como bebedor en exceso y vicioso. Es a los autores de la llamada segunda generación de historiadores a los que debemos textos extensos: Plutarco, Diodoro de Sicilia y Arriano de Nicomedia. Diodoro vive en el siglo I a. C. y los otros dos historiadores en la centuria siguiente a Cristo, por lo que están ya alejados de la época de Alejandro. La *Historia de Alejandro Magno* del primer Ptolomeo, que vivió de cerca hechos importantes de la vida y muerte de Alejandro, desafortunadamente no se conservó. Plutarco y Arriano la utilizaron y transmiten algunos de sus testimonios. Hay que considerar también la obra del latino Quinto Curcio (s. I o II). Si bien todos estos autores son considerados historiadores, no dejan de acoger, unos más y otros menos, algunos de los elementos que conformarán la leyenda y la leyenda novelesca de Alejandro, cuyo punto de partida será la obra de Pseudo Calístenes, en el siglo III d. C., de la que se derivarán diversas versiones en varios idiomas. En español tenemos traducciones de los tres historiadores griegos y del latino: Plutarco: *Vida de Alejandro* y Diodoro Sículo: *Alejandro Magno*, Edición de Antonio Guzmán Guerra, AKAL, Madrid, 1986; Arriano: *Anábasis de Alejandro Magno*, Introducción de Antonio Bravo G., traducción y notas de Antonio Guzmán G., Gredos, Madrid, 1982. De la “novela” de Pseudo Calístenes: *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, Traducción, prólogo y notas Carlos García Gual, Gredos, Madrid, 1977. Sigue siendo de valor la *Historia de Alejandro Magno* de Johann Gustav Droysen, complementada y puesta al día en la edición crítica de Irkos y Stantis Apostolidis, en traducción, con introducción y comentarios de Renos Iraklís Apostolidis, Eleftherotipia, Atenas, 1993; así como su *Historia de los Sucesores de Alejandro*, en edición de los estudiosos nombrados, Ed. Eleftherotipia, Atenas, 1993. Muy esclarecedora en cuanto a la relación del guerrero y sus conquistas con el Asia es *Alexandre et l'Asie Histoire d'un legs spirituel* de Franz Altheim, Traduction de H. E. del Medico, Payot, París, 1954.

entre los años 343 y 340. La influencia del filósofo sobre el discípulo fue muy importante en diversos planos, entre otros, en su concepción de la ciudad. Esto ha sido estudiado agudamente por André Bernand respecto de la fundación de Alejandría.

Una somera cronología puede señalar los pasos de una vida extraordinaria.

El año 340 comienza a reemplazar a su padre en algunas funciones. El 338 participa en la batalla de Queronea, en la que su padre venció a atenienses y tebanos. El 336 se encuentra en una expedición a Tracia, cuando debe pasar a ocupar el trono, a la muerte de Filipo. Al año siguiente expediciona a los Balcanes y en septiembre de ese año toma Tebas y la arrasa. En mayo del 334 vence a los persas en la batalla que se desarrolló junto al río Gránico. Antes, al pasar por la Tróade, había visitado el lugar de la lucha y muerte de Aquiles, a quien rinde homenaje. A fines del 333 vence a Darío en Iso. Al año siguiente toma la ciudad de Tiro, luego de un arduo y prolongado sitio. Sucesivamente se entregarán al joven guerrero Arados, Biblos, Sidón y a fines del 332 la ciudad de Gaza. En octubre de ese año, Alejandro entra en Pelusion, la llave del misterioso Egipto, país que es conquistado en forma rápida, sin necesidad de acciones militares de importancia. Es reconocido como faraón; visita el oráculo del dios Amón en Siwah, siguiendo una larga tradición griega⁷ y haciendo así un gesto de doble simbolismo: continuar una costumbre helénica y reverenciar un santuario egipcio.

Al comenzar el año siguiente, en enero, posiblemente el 23, según la datación prejuliana, funda la ciudad de Alejandría. Desde allí partirá hacia el Oriente, en una expedición que hasta hoy parece casi increíble, para llegar hasta la misma India. La lengua y la cultura griega ampliarán enormemente sus espacios. En verdad, estará naciendo un mundo nuevo, como lo dice veintitrés siglos

⁷ Según escribió Platón en *Las leyes* 738 b, unos 30 años antes de la visita de Alejandro, los oráculos adonde más acudían los griegos eran los de Delfos, Dodona y el de Amón.

después el poeta Kavafis, por los labios de un griego que medita en el año 200 a. C.

Y de esta maravillosa expedición panhelénica,
la victoriosa, la brillante,
la famosísima, la gloriosa
como otra alguna no fue jamás glorificada,
la incomparable: hemos salido nosotros:
un mundo griego nuevo, grande.

Nosotros: los alejandrinos, los antioquenses,
los seléucidas, y los innumerables
helenos restantes del Egipto y de la Siria,
y los de Media, y los de Pérsida, y tantos otros.
Con los vastos dominios,
con la variada acción de hábiles adaptaciones.
Y la Común Lengua Griega
la llevamos hasta el interior de Bactriana, hasta el Indo.

El período que se inaugura con las conquistas de Alejandro y que se caracteriza por una cultura original y nueva, ecuménica, nacida de la recíproca penetración del mundo griego y del oriental, fue denominado período del “helenismo” por Johann Gustav Droysen (1808-1884). Aunque el término sigue siendo utilizado también con otros sentidos, designa corrientemente la civilización helenística⁸. En su *Historia de Alejandro*, que mencionamos en la nota 6 aparece ya el concepto del “Helenismo como primera Welteinheit”, unidad ecuménica.

Ocho años después de la fundación de Alejandría, morirá el extraordinario guerrero. Su entierro definitivo será en la ciudad que perpetuaría su nombre, pero las huellas de su tumba se

⁸ Luciano Canfora: *Ellenismo*, Traducción al griego (como Helenismo Interpretación de la época helenística) Spiros Marketos, Ediciones Alexandria, Atenas, 2002, p. 11.

perderán en los siglos posteriores a Cristo. El año 30 a. C., cuando Octavio, el futuro César Augusto, entre a la conquistada Alejandría, visitará el sepulcro de Alejandro y rendirá homenaje al ya legendario guerrero.

La fundación

Vale la pena recordar el relato de Plutarco sobre la fundación de Alejandría: “Cuentan, en efecto, que una vez que conquistó Egipto, [Alejandro] quiso fundar una ciudad que fuera grande y populosa, y denominarla según su propio nombre; y ya tenía casi medido y acotado el emplazamiento, según consejo de los arquitectos, cuando durante la noche, acostado, tuvo una visión maravillosa; le pareció que un anciano de canosa cabellera, de aspecto muy venerable, colocándose a su lado, le recitaba los siguientes versos:

‘Una isla hay allí que rodean las olas sin cuento:
Faro lleva por nombre y está frente a Egipto.’

“Levantóse temprano al día siguiente, y se puso en camino hacia Faros, que por entonces era aún una isla, algo más arriba de la desembocadura Canópica, aunque ahora está unida al continente por una calzada. Al contemplar, pues, lugar tan ventajoso y favorecido (se trata, en efecto, de una lengua de tierra regular y llana, semejante a un istmo, que separa de una parte un gran lago y de otra el mar que remata en un gran puerto) exclamó ‘cómo Homero, que en lo demás era admirable, fue también el más sabio arquitecto’⁹, y a continuación ordenó diseñar el plano de la ciudad ajustándose a las características del terreno. Al no haber tierra caliza, tomaron cebada y trazaron sobre la tierra negra un área

⁹ Por haberle sabido indicar el mejor emplazamiento para la fundación de la ciudad. N. del traductor A. Guzmán Guerra.

semicircular, de cuya base interior partían unos rayos, formando la figura de una clámide¹⁰; el rey se ufanaba del diseño, cuando repentinamente aparecieron unas aves que venían del río y de la laguna, incontables en número, y de especies y tamaños muy diversos, que descendiendo parecidas a las nubes, no dejaron un grano de cebada, ante cuyo agüero Alejandro quedó consternado. Sin embargo, los adivinos le recomendaron tener confianza (la ciudad, en efecto, no sólo iba a tener abundantes recursos por sí misma, sino que iba a ser además nodriza de gentes de otras partes), por lo que ordenó que los encargados empezaran las obras, mientras él emprendía la marcha hacia del santuario de Amón”¹¹.

Arriano cuenta también la anécdota de haber sido dibujada la ciudad, no con polvo de piedra caliza, sino variando el material que se improvisó para ello, que habría sido harina. Más importante es este párrafo de su relato: “Llegado a Cánopo, bordeó el lago llamado Mareotis, y desembarcó en el lugar donde ahora se encuentra la ciudad de Alejandría, así llamada por el nombre del propio Alejandro. Le pareció, en efecto, aquel lugar muy idóneo para fundar una ciudad, que con el tiempo habría de ser próspera en grado sumo. Sintió por la nueva fundación gran interés, fijando él mismo los límites de la ciudad y el número de templos y de dioses que en ellos se venerarían, incluyendo no sólo a los griegos, sino también al egipcio Isis”¹².

Varios siglos después, en la tercera centuria d. C., el Pseudo Calístenes narra un episodio, con seguridad fabuloso, pero decidor de lo que ya había llegado a ser la ciudad desde hacía casi unos seiscientos años. Alejandro habría encontrado una inscripción profética en los obeliscos que, según ese autor “hasta ahora están

¹⁰ La clámide es un manto militar de Macedonia y Tesalia. Es un tópico comparar el plano de una ciudad con el contorno de una capa. Para Estrabón, incluso el conjunto de la tierra habitada tiene este mismo perfil. N. del T.

¹¹ Plutarco: *Vida de Alejandro*, ed. citada en nota 5: 26, 4-9.

¹² Arriano: *Anábasis de Alejandro Magno*, III, 260-4.

en el Serapion”, que anunciaban la grandeza de la ciudad que el guerrero iba a fundar:

‘Éste será el privilegio de la ciudad: urbe de hermosos templos, que ha de superar con su población a las mayores multitudes y que será excelente por la buena composición de su clima’¹³.

Jean-Yves Empereur, refiriéndose a la decisión de Alejandro de situar el emplazamiento de la ciudad en aquel punto de la costa egipcia, entre el mar y un lago, expresa: “¿Cuáles eran las razones que hacían que Alejandro Magno eligiera ese peculiar espacio para la futura Alejandría? El propósito del gobernante macedonio era sobre todo el llevar a Egipto más cerca del mundo griego, y necesitaba fundar un nuevo puerto que no fuera afectado por las crecidas del Nilo. Su elección recayó en un paraje recoso de espacio que estaba tan cerca como accesible al Nilo. Tenía la agregada ventaja de estar asociado con una isla ya familiar para los griegos, desde que el poeta Homero la había utilizado como escenario de un episodio de la *Odisea*”¹⁴. Hay que recordar que Menelao pasó 20 días en la isla, sin poder partir para tratar de proseguir viaje a Grecia. Allí, gracias al consejo de Idotea, pudo atrapar a Proteo, esperándolo, tendido en la arena en la arena, cubierto con una piel de foca. La divinidad marina lo impuso entonces del triste destino de Agamenón y otros combatientes de Troya¹⁵.

Entre las diversas fundaciones de ciudades que hizo Alejandro, ésta, sin duda, tuvo un carácter especial. Así lo destaca A. B. Bosworth: “La primera fundación nueva del reinado fue, probablemente, Alejandría en Egipto. En este caso, Alejandro estableció una ciudad totalmente nueva en el emplazamiento de

¹³ Pseudo Calístenes: *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, Edición citada en la nota 5, pp. 81-82.

¹⁴ Jean-Yves Empereur: *Alexandria Past, Present and Future*, Traducción J. Brentton, Thames & Hudson, Londres, 2002, p. 14.

¹⁵ Homero: *Odisea* IV, 351-585.

una instalación portuaria en Rhakotis, y él mismo trazó el plano con la ayuda del famoso arquitecto Dinócrates de Rodas. Esta sería una fundación fundamentalmente griega, tal como Alejandro había previsto al elegir personalmente el emplazamiento de un ágora y un templo destinado a dioses predominantemente helénicos (Arriano, III, 1,5) [...]. La ausencia de un componente militar propio sugiere que el primer objetivo de la fundación no era militar. En lugar de ello, las fuentes insisten en la magnificencia de su emplazamiento, en el istmo entre el Mediterráneo y el lago Mareotis, muy bien situado para el comercio, con el interior agraciado con un clima muy salubre y rodeado de tierras ricas para la agricultura. La nueva ciudad añadía un puerto seguro a la inhóspita costa de Egipto y la puerta de entrada a la satrapía que se convirtió en un baluarte griego [...]. Alejandro tenía fuertes motivos personales para fundar una Alejandría que superara a la Filipos fundada por su padre y según parece, puso un gran interés personal en su desarrollo (Arriano, VII, 23, 7); no tenemos constancia de que prestara una atención semejante a ninguna de las otras fundaciones del este. El deseo de gloria de Alejandro y, en este caso, de que lo honraran a perpetuidad como fundador, pudo ser el factor fundamental. El potencial del emplazamiento para el comercio, que, sin duda, gravitaba sobre las cabezas de sus consejeros, era una consideración muy secundaria para él¹⁶.

La ciudad comenzó siendo grande en extensión. Las murallas tuvieron una extensión de 15 kilómetros. Las calles fueron planificadas con anchura notable. Las dos calles principales, que iban a oriente a poniente y de sur a norte tenían 30 metros de ancho, mientras las restantes tenían 15. La Vía Canópica, que comenzaba en el este tomando su nombre del brazo de ese nombre del Nilo, iba desde la Puerta del Sol a la Puerta de la Luna. Esta vía es aquella cuya grandeza describe con arrobamiento el personaje de Aquiles Tacio, destacando sus numerosas columnatas.

¹⁶ A. B. Bosworth: *Alejandro Magno*, Traducción Carmen Francí V., Cambridge University Press, Cambridge, 1996, pp. 360-361.

El lago Mareotis, hoy Mariut, unía a la ciudad con el Nilo, pero luego se construyó un canal para traer agua a las varias cisternas subterráneas, que se llenaban en la época de la crecida del río. La construcción del Heptastadion creó dos puertos: el oriental o Gran Puerto y el occidental o Éunostos, del Buen Regreso. El puerto oriental quedaba así protegido por un especie de círculo incompleto, formado por el avance de la isla de Faros hacia el este y el de la península o cabo Loxías hacia el oeste, hoy cabo Silsileh,. En el interior, la pequeña isla de Antirrodos y la también pequeña punta de Timonium.

Un nuevo espíritu

Una de las consecuencias, acaso la más importante, de las increíbles conquistas de Alejandro en tres continentes, fue el acrecentamiento de la libertad de viajar y de comerciar y la apertura de ámbitos lejanos a la investigación y a la exploración. Plutarco pudo escribir: "Alejandro puso a todos los mortales en comunicación entre ellos". Se ha comparado la ampliación de los horizontes del saber humano a raíz de la gran aventura de Alejandro, con aquella que surgirá más tarde con los grandes descubrimientos geográficos del siglo XV y con la exploración espacial en el siglo XX.

El surgimiento de la Biblioteca, de la idea de una Biblioteca de carácter universal, así como del Museo, como una institución de laboración intelectual, científica y artística pluralista, puede considerarse, sin duda, ligada a la herencia espiritual de Alejandro. Éste, con sus conquistas y con el carácter que ellas tuvieron, no sólo creó el clima apropiado para tales empresas. Es importante considerar que Alejandro no fue solamente un guerrero genial y audaz, sino también un hombre de gran cultura, de una amplitud de espíritu excepcional.

En la formación espiritual, cultural, del futuro conquistador, tuvieron gran influencia las enseñanzas de

Aristóteles y las numerosas lecturas del joven. Plutarco nos informa de su gran afición a leer: “También manifestaba una inclinación natural a la literatura, y era amante de aprender y un muy buen lector. Consideraba – y así la llamaba – a la *Iliada* vademecum del arte militar, y llevaba consigo un ejemplar corregido por Aristóteles que conocían con el nombre de “ejemplar de la caja”, y que siempre tenía junto con el puñal bajo su almohada, según ha escrito Onesícrito. Como no podía conseguir otros libros en las regiones interiores de Asia, encargó a Harpalo que le enviara algunos, y éste le mandó los libros de Filisto, las más célebres tragedias de Eurípides, Sófocles y Esquilo, a más de los ditirambos de Telestes y Filóxeno”¹⁷. Naturalmente, los historiadores y principalmente Heródoto y Jenofonte le eran muy queridos. Este amor por la literatura es también destacado por Ateneo, quien relata que durante la campaña de Persia, Alejandro tomó parte en un concurso, recitando de memoria una escena de la tragedia *Andrómeda* de Eurípides¹⁸.

Si agregamos a esta inclinación lo que nos informan las fuentes acerca del interés de Alejandro por la medicina y por la filosofía, nos formamos la idea de un hombre de intelecto muy amplio e inquieto: “A mi parecer – escribe Plutarco –, fue Aristóteles quien más que otros despertó en Alejandro el interés también por la medicina, pues disfrutaba no sólo con los conocimientos teóricos, sino que auxiliaba a sus amigos enfermos y les aconsejaba cuidados y tratamientos, como se puede inferir de su correspondencia”¹⁹. Importante resulta también la información de Plutarco sobre el interés de Alejandro por la filosofía: “Al principio admiraba a Aristóteles y le amaba, según él mismo decía, no menos que a su padre, pues a éste le debía el vivir, y a aquél el vivir dignamente; más tarde, sin embargo, le miró con cierta sospecha, aunque Alejandro no llegó a causarle ningún mal, y fue

¹⁷ Plutarco, op. cit., 8, 2-3.

¹⁸ Ateneo 12 – 537 D.

¹⁹ Plutarco, op. cit., 8 1.

una prueba de su distanciamiento el que su amistosa disposición hacia él no mantuvo aquella fuerza y afecto original. Sin embargo, el celo y vivo interés por la filosofía, que sentía naturalmente y que fue creciendo con el paso de los años, no desapareció de su alma, como lo atestiguan los honores conferidos a Anaxarco, los cincuenta talentos que enviara a Jenócrates, y el interés que demostrara hacia Dándamis y Cálano”²⁰.

Como lo destaca el profesor El-Abbadí, “la curiosidad intelectual clarividente que distinguía a Alejandro se manifestaba también en sus compañeros de generación, que habían sido igualmente formados con él en el palacio real de Pella, habían recibido la misma educación y se habían beneficiado del mismo ambiente cultural. Pasajes que han llegado hasta nosotros de crónicas debidas a hombres como Calístenes, Nearco y Ptolomeo dan fe de ello”²¹.

Resulta muy importante recordar esto al considerar la obra de Ptolomeo I Soter, el organizador del reino helenístico de Egipto. En palabras de Tácito, aquél fue “el primer rey macedonio que estableció sólidamente la potencia egipcia, dando a Alejandría, recientemente fundada, murallas, templos y cultos”²². La actividad de Ptolomeo como organizador del Estado y de sus instituciones culturales y religiosas, da cuenta de su formación, de su cultura y de su espíritu amplio. “No sólo fue un político muy astuto y de espíritu práctico, autor de una *Historia de Alejandro* que debía valerle la estimación de los escritores que vienen después de él. Conocía sin duda los escritos de Heródoto y de Platón en los que se expresa gran admiración para el pasado de Egipto. En su época, esta escuela de pensamiento encontraba a su mejor representante en Hecateo de Abdera, a quien Ptolomeo incitó a venir a

²⁰ *Ibidem*, 8 4-5.

²¹ M. El-Abbadí: *Vie et destin de l'ancienne Bibliothèque d'Alexandrie*, UNESCO-PNUD, París, 1992, p. 28.

²² Tácito: *Historias* IV, 831.

establecerse en Egipto y a escribir una nueva *Historia de Egipto Aegyptiakā*²³.

El interés y la admiración por la historia y la cultura egipcia, combinadas con la necesidad práctica de dar bases sólidas al reino que debió organizar y a la dinastía que inició, se manifestó en el sincretismo que muestra el sistema religioso creado por Ptolomeo; en el afán de facilitar la convivencia de razas y culturas distintas y en mantener relaciones con regiones de ámbitos humanos y culturales diferentes. Es así como con él comienza el cosmopolitismo alejandrino, que perdurará por muchos siglos. No sólo griegos, egipcios, sirios y hebreos convivirán, sino que la ciudad llegará más tarde incluso a ver indios y a poder escuchar enseñanzas budistas. Y con el tiempo, el comercio atraerá a sus puertos y sus calles a persas, fenicios, romanos, galos, nubios, iberos, que tratarán con la variada población de la ciudad.

Es de destacar el espíritu ecumenista, de tolerancia y respeto para las diversas culturas y religiones, que lega Alejandro a su ciudad. En los países conquistados, no hubo destrucción o usurpación de templos ni persecuciones religiosas, como, desafortunadamente se vieron más tarde de parte del paganismo, primero, y luego del cristianismo y algunos musulmanes, como los islamizados turcos. Los dioses egipcios fueron respetados y sus templos no sólo conservados, sino objeto de magníficas donaciones de parte de los Ptolomeos²⁴.

Como expresa Mauro Giachetti: “Es en los reinos helenísticos de los sucesores de Alejandro, en ciudades cosmopolitas como Alejandría y Antioquía, donde se elaboró aquella civilización helénica que trasciende los muros de las pequeñas ciudades-estados, y en la cual se fusionaron

²³ M. El-Abbadí, op. cit., p. 61.

²⁴ Véase al respecto los datos que entrega Bevan en su obra citada, entre otros lugares en pp. 216-217.

innumerables aportes extranjeros, y en la que el patriotismo de la cultura prevaleció sobre el de la raza”²⁵.

Muchos siglos después, el poeta Kavafis nacerá en la ciudad de Alejandría y pertenecerá “enteramente a un μείζων ἑλληνικός χώρος [espacio griego mayor], a una inmensa Grecia externa del espíritu, debida a la difusión de la cultura helénica, más que a la conquista, y formada en el curso de los siglos y cuya influencia civilizadora es todavía apreciable en muchos lugares del Levante”²⁶.

En el nuevo espíritu que surge con Alejandro y con sus conquistas y las consecuencias de éstas, es en el que nacen las dos grandes instituciones culturales que harán de Alejandría una sede gloriosa del saber. El gran tesoro de la cultura griega clásica dejará de tener un carácter local, sólo helénico, y convivirá con otras culturas. Lo que dice El Abbadi de la Biblioteca, puede considerarse referido a ambas instituciones, por otra parte, muy ligadas entre ellas desde que fueron creadas. “Para mí, la fascinación que ejerce la Biblioteca alejandrina antigua reside en el hecho de que estuvo en el origen de un notable movimiento científico que ha permanecido sin equivalente hasta la época moderna. Durante más de un milenio, los trabajos de los sabios de la Alejandría antigua sirvieron de faro tanto a los clérigos musulmanes y cristianos de la Edad Media como a los grandes humanistas europeos del Renacimiento. Es quizás legítimo decir que antes de la era alejandrina, el saber había tenido en gran parte un valor regional, pero que con la fundación de la Biblioteca de Alejandría, primera biblioteca universal en la historia de la humanidad, adquirió también, ipso facto una dimensión universal”²⁷.

Escribiendo sobre el paso de la cultura clásica a la helenística, Toynbee pudo señalar: “La comunidad ecuménica

²⁵ M. Giachetti: “Kavafis e Alexandria ad Aegyptum”, *Erytheia* 19, 1998, p. 250.

²⁶ *Ibidem*, loc. cit.

²⁷ M. El-Abbadi, “Avant propos” a M. El-Abbadi, op. cit., p.17-18.

tomó el lugar de la comunidad local [...]. Los éxitos del helenismo son numerosos e inmensos. Hasta la fecha no los han superado las producciones de ninguna otra civilización [...]. En la época de su mayor difusión, esta cultura llegó por el Occidente – con ropaje latino – hasta Britania y Marruecos, y por el Oriente – con ropaje budista – hasta el Japón”²⁸.

Igor Andruskiewitsch habla de un “modelo helenístico de globalización”, especialmente en el plano de la cultura: “El mayor éxito de este modelo helenístico de globalización se logra [...] en el campo cultural. Florecen las ciencias, las artes y la técnica, que son siempre las primeras en alcanzar una genuina globalización. Se establece una evidente multipolaridad de centros culturales: Alejandría, Antioquía, Pérgamo, etc. [...] Alejandría es la capital cultural de ese mundo, con su enorme población cosmopolita [...]. Los faraones griegos de Egipto crean las famosas Biblioteca y Universidad de Alejandría en el siglo III a. C., y es en ellas donde la ciencia adquiere, por primera vez, un carácter global y universal”²⁹.

El Museo

El Museo fue la mayor realización de la dinastía ptolomeica en el plano intelectual y cultural. Especie de primera universidad, lugar donde los sabios y artistas, científicos y literatos, desarrollaban sus disciplinas, liberados de los afanes de la sobrevivencia, en un ambiente que hoy llamaríamos pluralista, de plena libertad académica. Esto explica el formidable florecimiento que en lo científico y en lo literario vivió Alejandría. El Museo no sólo dio forma a la literatura y a la ciencia de su época, sino que dejó una huella permanente en el pensamiento³⁰. En el Museo y a

²⁸ Cit. por I. Andruskiewitsch: “El modelo helenístico de globalización cultural”, *Perspectiva* N° 3, 2006 (Buenos Aires), p. 11.

²⁹ I. Andruskiewitsch, op. cit., loc. cit.

³⁰ Forster, op. cit., p. 43.

través de su múltiple actividad, Grecia cobró conciencia de su magnífica herencia literaria; la estudió, la clasificó, la editó, y en la Biblioteca la preservó.

Al igual que en la organización de la Biblioteca, parece haber sido de primera importancia el concurso de Demetrio de Fálero, a quien llamó Ptolomeo, y quien, en opinión de André Bernand, fue el que inspiró al rey la idea de crear este centro de investigación y estudio. Claude Mossé presenta a Demetrio con estas palabras: “Tirano ilustrado, pero maltratado por los altibajos del siglo, Demetrio trajo desde Atenas el anhelo aristotélico del conocimiento universal, anhelo que adquirió carne y huesos con la fundación del Museo y de la Biblioteca”³¹.

Hay que recordar que Demetrio fue discípulo de Teofrasto, al cual Aristóteles le había asignado la dirección del Liceo. De este modo, había recibido indirectamente la herencia espiritual del Estagirita. Incluso en el terreno de las iniciativas político-sociales de Demetrio para Atenas, es verosímil reconocer la influencia de las ideas de su maestro. Obligado a dejar el poder, Demetrio se trasladó a Egipto, donde Ptolomeo, al frente del país desde la muerte de Alejandro, se había proclamado rey el año 305, y se había entregado a una intensa actividad de organización y consolidación de un Estado. Demetrio estaba convencido – como Alejandro y como Aristóteles – que el ámbito del helenismo debía ampliarse y que las investigaciones debían hacerse en común, con la participación de todos los sabios del mundo griego, con el objeto de enriquecer culturalmente al reino.

El viaje de Demetrio de Fálero desde Atenas a Alejandría marca para Alfonso Reyes el instante simbólico en que se cierra la Edad Ateniense y se abre la Edad Alejandrina. “Demetrio Faléreo, hijo del Liceo aristotélico y educado junto a Teofrasto, se traslada a Alejandría, nuevo emporio de la cultura, y lleva por así decirlo en

³¹ Cit. por A. Bernand: *Alejandría de los Ptolomeos*, Traducción al griego A. Kaleyia-Gad, Ed. Yanikos-V. Kaldís, Atenas, 1997, p. 94.

su persona los gérmenes que habrán de prender en el suelo escogido para las nuevas hazañas del pensamiento”³².

“La orientación del Museo fue decididamente cosmopolita. Vacilamos en utilizar este adjetivo, que no aparece en la lengua griega sino sólo con Diógenes Laercio, historiador griego [...] que vivió en el siglo II d. C. El término no existía en la época de los Ptolomeos, pero los miembros del Museo – como son los bibliotecarios – fueron reclutados en todas las regiones del mundo antiguo. Ptolomeo Soter trajo hasta él a Áteos y a Ehesías de Cirene, a Silpon de Mégara, a Straton de Lámsaco (que fue después maestro de Ptolomeo II Filadelfo). Zenódoto de Efeso fue el primer bibliotecario de Alejandría, hasta que asumió el cargo Apolonio de Rodas, bajo Ptolomeo II [...]. Los nombres hablan por sí mismos y demuestran el cosmopolitismo de Alejandría”³³.

No resulta fácil destacar nombres de sabios y literatos que trabajaron en la ciudad de Alejandro, pues son muchos y muy importantes. Más adelante mencionaremos a Euclides. No se puede dejar de recordar a Eratóstenes de Cirene (276-194 a. C.), quien fue bibliotecario del Museo, cargo que equivalía al de dirigir esa institución. Fue en Alejandría donde este sabio calculó la circunferencia de la tierra con un resultado aproximado que asombra a la ciencia moderna. Su nombre, junto al de Euclides y el de Arquímedes, es uno de la ilustre galería de sabios que realizaron aportes al saber humano desde la ciudad de Alejandro. Aunque Arquímedes nació y murió en Siracusa (287-212 a. C.) y pasó allí la mayor parte de su vida; estuvo en Alejandría algún tiempo y luego mantuvo correspondencia con Eratóstenes, a quien confió su método de trabajo. Precisamente, de ese intercambio de ideas y opiniones científicos, nació el breve pero tan importante tratado de Arquímedes sobre *El método*³⁴.

³² A. Reyes: *La filosofía helenística*, F. C. E., México, 1964, p. 14.

³³ A. Bernand, op. cit., p. 94.

³⁴ R. Torrija Herrera: *Arquímedes Alrededor del círculo*, 2ª ed., Nivola Libros Ediciones, Madrid, 2003, pp. 37.

En relación con este aspecto del Museo, que es también un aspecto de la Biblioteca y de la misma Alejandría, hay un pasaje muy interesante de Estrabón. El geógrafo hace un paralelo entre Tarsos y la ciudad de Alejandro: "En Tarsos, quienes estudian o realizan investigaciones proceden todos de esa ciudad, ya que los extranjeros no pueden permanecer allí con facilidad. Por otra parte, los habitantes de Tarsos complementan su formación en otros lugares y, cuando la completan, permanecen gustosamente en el exterior. Son escasos los que regresan a Tarsos [...]. En cambio, en Alejandría suceden ambas cosas: no sólo muchísimos intelectuales extranjeros son recibidos en ella, sino que también los alejandrinos envían al exterior un número no despreciable de sus propios intelectuales"³⁵.

¿Cómo era el Museo en cuanto a edificio o edificios en los que laboraban los científicos? Ningún vestigio físico se ha conservado, pero tenemos algunas noticias al respecto por la breve mención que hace Estrabón en la época de Augusto. Escribe que el Museo "forma parte del palacio real; comprende el pórtico, una galería y un gran edificio que tiene un refectorio en el que los sabios que son miembros del Museo tienen juntos sus comidas. En esta comunidad, hasta el dinero es común. Tienen ellos también un sacerdote, que es el jefe del Museo. Antes era designado por los reyes; ahora lo es por Augusto"³⁶. El nombre mismo de la institución y las pocas noticias que entrega Estrabón dejan en claro que el modelo seguido era el de la Academia, que describió Polemón, su director entre 314 y 276; y el del Liceo, descrito con más detalle por Teofrasto, su director entre 322 y 286. En ambas instituciones era importante el santuario de las Musas, el Μουσεῖον Museion. A las Musas, como es sabido, se atribuía la inspiración para el arte y la filosofía, disciplinas a las que se agregaba la ciencia.

³⁵ Estrabón XIV, 5, 13 (C 673-674).

³⁶ *Ibidem*, XVII 1.8 (C 794).

El Museo adquirió rápidamente prestigio “internacional”. Al Museo y a la Biblioteca está directamente asociado el gran florecimiento cultural, filosófico, literario, científico y artístico de Alejandría, al que dedicaremos más adelante algunos párrafos.

"El Museo era algo muy diferente de lo que entendemos en la actualidad: lejos de ser un ente estático y pasivo, fue la primera universidad que ha existido en el mundo, con aulas para conferencistas, salas de observación astronómica, jardines botánicos, aulas de medicina...Tenía cuatro departamentos principales: literatura, matemáticas, astronomía y medicina, y los salarios de los que allí trabajaban eran pagados directamente por el rey, en cuantía suficiente para asegurar una vida sin preocupaciones económicas a maestros y científicos [...]. Durante los 200 años siguientes a la fundación del Museo, o sea, aproximadamente hasta el año 100 a. C., la ciencia griega adquiere una importancia sin precedentes, no comparable a los mejores momentos atenienses. Así, por ejemplo, las investigaciones en matemáticas y astronomía no fueron superadas hasta pasados 2000 años. Es evidente que unos hombres que tenían medios y talento acabarían por producir algo de valor. Las comodidades del Museo ayudaban a favorecer lo que en la actualidad llamaríamos una investigación básica a la que no se exigía ni resultados competitivos ni respuestas con aplicación inmediata. Hay, por tanto, que aplaudir la obra de los Ptolomeos, que consiguieron proyectarse hacia el futuro como amantes de las ciencias puras y aplicadas"³⁷.

Las matemáticas tuvieron un lugar destacado entre las disciplinas que se cultivaban en el Museo. El primer director del departamento dedicado a esta ciencia fue Euclides (c. 325-265 a. C.), quien también escribió obras sobre música. Educado en Atenas, estaba ya en el año 300 en Alejandría. "Fue capaz de recopilar y ordenar todos los conocimientos anteriores [en su disciplina] y, por lo tanto, suministrar unas bases firmes sobre las

³⁷ R. Torrija Herrera, op. cit., pp.29-30.

cuales se construyó gran parte del edificio matemático posterior"³⁸. Sus célebres *Elementos* fueron escritos en Alejandría.

Las ciencias y, entre ellas, las matemáticas se siguieron cultivando en Alejandría hasta comienzos del siglo V. En el siglo IV vive el matemático Teón, el último bibliotecario del Museo y último director de la sección de matemáticas. Fue padre de la filósofa y matemática Hipatía, cuya fama traspasó las fronteras de Egipto y quien murió brutalmente martirizada, despedazada por cristianos fanáticos, incitados por el obispo Cirilo, en el año 416³⁹.

Hipatía había nacido el 370. "Su obra se ha perdido; lo que sabemos de ella es por medio de otros autores que, a pesar de ser cristianos, respetan la figura de Hipatía. La consideran neoplatónica de la escuela de Plotino y dicen que sobrepasó en conocimientos a todos los filósofos de su tiempo. Ello da medida del prestigio de que debió gozar en vida. Incluso la más fiable de las fuentes, la de su discípulo Sinesio de Cirene, que llegó a ser arzobispo, es también cristiana. En sus cartas le pide consejo a Hipatía para construir un astrolabio y un higrómetro. Otros autores reconocen que creó un método original para hacer la división larga. La mayoría de los libros de Hipatía fueron libros de texto para sus alumnos"⁴⁰. Escribió comentarios a la *Geometría de las cónicas* de Apolonio de Perga, a la *Aritmética* de Diofanto y se le atribuye el *Comentario al Libro IV del Almagesto*, del que parece formaba parte otro libro suyo, el *Canon Astronómico*. "Es probable que trabajara con Teón en la mejora y revisión de la versión definitiva de los *Elementos* de Euclides. Esa edición fue la base de

³⁸ Ibídem, p. 32.

³⁹ Tradicionalmente, se señala el año 415, pero Gonzalo Fernández indica la fecha de marzo de 416, basándose en la noticia de Sócrates en su *Historia Eclesiástica*, VII, 15, de que los hechos sucedieron en "el cuarto año del episcopado de Cirilo". G. Fernández: "La muerte de Hipatía", *Erytheia* 6-2, 1985, p. 269.

⁴⁰ Xaro Numdedeu Moreno: *Mujeres, manzanas y matemáticas-entretendidas*, Nivola Libros Ediciones, Madrid, 2000, p. 111.

casí todas las siguientes ediciones de Euclides. Juntos [Teón e Hipatía] escribieron un tratado sobre el geómetra griego"⁴¹.

Un autor anónimo rindió homenaje poético a la hermosa y sabia mujer sacrificada por el fanatismo y la intolerancia:⁴²

Quando os contemplo a ti y a tus palabras,
venerada Hipatía, me arrodillo para ver
el hogar sembrado de estrellas de la Virgen; allí en los
/ cielos
reconozco tus obras y tus palabras perfectas,
estrella inmaculada de sabias enseñanzas⁴³.

Como escribe George Sarton, Hipatía "goza del doble honor de haber sido la primera mujer entre los matemáticos y uno de los primeros mártires de la ciencia"⁴⁴.

La Biblioteca

“Si la Biblioteca de Alejandría ha cautivado tanto la imaginación de los hombres en el curso de los siglos e inspirado a los investigadores tanto entusiasmo por develar sus misterios, es en razón del valor excepcional que ella representa. A imagen de las conquistas del mismo Alejandro, la Biblioteca encarna el sueño de la universalidad. Simboliza una tentativa, quizás sin precedentes, por constituir una suma del saber, al integrar tanto la sabiduría de

⁴¹ Ibídem, p. 114.

⁴² Las fuentes que narran la terrible muerte de Hipatía son la mencionada *Historia Eclesiástica* de Sócrates Escolástico, cap. 15; la *Chronographia* de Malalas, cap. 14; la *Historia Eclesiástica* de Filostorgio, VIII, cap. 9; y el *Suidas*, en el lema “Hipatía”.

⁴³ Cit. por E. M. Forster, op. cit. p. 93. En Chile, Virginia Vidal ha escrito una evocación de la filósofa y su martirio: “Hipatía: ni perdón ni olvido”, *Byzantion Nea Hellás* 23-2004 (Santiago).

⁴⁴ G. Sarton: *Ciencia antigua y civilización moderna*, Traducción C. Albornoz, D. C. E., México, 1960, p. 100.

los autores griegos como la de los autores extranjeros traducidos. Además, la Biblioteca parece haber estado asociada a una percepción más aguda del saber como instrumento y de la búsqueda de conocimiento como proceso de colaboración y de síntesis. Es significativo, a este respecto, el que la Biblioteca haya estado ligada a algunos de los primeros progresos realizados en las ciencias, que comienzan a cortar sus lazos con la filosofía y a orientarse hacia el empirismo. Al mismo título que el Faro, que se erige sobre la isla vecina de Faros [...], la Biblioteca es una señal que marca una etapa en el camino que conduce al hombre a las luces”⁴⁵.

Acaso la gran fama y prestigio que alcanzaron rápidamente la Biblioteca y el Museo hayan sido la causa de que tengamos pocas noticias, fragmentarias, acerca de la creación de estas dos instituciones. Las obras de Calímaco sobre la Biblioteca y de Aristónico sobre el Museo no se conservaron. Los catálogos de Calímaco habrían constituido un documento precioso para los historiadores de la cultura. Como sabemos por el *Suidas*, el poeta de Cirene escribió muchas obras, entre otras, los Catálogos, los *Pínakes Πινάκες*. Desafortunadamente, la gran mayoría de ellas no llegó hasta nuestros días ⁴⁶.

La Biblioteca era tan grande que “desanimaría todo intento de descripción”. Es así como Ateneo, griego de Egipto, que utilizó ampliamente la colección, ha dejado estas palabras: “En lo referente al número de libros y a la organización de las Bibliotecas, ¿qué podría decir yo que no sea ya conocido de todos?”⁴⁷ ¡Qué daríamos hoy por que Ateneo hubiera escrito aquello que todos sabían en su época y que es lo que, desafortunadamente, nosotros no sabemos y quisiéramos saber!

⁴⁵ Federico Mayor: “Préface” a M. El-Abbadi, op. cit., p. 9.

⁴⁶ Las referencias a estas obras en el *Suidas*, en el lema Calímaco; y en la *Biblioteca* del Patriarca Focio 161, 104b 38 en el pasaje dedicado a Aristónico.

⁴⁷ Ateneo V, 203 D-E.

Desde ya, y como lo destaca El-Abbadí, de las fuentes disponibles surgen dos tradiciones respecto de la fundación del Biblioteca y del Museo. La primera la atribuye a Ptolomeo I Soter con el concurso de Demetrio de Fálero y la segunda, que fue la acogida por la mayoría de los autores posteriores, tiene por fundador a Ptolomeo Filadelfo, sucesor de aquél, con la contribución del mismo Demetrio. El documento más antiguo sobre la cuestión es la famosa *Carta de Aristeo*, del siglo II a. C., que acoge la leyenda acerca de la traducción al griego del *Antiguo Testamento*, hecho que habría tenido lugar bajo el reinado de Ptolomeo Filadelfo por consejo de Demetrio de Fálero “encargado de la Biblioteca del Rey”. Desde Filón el Hebreo (s. I a. C - I d. C.) a Tzetzés (s. XII), los escritores y estudiosos posteriores, siguieron otorgando la atribución a Ptolomeo Filadelfo. En cambio, sólo en el siglo II d. C., un autor, Irineo, atribuye claramente la fundación al iniciador de la dinastía: “Ptolomeo, hijo de Lagos, tenía la ambición de dotar la biblioteca fundada por él en Alejandría de los escritos de todos los hombres, siempre que fuesen dignos de interés”⁴⁸. En el siglo II, Clemente de Alejandría menciona a ambos monarcas en una expresión ambigua, al sostener que la fundación se habría hecho “bajo el reinado del rey Ptolomeo, hijo de Lagos o, como lo dicen algunos, bajo el reinado del rey apodado Filadelfo”. Y como coadyuvante menciona a Demetrio, al igual que los demás autores⁴⁹. La mención la hace mientras se refiere a la traducción de los Setenta.

A pesar de la casi unánime tradición histórica en favor de Filadelfo, la mayoría de los historiadores modernos se inclina por atribuir el mérito de la fundación de las dos grandes instituciones a Ptolomeo Soter. El-Abbadí presenta los fundamentos de esta posición, relacionados con las características y la obra de Demetrio

⁴⁸ Irineo: *Adversus Haereses*, III, 21.2, en Eusebio: *Historia Ecclesiástica* V, 8, 11-15

⁴⁹ Clemente de Alejandría: *Strómata* I, 22.

de Fálero, quien no habría podido intervenir en la decisión de traducir el Libro Sagrado de los hebreos⁵⁰.

Al comienzo, la Biblioteca tiene que haber estado situada próxima al Museo, dentro del recinto de los palacios reales que dominaba el puerto grande y que ocupaba parte del cabo de Loxías. Poco más de medio siglo más tarde, la cantidad de obras que se habían coleccionado hizo necesaria la apertura de un anexo, el que fue incorporado al Serapion, reconstruido por Ptolomeo III Evergetes (246-221 a. C.), que se hallaba en el barrio egipcio, en el sector sur de Alejandría. Esta segunda Biblioteca es mencionada por primera vez en forma clara por Epifanio, a fines del siglo IV d. C., cuando escribe sobre “la primera Biblioteca y otra, construida en el Serapion y más pequeña que la primera, a la que se llamaba la Hija de la primera”. Y Tzetzés, ocho siglos después, habla de las dos bibliotecas, que estaban una fuera del palacio y otra en el interior⁵¹.

Es verdaderamente admirable la voluntad de los Ptolomeos, en especial de los primeros, de reunir en la Biblioteca libros griegos y extranjeros, originales y copias, todo el saber del mundo; y de mantener una institución en que los sabios pudieran laborar con tranquilidad y libertad. La labor de adquisición de textos; de copia, de registro y clasificación; de establecimiento y mantención de catálogos, constituían un complejo y costoso proceso. Los reyes desplegaron un celo infatigable en la obtención de escritos de toda clase, sin escatimar en gastos. El testimonio de Ateneo, en el *Banquete de los sofistas*, es elocuente: "Nuestro rey Ptolomeo, que se apoda Filadelfo, compró el total de los libros de Neleo, al cual trajo a la hermosa Alejandría, junto con todos los libros que se adquirieron en Atenas y en Rodas". Posiblemente esos libros eran los de Neleo, el último discípulo directo de

⁵⁰ M. El-Abbadí, op. cit., pp. 80-84.

⁵¹ Epifanio: *De Ponderibus et Mensuris*, 12, y Tzetzés: *Prolegómenos a Aristófanés*, citados por M. El-Abaddi, op. cit., p. 92.

Aristóteles, de su maestro el Estagirita o de Teofrasto, quien sucedió a éste en el Liceo y recibió sus obras⁵².

Luciano Canfora avanza una idea que resta mérito al empeño de los Ptolomeos. Pensamos que no tiene razón, por lo que expresaremos luego de citarlo:

“De este modo, la Biblioteca llega a ser el símbolo de la ‘mezcla’ [de culturas] y a la vez un vehículo excepcionalmente valioso e invisible de la dominación que ejercía la elite greco-macedónica; por esta razón se fundaron tantas otras bibliotecas semejantes, pero de menor magnitud, desde Alejandría hasta Antioquía y Pérgamo. No basta el sentido de la ostentación cultural o de la competencia entre las diferentes cortes reales, para explicar la extensión que tomó este fenómeno. La Biblioteca constituía un elemento constitutivo inseparable de la cultura y de la civilización de la corte helenística, puesto que era un órgano indispensable para la comprensión de la cultura y civilización de los dominados – para el hallazgo, en sus libros sagrados, de la llave de sus almas”⁵³.

En realidad, sólo en breves períodos los Ptolomeos dominaron regiones externas a Egipto. Establemente su dominio se limitó al país egipcio. Por lo tanto, el interés por reunir libros de los más diversos pueblos no podía tener el carácter práctico de valioso instrumento para la dominación sobre ellos.

Una pléyade de figuras ilustres están ligadas a las tareas de la Bibliotecas y del Museo: Demetrio de Fálero, Zenódoto de Efeso, autor de la primera edición crítica de las obras de Homero y de un diccionario homérico; los poetas Calímaco y Apolonio de Rodas; Aristarco, llamado "el Copérnico de la Antigüedad" y considerado fundador de los estudios clásicos, maestro de Calístrato, mitógrafo y autor de un diccionario etimológico, y de Dionisio de Tracia, autor de la primera gramática griega; Aristófanes de Bizancio, quien estudió y comentó las obras de

⁵² Ateneo: *El banquete de los sofistas*, I, 3b.

⁵³ L. Canfora: *Ellenismo*, obra citada, p. 115.

Homero, Sófocles, Eurípides, Aristófanes y Píndaro; el científico Eratóstenes y tantos otros. Hoy los nombres de los bibliotecarios figuran en la estela donada por Grecia a la nueva Biblioteca de Alejandría, bajo el medallón que representa a Ptolomeo I Soter.

La labor de Calímaco debió ser notable: poeta, estudioso, compilador; maestro en el género del epigrama, que combinaba gracia y brevedad, y que florece en la era alejandrina. A Calímaco se atribuye haber aconsejado la sobriedad y contención en el uso de la palabra: μέγα βιβλίον μέγα κακόν mega biblión mega kakón libro extenso libro malo, obra larga mala obra. Muchos siglos después, en la misma ciudad, el poeta Kavafis aplicará concienzudamente ese consejo y su creación se caracterizará por su parquedad.

En cuanto al fin de la venerable institución, para algunos autores es verosímil que la Biblioteca Madre haya sido arruinada por el incendio producido durante la guerra de Julio César, el año 48 a. C. Para Haag, el daño causado por los combates en el puerto oriental fue sólo parcial y la ruina se habría consumado el año 391, junto con la de la Biblioteca Hija anexa al templo del Serapion, cuando Teodosio el Grande ordenó la destrucción de los templos paganos⁵⁴. La ferocidad fanática del grupo de cristianos, que incitó el 416 al terrible martirio de Hipatía, al proponerse destruir hasta los mismos cimientos del Serapion, difícilmente hubiera “perdonado” a los vestigios de la Biblioteca Hija, anexa al templo, que, sin duda, contenía “execrables libros paganos”.

Sobre el fin de la institución que había llegado a reunir, según algunos, como Aulo Gelio y Marcelino Amiano, hasta 700 mil libros⁵⁵, escribe Ana M. Vásquez Hoys:

⁵⁴ M. Haag: “Notas” a E. M. Forster: *Alejandría Historia y guía*, p. 264.

⁵⁵ L. Canfora se refiere al problema que plantea el exacto sentido de la palabra “papiro” y de “cilindro”, ya que debía haber obras que constaban de varios cilindros, y, por lo tanto el número de cilindros de papiro no era igual al número de libros. *La biblioteca scomparsa*, Traducción al griego s. m. de t., Ediciones Alexandria, Atenas, 7ª. ed., 2000, p. 197.

"La gloria de la Biblioteca de Alejandría es un recuerdo lejano. Sus últimos restos fueron destruidos poco después de la muerte de Hipatía. Era como si toda la Civilización hubiera sufrido una operación cerebral infligida por propia mano, de modo que quedaron extinguidos irrevocablemente la mayoría de sus memorias, descubrimientos, ideas y pasiones. La pérdida fue incalculable. En algunos casos sólo conocemos los atormentadores títulos de las obras que quedaron destruidas. En la mayoría de los casos no conocemos ni los títulos ni los autores. Sabemos que de las 123 obras teatrales de Sófocles existentes en la Biblioteca sobrevivieron siete. Una de las siete es *Edipo Rey*. La Biblioteca Madre fue quemada en el incendio de Alejandría durante la guerra entre la flota romana y la egipcia el año 48 a. C., y la biblioteca del Serapion fue destruida el año 391 por el patriarca Teófilo"⁵⁶.

En realidad, lo limitado de las fuentes y la variedad de interpretaciones en torno a ellas, contribuyen a que no haya claridad respecto del fin de la Biblioteca. Luciano Canfora en un lugar parece inclinarse por atribuir la responsabilidad de la destrucción a los árabes; pero también menciona como posible el hecho de que el daño irreparable habría sido producido durante la invasión de Alejandría por las fuerzas de la reina Zenobia de Palmira, en lucha con el emperador Aureliano, entre el año 270 y 273⁵⁷.

El Faro

Construido entre los años 297 y 283 a. C., en el reinado de Ptolomeo Soter, y completado bajo Ptolomeo II Filadelfo, fue

⁵⁶ A. M. Vázquez Hoys: *Alejandro Magno El mundo helenístico*, Madrid, NED, 1993 (en internet).

⁵⁷ L. Canfora, op. cit., p. 202. El autor destaca la coincidencia del testimonio de Marcelino Amiano sobre la pérdida del barrio de Brouchion en esa contienda, y el de Epifanio, poco después, cuando afirma que en ese barrio existía la Biblioteca "y ahora el desierto".

considerado una de las siete maravillas del mundo antiguo y fue la última de ella en desaparecer. Acaso ha sido la única de la cual quedan hasta hoy algunos vestigios. Fue erigido en la isla de Faros, que, como sabemos fue unida al continente por un molo, de siete estadios de longitud, el Heptastadion, con el que quedaron configurados los dos puertos de Alejandría. Su altura, de casi 120 metros que hacían de la construcción el edificio más alto en el mundo de su tiempo; su espléndido aspecto exterior y la poderosa luminaria, provista de un espejo que proyectaba su haz a inmensa distancia, lo convirtieron no sólo en un instrumento indispensable para la navegación, sino también en un símbolo de la magnificencia de Alejandría. Autores antiguos, como Estrabón y Plinio se expresan con admiración del monumento. Su constructor, el arquitecto Sóstratos, logró que la constancia de su nombre quedara asociada a la magnífica construcción y que un visitante, como el geógrafo Estrabón pudiera, más de dos siglos después, leer su nombre y no el del rey, inscrito en el estuco exterior y borrado al deteriorarse éste. La imponente construcción constaba de varios niveles, coronados con la sección de la luminaria propiamente tal, sobre la que se erigía una estatua, de Zeus y quizás de Poseidón.

José Enrique Rodó quiso imaginar poéticamente el proceso de construcción del monumento:

“El primero y más grande de los Ptolomeos se propuso levantar en la isla que tiene al frente Alejandría, alta y soberbia torre, sobre la que una hoguera siempre viva fuese señal que orientara al navegante y simbolizase la luz que irradiaba de la ilustre ciudad. Sóstrato, artista capaz de un golpe olímpico, fue el llamado para trocar en piedra aquella idea. Escogió blanco mármol; trazó en su mente el modelo, simple, severo y majestuoso. Sobre la roca más alta de la isla echó las bases de la fábrica, y el mármol fue lanzado al cielo, mientras el corazón de Sóstrato subía de entusiasmo tras él. Columbraba allá arriba, en el vértice que idealmente anticipaba: la gloria. Cada piedra, un anhelo; cada forma rematada, un deliquio. Cuando el vértice estuvo, el artista,

contemplando con éxtasis su obra, pensó que había nacido para hacerla. Lo que con genial atrevimiento había creado era el Faro de Alejandría, que la Antigüedad contó entre las siete maravillas del mundo”⁵⁸.

Y Forster destaca el simbolismo del Faro, más allá de su materialidad: “En toda la historia de la arquitectura, nunca un edificio secular ha sido tan venerado ni ha cobrado vida espiritual propia. Iluminaba la imaginación, no sólo de las naves que surcaban el mar. Y su recuerdo siguió brillando en la mente de los hombres cuando hacía ya mucho tiempo que su luz se había extinguido”⁵⁹.

Podemos imaginarlo aún hoy a través de algunas, muy escasas representaciones gráficas conservadas, como la del vaso de Begram, en el Museo de Kabul, y a través de las reconstrucciones hechas por estudiosos como Hermann Thiersch⁶⁰.

También la poesía nos invita a evocar esa maravilla que iluminó por largos siglos a las aguas y a los hombres. Leamos estos versos del poeta El Deraroui:

Una alta plataforma guía al viajero por la noche,
lo guía con su luz cuando cae la oscuridad de la tarde.
En su cima, una cúpula me daba su sombra
y desde allí veía a mis amigos como estrellas.
Pensé que el mar a mis pies era una nube
y que había instalado mi tienda en medio de los cielos.

Muchos siglos después, Carducci al cantar al fundador, no deja de asociar la ciudad con la luz del Faro. En la costa, Alejandro

el mar miraba y la isla de Faro

⁵⁸ J. E. Rodó: *Obras Completas*, Compilación y prólogo A. J. Vaccaro, Ediciones Antonio Zamora, Buenos Aires, 1948, p. 311.

⁵⁹ E. M. Forster, op. cit. p. 164.

⁶⁰ Una bella reproducción en A. Bernand, op. cit., p. 55.

delante; en torno el líbico desierto
interminable: del sudoroso torso
la áurea coraza

quitóse y echó, espléndida, en el suelo:
- Como mi macedónica coraza
en el desierto está, así a los bárbaros
rija Alejandría.

Así el deudo del Aquiles construye
la ciudad suya; y Faro ínclito nombre
da luz al mundo, iluminó las rutas
a África y Asia⁶¹.

Luego de la conquista árabe, el 641, el Faro siguió siendo la gran atracción de la ciudad. Desafortunadamente, el terremoto del año 956 causó ya algunos daños al edificio. Dos sismos mayores, en 1303 y 1323, lo arruinaron considerablemente. Pero antes de esos sismos, en 1166, el viajero árabe Abou-Haggag Al-Andalusí, lo visitó y pudo dejar muy valiosa información sobre su estructura. Las reparaciones que ordenó efectuar el sultán Salah al-Din Yusuf en 1272, permitieron prolongar un poco más la vida del monumento. Pero nuevos sismos lo afectaron en el siglo XIV. A pesar de todo, sobrevivía, pero ya agonizando.

El célebre viajero Ibn Battuta, que en las memorias de su visita a la ciudad por segunda vez en 1349, deja una descripción llena de admiración por la misma, no pudo entrar a las ruinas. En su primer viaje, en cambio, en 1326, había entrado al monumento, pero había observado que una parte estaba arruinada: "En esta peregrinación estuve en el faro y comprobé que uno de sus flancos estaba en ruinas. Se puede describir como una construcción

⁶¹ "e Faro ínclito nome / di luce al mondo, illuminò le vie / d' Africa e d'Asia".
Giosué Carducci : *Nuevas Rimas y Odas Bárbaras*. El original, "Alessandria", en
Poesie di Giosue Carducci MDCCCL-MCM, Bologna, 1924.

cuadrada que asciende por los aires. La entrada está por encima del nivel del suelo y frente a ella hay un edificio de altura pareja [...]. A mi regreso a los países del Magreb [1349], quise visitar de nuevo el Faro, pero lo encontré enteramente derruido, hasta el punto que no era posible ni entrar en él ni llegarse a la puerta. El sultán al-Malik an-Nasir - Dios se apiade de él - concibió el proyecto de levantar otro faro frente a él, pero la muerte le impidió llevarlo a cabo"⁶².

El punto final de la historia del Faro la puso el sultán mameluco Qaitbey en 1480, cuando construyó un fuerte en el lugar donde había estado el Faro.

Esta fortaleza, que hoy luce hermosa después de su reconstrucción, pues fue muy dañada por el bombardeo inglés de 1882, nos deja ver en su pórtico y parcialmente en sus bases, grandes piedras, granito de Asuán, que integraron parte de aquel maravilloso monumento.

Al contemplar el fuerte hoy día, no es posible sustraerse al poético recuerdo del Faro que desde el mar soñador de Alejandría enviara tanta luz a los barcos y a los espíritus.

Recientemente varias partes muy significativas del Faro han salido a la luz. Jean-Yves Empereur, Director del Instituto de Estudios Alejandrinos, da cuenta de hallazgos tan notables como éste: "Las excavaciones submarinas al pie del fuerte Kaitbey nos han permitido identificar elementos que pertenecen al Faro de Alejandría.. La arquitecta de nuestro equipo de buzos, Isabelle Hairy, pudo reconstituir una puerta colosal, de 11,5 metros de alto por 4,9 de ancho, con dos montantes de 70 toneladas cada uno, su dintel, las losas del suelo, así como el sistema de cierre. Esta puerta

⁶² Ibn Battuta: *A través del Islam*, Introducción, traducción y notas Serafín Fanjul y Federico Arbós, Editorial Nacional, Madrid, 1981, p. 118. Ibn Battuta nació en Tánger, Marruecos, el año 1304, y murió en 1368 o 1377. A los 21 años hizo su primera peregrinación a La Meca pasó por Alejandría, a la que regresó 23 años después. Hizo cinco peregrinaciones a la ciudad sagrada, visitando innumerables lugares.

es de estilo griego, pero de material egipcio, en granito de Asuán"⁶³.

En la época árabe, en 1365, el sultán mameluco Qalaun construyó un faro pequeño en la península de Silsileh, antiguo cabo Loxías. Como existía el antiguo Faro, aunque muy arruinado, al nuevo se le llamó Pequeño Faro o Farilion. Al levantarse, en el siglo siguiente la fortaleza de Kaitbey, a ésta se le siguió denominando Faro. De ahí que, siglos más adelante, Forster titulara su segundo libro sobre Alejandría *Pharos and Pharillon*, 1923 (en el cual, entre otros ensayos, incluirá uno sobre el poeta Kavafis).

Como curiosidad, quizás sea oportuno recordar aquí la derivación que se ha hecho del término "minarete" del nombre que los árabes dieron al Faro "al Manarah". En todo caso, según Forster, sólo un minarete, el de la *Tumba de los Mamelukos*, en El Cairo, reproduce el esquema arquitectónico del Faro; un piso base cuadrado, luego un octógono, más arriba un círculo y sobre el, la cima cupulada.

La grandeza de Alejandría

Así evoca la grandeza de la ciudad Alfonso Reyes, al historiar la filosofía helenística: «Las luchas entre los Sucesores, que tanto castigaron el Asia, la respetan hasta cierto punto, como reservándola para sus altos destinos. El comercio la escoge como propio cruce de las vías entre Oriente, Egipto, Grecia, el Mediterráneo. La naturaleza misma la resguarda. Aun los soplos marinos y las corrientes se confabulan para ayudar a Ptolomeo Soter contra las flotas de Pérdicas y Antígono, pues los mediterráneos navegaban sólo viento en popa, y la práctica de

⁶³ Jean-Yves Empereur: "Les Grecs en Égypte", en Vasos Karageorgis (Edit.): *The Greeks beyond the Aegean; from Marseilles to Bactria*, Alexander S. Onassis Public Benefit Foundation (USA), Nueva York, 2004, p. 38-39.

ceñir las brisas, orientando la vela, aparecerá más tarde con la gente del Norte. La ciudad se desenvuelve en términos nunca vistos hasta entonces, y acaso sólo imaginables para Platón, poeta del urbanismo. Pronto la población alejandrina se calcula en 800.000 almas, de las que 300.000 son ciudadanos libres. El viajero contempla la urbe con arrobamiento. La luminaria erigida en la Isla del Faro, isla unida al puerto por un muelle, parecía incendiar los cielos. Sus luces se reflejaban en el lago vecino. Vastas avenidas de columnas conducían a los palacios y a los estupendos recintos en que se labraba la cultura. Fastuosa y pródiga, cuando en el siglo III de nuestra era la visite el personaje de Aquiles Tacio, acercándose del lado del mar por la Puerta del Sol, entre la multitud que celebra las fiestas de Serapis", el forastero quedará extasiado⁶⁴. Vale la pena recordar este pasaje de la novela *Clitofonte y Leucipo*:

"Tres días duró el viaje por el río y llegamos a Alejandría. Entré por las llamadas Puertas del Sol y al punto se presentó ante mí la esplendorosa belleza de la ciudad y mis ojos se llenaron de gozo. Una doble hilera de columnas en una línea recta conducía desde las Puertas del Sol a las Puertas de la Luna [...]. Más o menos en la mitad de las columnatas, se abre la plaza de la ciudad. Hay muchas calles [...]. Caminé unos pocos estadios por la ciudad y llegué al lugar aquel que tomó su nombre de Alejandro. Allí me enfrenté a una segunda ciudad, hermosa, distribuida en manzanas. Y esto, porque tanta longitud tenían las columnatas en línea recta, como la que tenían las que las cortaban transversalmente. Yo lanzaba mi mirada a todas las calles. Era yo un espectador insaciable y no alcanzaba a abarcar toda la belleza. Lo contemplado ya cautivaba a mis ojos; lo esperado los atraía. Así pues, cuando hube recorrido todas las calles y al final era yo un insaciable

⁶⁴ Alfonso Reyes, op. cit., pp. 33-34.

amante de esa visión, anonadado, dije para mí: '¡Ojos míos, estamos vencidos!'⁶⁵

La ciudad era toda blanca y luminosa tanto de noche como de día. A causa de las paredes y aceras de mármol blanco, la gente vestía de negro. El vivo resplandor del mármol obligaba a las mujeres a vestir de negro.

Tres siglos antes, Estrabón se refiere a los palacios, vistos desde la llegada a la ciudad por mar: "Al entrar al Gran Puerto [el puerto oriental], tenemos a nuestra derecha la isla y la torre del Faro. A nuestra mano izquierda están las rocas y el cabo de Loxías, en el cual se levanta el palacio real. Más adelante, y en el mismo lado, vemos los palacios interiores que están en contacto con el palacio de Loxías y comprenden un número de pabellones de descanso de cuidadosa construcción, así como jardines. Desde abajo vemos un puerto artificial cerrado que utilizaban exclusivamente los reyes: delante de éste se halla un islote que se denomina Antirrodos, en el cual hay un palacio y un pequeño puerto. Se llama así en contraposición a Rodas"⁶⁶.

El geógrafo agrega otros datos a su descripción de Alejandría: "La ciudad comprende excelentes parajes o jardines públicos y palacios reales que ocupan un cuarto o un tercio de su extensión, ya que cada rey, a su turno, deseando intensamente embellecer los edificios públicos con algún nuevo adorno, agregaba del mismo modo una nueva construcción a las edificaciones existentes. Así, hoy podríamos aplicar a estos palacios las palabras del poeta: brotan unos de otros".

Jean-Yves Empereur destaca que el aspecto de Alejandría hacía recordar a Pella, la capital de la Macedonia de Filipo II: "Las numerosas plazas, las largas calles que se cortan en ángulo recto, los palacios concebidos como barrios de la ciudad: es a Pella que se

⁶⁵ Aquiles Tacio: *Clitofonte y Leucipo*, fragmento, en F. Tambakakis: *Mia poli sti lotogejnia Alexandria* Una ciudad en la literatura Alejandría, p. 33. Traducción nuestra.

⁶⁶ Estrabón XVII, 1, 9 (C794).

pensaba al llegar a Alejandría. ¿Qué otro concepto de urbanismo se habría aplicado, sino el desarrollado y expuesto por el preceptor de Alejandro, el mismo Aristóteles, en el libro 7 de su *Política*?"⁶⁷

En el ámbito de la disposición de los monumentos, la ciudad ideal de Aristóteles presenta aspectos que hallarán aplicación práctica en Alejandría. Los consejos que el Estagirita da para la fundación de los templos repiten las sugerencias de Platón, el cual, en *Las leyes*, elogiaba el respeto a los templos tradicionales y los círculos religiosos, que constituían lugares de concentración de los habitantes. "A este respecto, los Ptolomeos honraron en alto grado a los dioses egipcios tradicionales, como Isis y Osiris, pero paralelamente promovieron el culto de Serapis o erigieron nuevos templos. Aristóteles subraya también la necesidad de que los edificios de carácter religioso se construyan en espacios que se presten para procesiones y concentraciones. Los templos más importantes se encontrarían en la acrópolis o en puntos destacados: esto sucedía, por ejemplo, con dioses como Asclepio (al que honraban fuera de la ciudad) o como Pan, el dios de la naturaleza"⁶⁸. Aristóteles explica: "Es necesario que los edificios que se relacionan con el culto divino se erijan en un lugar adecuado, en el cual se llevarán a cabo las más importantes reuniones entre los dignatarios: de esta disposición no exceptuaremos sino aquellos para los cuales la ley - o algún oráculo emitido por la Pitia - destina un lugar separado. A estas condiciones corresponde todo lugar claramente adecuado y con grandes ventajas que se encuentre en el lugar más seguro de los sectores vecinos de la ciudad"⁶⁹.

En Alejandría, en la colina de Rhakotis o "acrópolis" de la ciudad se construye en el siglo III a. C. el grande y famoso templo de Serapis, el Serapion. Según Tácito, un sueño habría guiado a Ptolomeo I Soter para elegir ese lugar a fin de erigir el templo más

⁶⁷ Jean-Yves Empereur: "Les Grecs en Égypte", en vol. citado, p. 37.

⁶⁸ A. Bernand, op. cit., p. 17.

⁶⁹ Aristóteles: *Política*, VII, 12, 1331a

importante de la ciudad⁷⁰. Pero es claro el rey tendría en mente tanto la imagen de la acrópolis de Atenas, con sus famosos monumentos, y el claro consejo del filósofo de que el primero en el orden de los dioses debía estar en el lugar más elevado de la ciudad. La primera estatua del dios habría sido traída desde Sinopí, en el Mar Negro, en un viaje extraordinario de sólo tres días, según relata Tácito, y fue colocada en "un templo proporcionado a la grandeza de la ciudad", "levantado en el sector que se denomina Rhakotis, donde en el pasado había habido un pequeño santuario dedicado desde antiquísimo tiempo a Sárapis y a Isis". El historiador agrega que "ésta es la tradición más difundida sobre el origen y el traslado del dios"⁷¹. Plutarco en los *Moralia* también relata el traslado de la estatua y señala que Sárapis era el nombre que los egipcios daban a Plutón.

Los efectos de la iluminación y sus reflejos en el mar y en el lago que la circundan, serán también observados diecisiete centurias después: «Toda la ciudad es como una tela de araña, en la cual la escarcha ha engarzado un millón de brillantes». Así era la noche de Alejandría que conoció Kavafis en el siglo XX.

Los tres siglos de mayor gloria de la ciudad fueron, sin duda, los de dinastía ptolemaica. Catorce Ptolomeos y seis Cleopatras rigieron los destinos del Egipto griego y embellecieron y enriquecieron su capital, Alejandría.

Forster evoca la dinastía como frágil, con sus intrigas y crímenes, con sus glorias y caídas, con sus incestos «institucionales», ceñida, sin embargo, por la grandeza de sus personajes límites: «A pesar de la diferencia entre los dos, el hombre que creó a Alejandría y la mujer que la perdió, tienen un elemento en común: una grandeza monumental; y entre ellos se halla suspendida, cual rara y frágil cadena, la dinastía de los Ptolomeos».

⁷⁰ Tácito: *Historias*, IV, 83-84.

⁷¹ *Ibíd.*, loc. cit.

Daniel Rondeau recuerda cómo ponderaba a la ciudad el poeta Herondas (Herodes), cuyos *Mimiambos* evocan con cálida simpatía lo que era Alejandría en la tercera centuria: «De acuerdo con lo que dice el poeta Herondas en uno de sus primeros mimos, tres siglos antes del nacimiento de Cristo, [Alejandría] ofrecía ‘riquezas [...], poder, cielo azul, gloria, espectáculos, filósofos, oro puro, hermosos muchachos, un templo de los hermanos dios y diosa [...], el Museo, vino, todo lo hermoso que puede uno desear, y mujeres, incontables mujeres’»⁷². También Teócrito, en el *Idilio XV*, dejó una descripción de la vida en la ciudad.

Muchos siglos después, el poeta de la ciudad lamentará la conservación fragmentaria de los *Mimiambos*, sacados a luz en 1890, desde el suelo egipcio:

¡Pero cuánto faltó de los papiros,
cuántas veces pasto de sucios gusanos
fue un fino e irónico yambo!
Oh desdichado Herodes, hecho
para las mofas y para la alegría,
¡cuán seriamente mutilado llegaste hasta nosotros!⁷³

A través de la poesía de quien acaso mejor que nadie ha captado el encanto y el misterio de Alejandría, volveremos más adelante a la época ptolomaica y especialmente a su dramático y trágico fin, el año 30 a. C.

Hasta los últimos años de la dinastía, la ciudad siguió enriqueciéndose con edificios magníficos. Uno de ellos, el Cesareum, quedó inconcluso a la muerte de Cleopatra y fue terminado por Augusto en su propio honor. La reina lo había comenzado, dedicándolo a Marco Antonio. Estaba próximo al lugar donde está hoy la estación de tranvías de Ramleh, Midán

⁷² D. Rondeau: *Alexandrie*, p. 19.

⁷³ La traducción del poema en Castillo Didier: *Kavafis íntegro*, Centro de Estudios Griegos - Quid Ediciones, Santiago, 2003, pp. 555-556.

Ramleh, Plaza Ramleh, muy cerca del mar y del edificio donde trabajó el poeta Kavafis. Filón de Alejandría dejó una descripción de ese magnífico edificio, que siglos más tarde hubo de ser víctima del fanatismo religioso de los cristianos, quienes, bajo el mando del obispo Teófilo, lo arruinaron en el año 391⁷⁴, imperando Teodosio I, hasta su destrucción completa en el año 912. No ha quedado vestigio alguno de él. Pero recordémoslo al menos en las palabras de Filón:

"Es un edificio incomparablemente superior a todos los demás. Se alza junto a un puerto muy espacioso y grande en proporción; baliza eminente; lleno de escogidos cuadros y esculturas con abundancia de donativos y oblatas; el modelo curioso en la disposición de las partes, tales como galerías, bibliotecas, porches, patios, salones, paseos y bosquecillos consagrados, tan gloriosos como el dispendio y el arte podían hacerlos, y todo en su lugar apropiado; aparte de esto, la esperanza y el consuelo de los navegantes, ya sea al volver a casa o al zarpar"⁷⁵.

Como lo expresa Michael Haag, a diferencia de Roma o de Atenas, en que hay monumentos en pie, "Alejandría es toda insinuación: *aquí* (en algún lugar) es donde Alejandro yacía en su tumba; *aquí* se suicidó Cleopatra; *aquí* la *Biblioteca*, el *Serapion*, etcétera..., y allí no hay físicamente nada"⁷⁶. Es la ciudad de la memoria y en ella se siente intensamente ese exilio al que nos abandona el paso del tiempo; la imposibilidad de volver a ver lo que fue destruido hasta el polvo. Uno camina por las calles de esta ciudad cargado de recuerdos y de nostalgia.

Por su posición geográfica, por su importancia comercial, pero principalmente por la obra del Museo y la Biblioteca, Alejandría llegó a ser rápidamente el centro cultural de un inmenso

⁷⁴ Gonzalo Fernández:, op. cit., p. 279.

⁷⁵ Cit. por E. M. Forster: *Pharos and Pharillon*, traducción al griego A. Spiraku, con un texto de Seferis sobre Forster, Ediciones Alexandria, Atenas, 1991, p. 54.

⁷⁶ M. Haag: *La ciudad de palabras*, p. 259.

mundo griego, que abarcó en un momento las riberas de tres continentes en el Mediterráneo y que se adentraba en el Asia hasta la misma India. Se constituye en una urbe magnífica de las artes y las letras. En los siglos III y II a.C. «ha reemplazado a Atenas. Aquí es donde los gramáticos editan a Homero, donde Calímaco escribe sus poemas, donde la ciencia griega encuentra en Euclides uno de sus mayores representantes»⁷⁷. Muchos son los nombres que testimonian la gloria espiritual de Alejandría durante casi un milenio: los filólogos Zenódoto, Aristófanes de Bizancio y Aristarco; los astrónomos Eratóstenes, Hiparco, Aristilo, Timocaris, Cono de Samos; los geógrafos Nearco y, más tarde, Claudio Tolomeo, matemático y astrónomo; el gramático Dionisio de Tracia; los historiadores Timeo, Manetón; los poetas Calímaco, Apolonio de Rodas, Nicandro, Arato, Licofrón; los filósofos Xenócrates, Espeucipo, Filón el Hebreo, Crates, Arcesilao, Aristóxenes, Hipatía; los exégetas Orígenes, Clemente de Alejandría, Cirilo de Alejandría; los matemáticos Euclides, Arquímedes, Apolonio de Pérgamo; más tarde Theón e Hipatía; el fisiólogo Herófilo; los científicos e inventores Herón de Alejandría y Ctesibios, "el genio mecánico más descollante de su época", en palabras de Diels⁷⁸. Éstas son algunas de las muchas figuras que se destacaron en la ciudad de Alejandro, en cada plano de la actividad humana⁷⁹. Los inventos y avances de la técnica en Alejandría facilitaron la labor de los científicos. La invención del astrolabio fue importante para los trabajos astronómicos de Hiparco; el reloj

⁷⁷ Jean Danielou: *Ensayo sobre Filón de Alejandría*, p. 12.

⁷⁸ Hermann Diels: *La técnica antigua*, Traducción Juan Gómez Millas, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1948, p. 43.

⁷⁹ Sobre la cultura y la poesía en que se abre con Alejandro y la fundación de Alejandría, puede verse de A. Reyes: *La filosofía helenística* ya cit. en nota 50; de C. Miralles: *El helenismo Época helenística y romana de la cultura griega*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1981; de A. Körte y P. Händel: *La poesía helenística*, Traducción J. Godo, revisión C. Miralles, Ed. Labor, Barcelona, 1973; de R. Cantarella: *La literatura griega de la época helenística e imperial*, Traducción E. L. Paglialunga, Ed. Losada, 1972.

de agua de bolsillo permitía a Herófilo medir la temperatura de los enfermos; la "bola de vapor" de Herón quizás no tuvo aplicación práctica; pero tiene el mérito de ser la base de la moderna máquina a vapor⁸⁰.

La continuidad de una actividad científica de excelencia podría estar simbolizada por las figuras de Euclides y Claudio Tolomeo, separadas por cinco siglos (III a. C. - II d. C.). "Es tentador comprar a Tolomeo con Euclides, figuras gigantes que comparten la gloria de haber escrito textos que habrían de quedar como modelo de esta clase de libros en sus campos respectivos durante más de mil años. Ambos se parecen, sobre todo, en su grandeza y en su soledad. Conocemos sus obras muy bien, pero sus vidas nos son prácticamente desconocidas"⁸¹.

Se le atribuye a Tolomeo un epigrama que refleja la verdadera pasión por el conocimiento que animaba a muchos de los sabios que laboraron en Alejandría:

Sé que efímero y mortal yo soy,
mas cuando contemplo los incontables círculos de las
/ estrellas,
ya la tierra no toco con mis pies, sino que al igual que Zeus,
tengo también mi parte de ambrosía, el alimento divino⁸².

Con los músicos, no podemos olvidar que allí, en la ciudad de Alejandro, nació el órgano, con justicia considerado más tarde "el rey de los instrumentos", para el cual se ha escrito la más extensa y maravillosa literatura musical. En el siglo III, hacia el año 250, el ingeniero Ctesibios creó el "hídraulos", instrumento en el cual una serie de tubos se podían hacer sonar simultáneamente, accionando unas palancas - las primeras teclas - que les permitían la entrada de aire comprimido mediante un sistema hidráulico. Por

⁸⁰ H. Diels, op. cit., pp. 78 y s.

⁸¹ G. Sarton, op. cit., p. 53.

⁸² *Antología Palatina*, IX, 577.

primera vez, fue posible producir varias notas a la vez. Fue seguramente la invención de más futuro de las que se dieron en Alejandría. Al tocar las obras de Bach en el órgano, no puede uno dejar de recordar a Alejandría.

En la ciudad de Alejandro nacen disciplinas como la filología con la crítica de textos y las ediciones críticas; la historia de la literatura; el estudio y la crítica de las obras literarias, germen de lo que en nuestra época será la teoría literaria. En Alejandría se estudian, se copian, se editan, sometiénolas a severa crítica de textos, las obras literarias del florecimiento clásico griego.

En Alejandría surgió uno de los más grandes y hermosos monumentos de la lengua griega, ya en su forma denominada koiné, la traducción del *Antiguo Testamento*. Esta versión, llamada de los Setenta, la *Septuaginta*, corresponde a un trabajo realizado a lo largo de al menos un siglo y medio por diversos traductores.

Aquí la ciencia da pasos de gran importancia. Aquí Aristarco de Samos apuntó la posibilidad de que la tierra girase alrededor del sol, en el siglo III a. C. En Alejandría, Zenódoto, en el mismo siglo, invitado a dirigir la Biblioteca al morir Calímaco, mide con notable aproximación la circunferencia de la tierra y echa las bases de la geografía como ciencia autónoma; pero al mismo tiempo realiza una encomiable labor en el plano de la filología.

En la medicina, se realizan estudios experimentales y se producen avances en la anatomía y la fisiología, ligados éstos a los nombres de Herófilo, Erasístrato. En la ciudad de Alejandro se edita el *Corpus Hippocraticum*.

Aquí Euclides escribió sus famosos *Elementos*, fundando toda una escuela, en la que distinguirían a través de varios siglos Apolonio de Pérgamo, Hespides, Teón (el padre de la filósofa mártir Hipatía).

El estudio y la investigación hechos con seriedad, con rigor, en forma sistemática y perseverante, con conciencia del valor del legado clásico pero con mente abierta a nuevos enfoques, a ideas renovadoras, a la experimentación, caracterizan la actividad de los sabios de Alejandría. Si bien no parece haber duda de que a

consecuencias de las conquistas de Alejandro, el mundo se hallaba “en el alba de una nueva aventura intelectual”, es claro que Alejandría fue el centro privilegiado de ella. Y el Estado desempeñó un papel fundamental al apoyar, estimular y financiar la investigación, la búsqueda del saber y la creación de nuevos conocimientos.

“Acaso, la experiencia alejandrina debe su singularidad a la emergencia y la profundización de una concepción elevada de la erudición, fundada sobre un estudio y una comprensión profundizada de la herencia del pasado, herencia considerada como de un valor eterno y digna de ser preservada, y por la cual los autores posteriores profesaron por otra parte una gran admiración. Es así como Vitrubio en el siglo I d. C., en su *Historia de la arquitectura*, menciona en términos particularmente elogiosos los esfuerzos desplegados por sus ‘predecesores’ para legar a la ‘memoria de la humanidad’ las realizaciones intelectuales de las generaciones pasadas. ‘Es por ello – dice – que más que tibios agradecimientos, debemos en verdad testimoniarles la más viva gratitud, porque lejos de dejarlas todas caer en un silencio celoso, ellos consignaron por escrito sus ideas de todas clases’. Por ‘predecesores’ Vitrubio entiende principalmente los sabios de Alejandría, que supieron sacar pleno partido de las posibilidades ilimitadas que les ofrecía una acumulación de libros sin precedentes”⁸³.

El fomento de las ciencias fue quizás el logro más importante de la dinastía de los Ptolomeos y, como se ha escrito, "dio a Alejandría una fama que perdurará hasta el final de los tiempos".

Como señala Edwyn Bevan, "la influencia de esta doble institución [la Biblioteca y el Museo] sobre la evolución del pensamiento helenístico, y también del pensamiento oriental, no podría ser evaluada. A la sombra de la Biblioteca va a nacer la

⁸³ M. El-Abadi, op. cit., pp. 105-106. El pasaje citado es de Vitrubio VII, praef. 1-2.

erudición helenística, producto peculiar del ambiente lagida, y que sólo la erudición china, en Oriente, podría igualar un día. El ejemplo lo dará el 'primer bibliotecario' de Alejandría, Zenódoto de Efeso, que emprenderá una edición crítica de las obras de Homero, trabajo continuado después de él por una pléyade de eruditos. Lo mismo sucederá en el dominio de la geografía, en el que Eratóstenes de Cirene sostendrá la redondez de la tierra; en el de la medicina, en el que los alejandrinos practicarán las primeras disecciones humanas; en el de la astronomía, en el que Alejandría verá brillar a Aristarco de Samos, 'el Copérnico de la Antigüedad'; en el plano de las matemáticas, en el que basta citar el nombre de Euclides, protegido de Ptolomeo Soter. En fin, también en Alejandría trabajará, bajo el Imperio Romano, el geógrafo y astrónomo Ptolomeo, destinado, con Euclides, a llegar a ser en la Edad Media, el padre de la ciencia árabe"⁸⁴.

La vocación ecuménica de la cultura alejandrina se refleja en el florecimiento de espíritus que no podemos sino admirar por su amplitud. Como lo subraya Alfonso Reyes, florece en Alejandría una suerte de humanismo: "Filetas, Zenódoto, Calímaco, Eratóstenes, son a un tiempo humanistas, sabios y poetas"⁸⁵.

Opacada la gloria política de la ciudad con la conquista romana (30 a.C.), la cultura griega mantiene, sin embargo, su sede en ella hasta más de medio milenio después⁸⁶. Y su carácter

⁸⁴ E. Bevan, op. cit., pp.8-9.

⁸⁵ A. Reyes, op. cit., p. 34.

⁸⁶ Sobre la historia del Egipto ptolemaico, y naturalmente de Alejandría en ese período, son fundamentales las obras de Bouché-Leclercq *Histoire des Lagides*, 1903-1906, 4 vol., complementada en algunos puntos por la *Histoire des Seleucides*, 1913-1914; de Mahaffy, *History of Egypt under the Ptolemaic Dynasty*, 1915 (obras que conoció y manejó Kavafis); y la de Bevan, *The House of Ptolemy A History of Egypt under the Ptolemaic Dynasty*, 1927. De ésta hay edición norteamericana de Argonaut Inc., Chicago, 1968; y traducción francesa de E.J. Lévy, con prefacio de René Grousset, Payot, París, 1934. Sobre la cultura en el período helenístico pueden verse: *La filosofía helenística* de A. Reyes, F.C.E., México, 1964, y *El helenismo Época helenística y romana de la cultura griega* de C. Miralles, Ed. Montesinos, Barcelona, 1981. Sobre la poesía en el período: *La poesía helenística*

cosmopolita no amengua. Continúa en los siglos en que Egipto integró los imperios Romano y Bizantino (Romano de Oriente), para opacarse un poco en el siglo VII con la conquista árabe (641 d. C.).

En el período helenístico, las ciencias constituyeron el centro de las preocupaciones de los intelectuales alejandrinos, superando a la filosofía. En la época del dominio romano, florece la filosofía ligada principalmente a la religión. Amonio Sacas (+244 d. C.) en el siglo II-III es el fundador del neplatonismo. Tiene seguidores tan ilustres como Plotino, Orígenes y Longino. Plotino (204-270) es seguramente la figura más destacada que el Egipto griego da a la filosofía. Vivió once años en Alejandría, donde estudió con Amonio Sacas. Al igual que la filosofía hebrea alejandrina, cuya figura mayor es Filón de Alejandría (20 a. C.-post 54 d. C.) está estrechamente ligada con la religión. El neoplatonismo cristiano tiene como centro en la ciudad la Escuela de Teología. Fue fundada por Pántenos (Pántainos) a mediados del siglo II y floreció bajo la dirección de Clemente de Alejandría (c. 160 - c. 220), discípulo de aquél. Fueron sus directores, entre otros, Clemente y Orígenes (c. 186 - c. 254). Se ha llamado a la Escuela de Teología, el *Didaskalíon Διδασκαλεῖον* "una especie de universidad cristiana", centrada en la ciudad de Alejandría que había llegado a ser "el cerebro del cristianismo"⁸⁷.

La Escuela Filosófica pagana sobrevivió en la ciudad hasta un siglo después de la clausura de la Escuela Filosófica de Atenas, causada por el decreto de Justiniano, que quitaba a los paganos la facultad de enseñar, el año 529. El profesor Gonzalo Fernández ha

de A. Körte y P. Händel, trad. J. Godo Costa, Labor, Barcelona, 1973; Raffaele Cantarella: *La literatura griega de la época helenística e imperial*, Traducción E. L. Paglialunga, Editorial Losada, Buenos Aires, 1972.

⁸⁷ Alexander Roberts y John E. Donaldson citados por Constantine Cavaros: "The Catechetical School of Alexandria", en *Cultural and Educational Continuity of Greece*, Institute for Byzantine and Modern Greek Studies, Blemont, Massachusetts, 1995, p. 30.

estudiado las causas de la prolongación de la vida de la Escuela Alejandrina⁸⁸.

El cristianismo, que había penetrado tempranamente en Alejandría – según la tradición, el evangelista San Marcos lo habría predicado en la ciudad -, trae una nueva visión del hombre y su destino, visión desafortunadamente asociada muy luego a la intolerancia hacia otras concepciones. Esto marca el comienzo del fin del carácter ecuménico y abierto que había distinguido a la cultura alejandrina. A la intolerancia de los cristianos no sólo se deben la pérdida de obras de arte y la destrucción de templos antiguos, a fines del siglo IV, sino también crueles persecuciones perpetradas ahora por quienes bajo el poder romano habían sido perseguidos. Además, las luchas contra las herejías primero y luego la división y consiguiente hostilidad, en el siglo V, entre la Iglesia Copta y la Iglesia Ortodoxa, contribuyeron al debilitamiento de Alejandría.

La ciudad y los árabes

Los árabes admiraron sin duda a Alejandría, pero, desafortunadamente, no la cuidaron. Sin embargo, no parece ajustada a la verdad esta expresión de Durrell: “Con la llegada de Arm y su caballería árabe, la famosa ciudad resplandeciente cayó en el olvido; las dunas de arena la invadieron y acabaron cubriéndola. Entre Arm y Napoleón median casi mil años de silencio y abandono”⁸⁹. Además, hay que tomar en cuenta que no pocos monumentos habían dañados o destruidos por cristianos, incluso antes del edicto de Teodosio, el año 391. Y los que sobrevivieron aún hasta el siglo VII, hasta poco antes de la

⁸⁸ G. Fernández: “La Escuela Filosófica de Alejandría ante la crisis del año 529”, *Erytheia* 8.2-1997, pp. 203-207.

⁸⁹ L. Durrell: “Introducción a la nueva edición” de E. M. Forster: *Alejandría Historia y guía*, p. 13.

conquista árabe, fueron demolidos por orden del patriarca jacobita Andrónico hacia el año 620⁹⁰.

Sin duda, las guerras, las represiones de revueltas, como la que desató el emperador Aureliano, y conflictos internos, especialmente religiosos, habían causado daños importantes a la ciudad antes de la llegada de los árabes. Pero no la habían arruinado del todo. Como dice el sabio Brescia, fundador del Museo Greco-Alejandrino y su primer director, “a pesar de las continuas destrucciones, la ciudad conservaba aún huellas de su antigua grandeza. En todo caso, los historiadores árabes hablan de ella con entusiasmo”⁹¹.

Medio siglo después de la conquista árabe, en el canon del Concilio Ecuménico del año 692, relativo a la precedencia de los Patriarcados, se nombra después del de Constantinopla y antes que los del Antioquía y Jerusalén, al “trono de la gran ciudad de los alejandrinos” ὁ τῆς Ἀλεξανδρέων μεγαλοπόλεως...θρόνος⁹².

Sin duda, las guerras, las represiones de sublevaciones, como la que realizó Aureliano, y conflictos internos, especialmente religiosos, habían causado daños importantes a la ciudad, pero no la habían arruinado del todo. Como dice el sabio Brescia, fundador del Museo Greco-Romano y su primer Director, “a pesar de las continuas destrucciones, la ciudad conservaba aún huellas de su antigua grandeza. En todo caso, los historiadores árabes hablan de ella con entusiasmo”⁹³.

⁹⁰ G. Fernández, op. cit., p. 271.

⁹¹ E. Brescia: *Alexandrea ad Aegyptum*, cit. por Michael Haag: *Alexandria, City of Memory*, traducción al griego D. G. Stefanakis, Ediciones Okeanida, Atenas, 2004, p. 183.

⁹² Chr. Karykopoulou: *To diethnés kathestós tou Ikoumenikou Patriarchíou* El status internacional del Patriarcado Ecuménico, Ediciones Grigori, Atenas, 1979, p. 12.

⁹³ E. Brescia: *Alexandrea ad Aegyptum*, cit. por Michael Hagg: *Alexandria City of Memory*, traducción al griego D.F. Stefanakis, Ediciones Okeanida, Atenas, 2004, p. 183.

Testimonios de diversos viajeros y peregrinos son decisivos. Alejandría conserva un gran atractivo para muchos musulmanes que tienen la oportunidad de conocerla. A comienzos del siglo XII, Ibn Jubair escribe:

“No hemos visto otra ciudad cuyas calles sean más amplias y cuyos edificios sean más altos, o que sea más bella y más llena de vida”⁹⁴.

Otro piadoso musulmán, que en sus viajes a la ciudad sagrada pudo pasar por Alejandría, pudo escribir:

"Sesenta veces he peregrinado a La Meca, pero si Alá me hubiera permitido pasar un mes en Alejandría y rezar en sus costas, a ese mes lo querría yo más"⁹⁵.

Ibn Dukmak escribió poéticamente sobre el verdadero don de Dios que era poder llegar a contemplar la ciudad matinal:

"Si un hombre va en peregrinación por Alejandría
/ por la mañana,
Dios hará para él una corona de oro, engastada
/ con perlas,
perfumada con almizcle y alcanfor y reluciente
/ de Oriente a Occidente".

El famoso viajero Ibn Battuta, que peregrinó por el Oriente entre 1325 y 1354, dejó un hermoso elogio de la ciudad del siglo XIV:

⁹⁴ Cit. por Jean-Yves Empereur,; “Traveler’s Tales”, en *Alexandria Past, Present and Future*, p. 134.

⁹⁵ Cit. por E. M. Forster, op. cit., p. 106.

“Alejandría es una joya de espléndido brillo y una virgen ataviada de lucientes adornos. Ilumina Occidente con su gloria; combina bellezas de la más diversa descripción, a causa de su situación entre Oriente y Occidente. Allí toda maravilla se despliega para ser vista por todos los ojos y allí suceden toda clase de cosas peregrinas”⁹⁶.

El viajero describe así a la ciudad, a la que llegó en abril de 1326: "Más tarde, el primer día del mes de Yumada I, llegamos a la ciudad de Alejandría - Dios la guarde -, frontera bien protegida y región de paso, maravillosa y de construcción fuerte [...]. La ciudad de Alejandría tiene cuatro entradas: la Puerta del Loto [Sidra], en la que muere el camino del Magreb, la de Rasid [Roseta], la Puerta del Mar y la Puerta Verde, que no se abre sino el viernes y por ella salen los habitantes a visitar los cementerios. La ciudad posee un puerto grandioso y nunca vi entre todos los del mundo otro como él, excepto...[nombra aquí cuatro puertos]⁹⁷. Entre las cosas notables de la ciudad, el viajero recuerda la Columna de Pompeyo. Se equivoca al decir que está hecha de mármol, ya que en realidad su material es el granito rojo de Asuán: "Entre las maravillas de esta ciudad se cuenta la sobrecogedora columna de mármol que hay extramuros. Se la conoce por Columna de los Pilares y está en medio de un palmeral. Se percibe destacándose en las palmeras por su altura. Es de un solo bloque bien tallado que se yergue sobre bases cuadradas de piedra, semejantes a inmensos apoyos, de modo que se ignora cómo la colocaron allí ni es seguro quién la puso"⁹⁸.

Hemos citado ya a otro viajero muy devoto que escribió que habiendo viajado setenta veces a la ciudad sagrada de La Meca,

⁹⁶ Ibn Battuta: *Travels in Asia and Africa (1325-1354)*, cit. Por Jean-Yves Empereur, op. cit., p. 65.

⁹⁷ Ibn Battuta, op. cit., p. 117 y 118.

⁹⁸ *Ibidem*, p. 118-119.

quisiera que Alah le hubiera permitido pasar un mes en Alejandría y rezar en sus costas.

Y debemos recordar que, pese a la imposición del árabe como lengua oficial, que decretó el prefecto Waled el año 696, el griego no dejó de hablarse. Entre otros hechos prueba esta continuidad el que Hunayn, el traductor árabe más célebre del s. IX, aprendió perfectamente la lengua griega en Alejandría, lo que prueba la supervivencia de la cultura helénica en la ciudad dos siglos después de la conquista⁹⁹. El reemplazo del griego como lengua de la administración fue decretada por Amr Ibn Al-As el año 710¹⁰⁰.

Al elemento étnico de los árabes se sumaron los mamelucos primero y luego los turcos, que tomaron Egipto en el siglo XVI y bajo cuyo dominio Alejandría conoce un período de ruina y decadencia. La situación de los griegos y del Patriarcado debe haberse hecho más difícil con la llegada de los otomanos. Eso parecen reflejar las palabras que atribuye a la ciudad de Alejandría el Lamento de los Cuatro Patriarcados, poema anónimo escrito alrededor de 1517. Dialogan las sedes de los Patriarcados, Constantinopla, Antioquía, Jerusalén y Alejandría. Esta ciudad se queja así en su primera intervención:

Mira tú, Constantinopla, ¿acaso piensas que sola
desafortunada te hallas - y tu honra se perdió?
¿Y acaso no era yo - una ciudad renombrada,
y también tenía iglesias - hermosamente adornadas
y me hallaba cada día - con ellas y sus oficios?
Mas cómo esto sucedió - no sé yo cómo decirlo,
día y noche no me callo - y a llorar me pongo siempre¹⁰¹.

⁹⁹ M. El-Abbadi, op. cit., p. 184.

¹⁰⁰ J. P. Vatikiotis: *The Modern History of Egypt*, Weidenfeld Nicolson, Londres, 1969, p. 13.

¹⁰¹ "Thrinós ton tesarón patriarjón Konstantinópolis, Alexandrías, Andiojías ke Ierusalim", v. 57-64. Texto en Trenos por Constantinopla, Estudio

A comienzos del siglo XVII, el viajero John Sandys pinta un panorama desolador en su diario:

«Así era esta Reina de las Ciudades y Metrópoli del África: a quien ahora nada le queda salvo ruinas, y esos malos testimonios de sus bellezas fenecidas proclaman que las ciudades igual que los hombres tienen edad y destino...»³².

Pero la conciencia de la grandeza permanecía en algunos de sus habitantes. Griegos seguía habiendo, aunque pocos. Y el Patriarcado seguía funcionando. Conmueve leer una carta del Patriarca Metrófanes al Cardenal Barberini, fechada el 25 de mayo de 1637. En ella pide al jerarca católico que ayude a dos jóvenes griegos, Pablo y Andrés, que mucho prometen pues “destacan por su virtud”, a fin de que puedan en Roma “ser iniciados en las artes liberales y en las ciencias, especialmente en la que es soberana de todas las artes y ciencias [...], la sagrada y santa teología”. La carta, escrita en griego y acompañada de traducción latina, es firmada así:

“Metrophanes inseratione divina Papa et Patriarcha magnae Civitatis Alexandriae atque Judex orbis”.

"Μετροφάνης ἐλέω Θεοῦ παππᾶς καὶ πατριάρχης τῆς μεγάλης πόλεως Ἀλεξανδρείας καὶ κριτῆς τῆς οἰκουμένης"¹⁰².

“Metrófanes por la consideración de Dios sacerdote y patriarca de la gran ciudad de Alejandría y juez de la tierra habitada”.

La “gran ciudad de Alejandría” era en realidad casi sólo un pequeño poblado. Pero al igual que en la Constantinopla

preliminar, traducción y comentarios R. García Ortega y Ana I. Fernández Galvín, Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, Granada, 2003, p. 198.

¹⁰² El texto de esta carta, con la traducción latina que la acompañaba, en Luis Gil: “Carta de Metrófanes, Metrópolita de Alejandría, al Cardenal Antonio Barberini”, en *Erytheia* N° 17-1996, pp. 227-234.

agonizante del siglo XV, persistía en ella la conciencia de la grandeza.

En 1681, el Patriarca Parthenios habla en una carta de "las cinco iglesias que se encuentran aquí entre árabes, en Alejandría, y que brillan como una pequeña chispa"¹⁰³.

En los primeros años del siglo XIX, Chateaubriand entrega una melancólica descripción de una ciudad, casi una ex ciudad, que le pareció deprimente: "Aunque me encantó Egipto, Alejandría me dio la impresión del lugar más melancólico y desolado de la tierra. Desde la altura de la casa del embajador, no distinguí sino un mar desnudo que rompía en unas costas bajas aun más desnudas, puertos casi vacíos y el desierto líbico que se perdía en el horizonte del mediodía. Ese desierto diríamos que parecía aumentar y extender la superficie amarilla de las olas. Sería como que viéramos solamente un mar, del cual una mitad estaba agitada y sonora y la otra mitad, inmóvil y silenciosa. Por doquier, las ruinas de la nueva Alejandría se mezclan con las de la ciudad antigua [...]. Estos lugares son aun más tristes desde que los ingleses inundaron la vasta cuenca que alguna vez fue el jardín de Alejandría: la mirada no encuentra ya sino sólo arena, agua y la eterna columna de Pompeyo"¹⁰⁴.

Pero a pesar de muchas dificultades y penurias, así como de limitaciones para la adquisición de bienes y el ejercicio del culto cristiano, los griegos, con notable tesón se mantuvieron en Alejandría durante los largos siglos del dominio árabe, mameluko y turco. Nunca dejó de haber griegos en Egipto y en la ciudad de Alejandro. Kavafis recordará a los "pocos griegos que habían quedado" en el poema *Refugiados*:

¹⁰³ Cit. por M. Yalourakis: *Stin Alexandria tu Kavafi* En la Alejandría de Kavafis, Ediciones Olkos, Atenas, 1974, p. 92.

¹⁰⁴ R. Chateaubriand: *Itinéraire de Paris à Jérusalem*, éd. Pléiade, t. 2, pp. 1153-1154, cit. por André Bernand: *Alejandría de los Ptolomeos*, p. 92. La obra de Chateaubriand nos remonta a 1811.

Alejandro siempre es ella. A poco que camines
por su calle derecha que termina en el Hipódromo,
verás palacios y monumentos que te admirarán.
Por más que ha sufrido daños por las guerras,
por más que se ha empequeñecido, siempre una ciudad
/ maravillosa.

Y además con paseos, y con libros,
y distintos estudios, el tiempo pasa.
Al atardecer nos juntamos en la playa
nosotros cinco (con nombres falsos todos
ciertamente) y algunos otros griegos
de los pocos que han quedado en la ciudad...¹⁰⁵

Cuando Napoleón llegó el país en 1798, había griegos en El Cairo, Alejandría, Roseta y Damietta. Esta última ciudad, de 80 mil habitantes, era sede de un obispo ortodoxo. Había en ella 200 familias helenas y desde 1775 funcionaba un colegio de la comunidad griega. En Alejandría, entre unos 8 mil habitantes, había al menos 40 familias griegas, según el viajero Alí Bey Abassi¹⁰⁶. Y esas familias tenían cierta organización como comunidad, como lo muestran los diversos documentos franceses que hablan del "presidente de los griegos de Alejandría". Sabemos también que en 1800 había una imprenta griega funcionando en Egipto¹⁰⁷.

Por otra parte, el que el número de los griegos de Egipto no era tan pequeño, lo demuestra el hecho de que una legión griega participó junto a las fuerzas de Napoleón. Miraron al general francés sólo como un liberador del pueblo egipcio, dominado por los turcos y víctima de los abusos de los señores mamelukos, sino

¹⁰⁵ El poema "inédito" completo, escrito en 1914, en M. Castillo Didier: *Kavafis íntegro*, ed. cit., p. 603.

¹⁰⁶ Cit. por M. Yalurakis: "Dominio árabe y helenismo", en *I Égyptos ton Helinon Sinoptiké Historia tu Helenismú tis Eýiptu* El Egipto de los griegos Historia sinóptica del helenismo de Egipto, Ed. Mitrópolis, Atenas, 1967, p. 83.

¹⁰⁷ M. Yalurakis, op. cit., pp. 89-90.

también como el posible defensor de la independencia de Grecia. Y que la idea de los griegos de Egipto al menos respecto del país en que vivían no estaba descaminada lo muestra el juicio del escritor Naguib Majfuz sobre Napoleón: "¡Bonaparte fue el mensajero de la modernidad para Egipto! Si no hubiera existido él, no seríamos nosotros lo que somos hoy"¹⁰⁸.

El Egipto moderno y la Alejandría rediviva

En 1805, empieza un nuevo período en la historia de Egipto y en la de Alejandría. Ese año, el 9 de febrero, el sultán Selim III emitió el firmán que nombraba virrey del país a Mohamed Alí, guerrero albanés, nacido en Kalamata, Grecia, quien se había distinguido brillantemente al servicio del Imperio Otomano. Desde la conquista turca, en 1517, Egipto era gobernado por un valí o gobernador y constituía una provincia del extenso imperio.

Mohamed Alí Pachá (1769-1848)¹⁰⁹, con su capacidad militar, voluntad de poder, dotes de organizador y valentía y audacia a toda prueba, se propuso unificar y modernizar un país sumido en el atraso y el caos y víctima de las violencia prepotente de los señores mamelukos; y construir un verdadero Estado. Para hacer realidad esos atrevidos objetivos, debió hacer frente a numerosos desafíos, el primero de los cuales, después de vencer a los ingleses en 1807, fue el de aplastar definitivamente a los mamelukos, a los que hizo masacrar en 1811. Su reforma del ejército le aseguró orden interior y la posibilidad de acudir al servicio del Sultán, como debió hacerlo más de una vez.

¹⁰⁸ Cit. por D. Rondeau, op. cit., pp.32-33.

¹⁰⁹ Una completa biografía, aunque un tanto novelada, de este notable hombre de armas y de Estado en Nevine Yousry: *Kismet Le destin fabuleux de Mohamed Aly, fondateur de l'Égypte moderne*, Editions de la Mtze, Sion, 1995.

Durante su largo gobierno, entre 1805 y 1848, modernizó a Egipto, transformándolo en un Estado importante, semiautónomo, al que debían considerar tanto el Imperio Otomano - del cual seguía siendo vasallo teóricamente - y las potencias europeas.

Las reformas llevadas adelante por Mohamed Alí fueron muy numerosas. En la agricultura, introdujo nuevas técnicas y nuevos cultivos, como el del algodón y el de la caña de azúcar, y realizó obras de regadío, todo ello con el aporte de técnicos extranjeros a los que contrató desde distintos países. El Estado mismo tomó a su cargo extensas áreas para aplicar en ellas las mejoras técnicas. Construyó extensas redes camineras a fin de facilitar la salida de los productos de los agricultores y hacer posible que éstos pagaran directamente sus impuestos. La recaudación de éstos se modificó radicalmente, terminando con los abusos de que eran víctimas los ciudadanos y los fraudes al Estado, y creando un sistema de recaudación centralizado y eficiente. Se dio decisivo impulso a la creación de industrias, dando facilidades a la inversión extranjeras. La educación y la salud vieron grandes adelantos, con la creación de escuelas y liceos, de hospitales y de una escuela de medicina, para lo cual se contrataron eminentes profesionales extranjeros. La organización de un moderno sistema bancario, un servicio de comercio exterior y una flota, constituyó otro aspecto del proceso de construcción de un país moderno y poderoso.

Las comunidades extranjeras, entre ellas acaso en forma especial, la griega¹¹⁰, prestaron un importante apoyo a las realizaciones de Mohamed Alí¹¹¹. Éste acogió a fugitivos griegos

¹¹⁰ Es de recordar la figura de Teodoro Láscaris, maestro de francés de Ismael, hijo de Mohamed Alí, quien, como lo destaca el historiador egipcio Safiq Gurbal, fue el primero que soñó con la independencia de Egipto del dominio otomano, como la soñaba Alí. M. Yalurakis, op. cit., pp. 88-89.

¹¹¹ Una buena síntesis de la obra de Mohamed Alí puede consultarse en "The Reforms of Muhammad Ali in Egypt", *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey*, Cambridge University Press, Cambridge, 1977, 2º vol, pp. 7-12.

durante la Guerra de Independencia de Grecia (1821-1829) y hasta les permitió enviar auxilios a los combatientes. No obedeció la orden de confiscar los bienes de los griegos, que el Sultán emitió al estallar la insurrección en el Peloponeso. Al comienzo de la Revolución, los griegos remitieron 74 mil táleros para ayudar a los patriotas y despacharon varios barcos con trigo; y 150 combatientes griegos partieron desde Egipto. Paradojalmente, Mohamed debió someterse a la orden del sultán de enviar una fuerza egipcia a reprimir a los revolucionarios helenos. Ibrahim Pachá, el más capaz de los hijos del virrey, se dirigió al Peloponeso, donde desencadenó sangrientas y feroces represalias, cuya crueldad impresionó al mundo. Los griegos de Egipto y el Patriarcado Ortodoxo de Alejandría lograron rescatar con dinero a varios miles de griegos esclavizados y evitar su envío a los mercados del Asia. El "Reino de Grecia", a poco de nacer como Estado independiente, estableció un Consulado en Alejandría, 1833.

Pero más allá de las acciones de Ibrahim Pachá en el Peloponeso y después del reconocimiento de la Independencia de Grecia, en 1830, las relaciones entre el gobernante egipcio y los griegos fueron de colaboración sostenida. Sólo citemos, entre muchos otros casos importantes, el hecho de que al crearse el Banco del Estado, en 1847, el capital se integró con 400 mil táleros de Mohamed Alí, 200 mil de Mijail Tositsas, Cónsul de Grecia y poderoso hombre de negocios; y 100 mil de un capitalista francés.

La ciudad de Alejandro que, como se ha recordado ya, a comienzos del siglo XIX tenía unos ocho mil habitantes, conoció ahora un desarrollo realmente espectacular, convirtiéndose en dos

Véase también "Muhammad Ali, the modernizing autocrat" en J. P. Vatikiotis, op. cit., pp. 49-73. Una síntesis de la obra de Mohamed Alí y una valoración de ella desde el punto de vista de un escritor griego de Egipto, en Stratís Tsirkas: *O Kavafis ke i epojí tu Kavafis* y su época, Ed. Kedros, Atenas, 1958, pp. 31-48.

décadas en una bella ciudad de tipo europeo y en uno de los mayores y mejores puertos del Mediterráneo. Entre 1818 y 1820, Mohamed Alí había construido el Canal de Majmudiya (nombrado así como tributo al sultán Majmut), restableciendo de este modo la comunicación de la ciudad con el Nilo, que se había interrumpido al cegarse el canal antiguo. Esta obra significó no sólo asegurar el agua para la ciudad que comenzaba a crecer, sino también fomentar el transporte y el comercio. La producción de algodón empezó a llegar a Alejandría y a exportarse por ella. "Así revive otra vez y llega a ser un gran puerto comercial esta antigua ciudad, que había decaído hasta ser una aldea de pescadores. El Pachá [Mohamed Alí] la ama y se ufana de ella; la adorna con palacios y plazas; y pasa allí cada año una gran parte del verano. Con la espalda apoyada en África y Asia, Egipto abre de nuevo sus brazos sobre el Mediterráneo, hacia Europa. A los extranjeros que la visitan, el Pachá los pasea por Alejandría y con orgullo les recuerda que él mismo procede de la patria del fundador de la ciudad"¹¹².

Por otra parte, la acumulación de sedimentos en torno al Hesptastadion, que con los siglos se había ido arruinando, habían convertido a la isla de Faros en una península, la actual Ras-el-tin (Cabo de las higueras). Allí, Mohamed Alí no sólo construyó un gran palacio, sino que hizo ejecutar importantes obras portuarias, entre ellas el faro de Ras-el-Tin y un astillero. Así el antiguo puerto occidental, del "Buen regreso", hizo frente con éxito a los desafíos de un incremento acelerado de la actividad de exportación.

Los griegos se convirtieron en el grupo extranjero más numeroso y no pocos de ellos hicieron grandes fortunas y comenzaron a levantar mansiones y edificios comunitarios que competían en belleza con aquellos con que Mohamed Alí quiso embellecer la ciudad. En 1843, se crea legalmente la Comunidad Griega de Alejandría y se firma el acta de fundación del gran templo de *Evanyelismós*, la Anunciación, cuya construcción comienza en tres años después. Allí, en 1864, será bautizado el

¹¹² St. Tsirkas, op. cit., p. 33-34.

futuro poeta Kavafis. Para el año 1844, ya estaba establecido en la ciudad Petros Ioanis Kavafis, originario de Constantinopla al igual que su esposa Jariclia Fotiadis. La firma de Petros Ioanis figura en las actas de fundación de la Comunidad y del templo¹¹³.

La ciudad y su poeta

La relación de Kavafis con su ciudad fue tan larga como su vida. En ella nació y creció; en ella vivió, sufrió, creó; allí murió y allí reposan sus cenizas. Siete décadas exactamente, del 29 de abril de 1863 al 29 de abril de 1933, duró su vida. A través de su obra poética la relación con su ciudad amada se prolonga indefinidamente.

El poeta pudo decirle a su ciudad las palabras que otro poeta – muerto en juventud – le dijo a su pueblo natal:

Toda mi vida está ligada a ti,
como en la noche las llamas a las sombras¹¹⁴.

Kavafis amó también otros lugares, como la Constantinopla de sus padres y de su admirada cultura bizantina.

Hasta los siete años de edad, Constantino vivió en medio de las comodidades de una familia de fortuna. Pero en 1870, murió Petros Ioanis Kavafis. Y pronto comenzaron las dificultades. La viuda, Jariclia, se trasladó con su familia a Inglaterra en 1872, a Liverpool. Dos años después, nuevo traslado, ahora a Londres. Esos años de Inglaterra no parecen haber sido tristes, a pesar de las dificultades económicas que cayeron sobre la familia. En 1876

¹¹³ M. Yalurakis, op. cit., p. 285.

¹¹⁴ Bartmeu Rosseló-Pòrcel (1913-1938) “A Mallorca, durante la guerra civil 1937”: Tota la meva vida es lliga a tu, / com en la nit les flammes a la fosca. En *Ocho siglos de poesía catalana*, Selección y prólogo J. M. Castellet y Joaquim Molas, Traducción de los poemas José Batlló y José Corredor, Alianza Editorial, Madrid, 1969.

se disolvió la Casa Kavafis y Compañía, debido a manejos desafortunados y a la crisis económica que afectó al país. Dos años después, los Kavafis regresaron a Alejandría, vía Marsella, tras breve permanencia en Francia.

En la ciudad de Alejandro, en 1879, la familia se instaló en la avenida Ramleh 32, hoy sharia Saad Saghloul 15. Pero la tranquilidad no duró mucho. A mediados de 1882, a raíz de los disturbios que provocaron la intervención de Inglaterra, el bombardeo de Alejandría y la huida de varios miles de griegos, Jariclia Fotiadis se refugió en Constantinopla, en casa de su padre. Pese a la pobreza que pasó allá la familia¹¹⁵, tampoco fueron desgraciados los años de Constantinopla, a la que el poeta amó, en especial la naturaleza de sus alrededores, y las localidades vecinas como Nijori, Kalinderi y Therapiá. Testimonio son el texto en prosa *Una noche en Kalinderi*¹¹⁶ y los poemas *Nijori* y *Leaving Therapia*..

Nijori es un verdadero himno de amor al pueblo griego donde vivió entre 1882 y 1885. El poema no fue publicado, pero se conservó en el archivo de su autor con esta nota: "Not for publication, but may remain here, as autobiographical":

Forastero, cuando veas una aldea donde sonríe la naturaleza,
y donde junto a cada plátano se oculta una muchacha
bella como la rosa - allí detente:
has llegado, forastero, a Nijori.
Y cuando venga el crepúsculo, si sales a caminar
y encuentras ante ti unos nogales, no prosigas ya el camino
de tu viaje. En otra parte ¿qué lugar hallarás
mejor que Nijori?

¹¹⁵ Las cartas de John Kavafis a su hermano, citadas por Liddell, Biografía crítica, pp. 39-41, muestran la estrechez económica aflictiva en que vivió la familia Kavafis durante su estada en Constantinopla.

¹¹⁶ Texto original en Kavafis *Prosa*, edición Paputsakis. En *Byzantion Nea Hellás* N° 22, 2003, hemos presentado la traducción castellana de este hermoso texto, junto al único cuento conocido del poeta, "A la luz del día".

Tal frescor no poseen las fuentes en otra parte del mundo,
 no tienen en otra parte las colinas la nobleza de sus montes,
 y sólo con el perfume de la tierra te has de embriagar
 si te quedas un poco en Nijori.
 El verdor que allí verás no esperes
 en otra parte hallarlo. Desde el cerro contempla
 los campos allá abajo y di cómo no amar
 este nuestro pequeño Nijori.
 Que gusto de exagerar, oh forastero, no creas.
 Muchos lugares hay fértiles y fructuosos.
 Pero algo distinto tienen y tú lo confesarás,
 frutos y flores en Nijori.
 Si entrar conmigo quieres a la iglesia
 de la Virgen Kumariótisa, perdóname que fanático
 allí sea. Distinto encanto creo que poseen
 las plegarias en el fiel Nijori.
 Si no puedes, extranjero, antes de partir
 debes ir un domingo al muelle de Grigoris:
 verás paz, juventud y alegría, y has de comprender
 qué es este nuestro Nijori.

Desde la ex capital imperial de Bizancio, el joven Kavafis reflexiona acerca de su ciudad natal en las cartas a sus amigos que allá lo esperan. Mikés Ralis le escribe el 28 de febrero de 1883:

«¿Cuándo regresas? Cuando pretendes que odias a Alejandría ‘y toda esa nada’, no te creo. Siempre sueñas con ella y piensas en ella»¹¹⁷.

Las palabras del amigo en la carta mencionada muestran que el joven alejandrino debe haber manifestado sentimientos contradictorios hacia su ciudad natal, del mismo modo que –y así lo dejan ver los poemas inéditos– en aquella época se daban en él

¹¹⁷ Cit. por Stratís Tsirkas en *Bosquejo de una cronología de Kavafis*, p. 648.

posiciones y sentimientos encontrados respecto de las creencias religiosas, de la mujer, de la naturaleza y de la creación literaria.

En 1885 vino el regreso a Alejandría, de la que no saldrá ya sino para contados y muy breves viajes al exterior y algunos a El Cairo. Experimentará ahora dos de los dolores más grandes de su vida. La pérdida de dos amigos, Estéfano Skilitsis, de 19 años, en 1886; y Mikés Ralis, de 23 años, en 1889. Con Estéfano se habían conocido cuando la familia Kavafis vivía en la calle Mahmud Bajá-el-Falaki. En el jardín del edificio cuyo tercer piso ocupaban los Kavafis, Constantino jugaba con Estéfano y con Yanis Rodokanakis. Luego, en 1881, al ingresar a Instituto Hermes, se unió al grupo de amigos Mikés Ralis. Las cartas que cruzaron entre ellos durante la estadía de la familia Kavafis en Constantinopla, se conservaron en el archivo del poeta. Y en él estaban cuarenta y tantos años después, cuando sus restos fueron llevados a descansar para siempre cerca de las tumbas de sus queridos amigos. Éstos no llegaron a saber del problema interior que su sexualidad constituía para Constantino. Los amigos lo admiraban como un joven muy culto, lector apasionado y autor de algunos poemas. Se prestaban libros entre ellos y los comentaban.

Es muy conmovedor el poema que escribió el joven Kavafis a la muerte de Estéfano Skilitsis. A modo de epígrafe, el poeta copió la nota necrológica aparecida en el diario *Tilégrafos* el 9 de abril de 1886:

"Ayer se realizaron los funerales del señor Estéfano Skilitsis, de este joven de 19 años tan prematuramente arrebatado a su familia, a la que deja en profundísimo duelo. Gran número de amigos de la familia siguieron las exequias: sus amigos, como última despedida a su querida memoria, cubrieron su féretro con las más hermosas flores. El cortejo fúnebre partió a las 9 1/2 a. m. de la casa del fallecido, en la calle Rajitio, y se dirigió a la iglesia de la Evanyelistra, donde lo esperaba un nuevo grupo de personas. Los amigos de Estéfano consideraron su deber acompañarlo hasta el cementerio, donde, después de las oraciones usuales de los sacerdotes, el señor Antonio Th. Ralis, ex discípulo suyo,

pronunció un breve discurso. / Después, Estéfano fue trasladado hasta su última morada; parientes y amigos se retiraron llorando. *Tilégrafos de Alejandría / 9 de abril de 1886*".

Sigue el poema, que quedó copiado en limpio, guardado por casi un siglo, testimonio de un profundo dolor:

Si inmortales son las almas como nos dicen,
quizás tu espíritu, Estéfano, vaga cerca de nosotros,
y sientes alegría cuando tu nombre
escuchas en nuestros labios, y cuando nuestros fieles
se emocionan con tu amadísimo recuerdo. / pensamientos

Estéfano, tu tumba no te ha separado
de nosotros, con quienes fue casi común la vida.
Juntos jugábamos de pequeños; nuestras penas infantiles
y nuestras alegrías las sentimos juntos; y jóvenes después
nuestras primeras diversiones las hallamos unidos -
como anteaer, oh Estéfano, como anteaer, y ahora,
helado te condujimos a tu postrer morada.

Pero no. Tú estás con nosotros. La piedra de tu sepulcro
un velo fino, diáfano, será para nosotros.
Y si te perdieron las miradas de tus amigos, te ven
y te tendrán, Estéfano, por siempre sus almas,
sus memorias, sus corazones, como compañero
/ inseparable.

Ese mismo año de 1886, poco antes de la inesperada muerte de Estéfano, en el periódico *Hesperos*, en Leipzig, se había publicado por primera vez un poema de Kavafis, *Báquico*. También ese año, el joven obtiene un carnet como periodista del diario *Tilégrafos de Alejandría*. Igualmente, ese año, aparece por primera vez un texto suyo en su ciudad, un artículo titulado "los inhumanos amigos de los animales", en el diario *Omonia*.

Sabemos que en 1888 trabaja como corredor en la Bolsa del Algodón de Alejandría y al año siguiente comienza a cumplir labores ad honorem en el Departamento de Riego del Ministerio de Obras Públicas

El año 1889 trae para el joven poeta otro terrible duelo. Muere a los 23 años su amigo Mikés Ralis, su "único y verdadero amigo" después de la pérdida de Estéfano Skilitsis. La angustia vivida durante los 15 días de la enfermedad de Mikés queda consignada en un documento en inglés, al que se ha titulado *Diario*, aunque por su redacción puede apreciarse que el afligido joven narró a posteriori las alternativas de cada día de la enfermedad¹¹⁸. Los jóvenes habían sido compañeros en el Liceo Hermes de Constantino Papazís. Mikés había nacido en Alejandría el 22 de junio de 1866. Murió el 1º de octubre de 1889.

Hijo de Teodoro Ralis, acaudalado hombre de empresa, un tiempo Presidente de la Comunidad Griega, Mikés era un joven prometedor, inteligente y culto, liberal en sus ideas, orgulloso de la cultura griega de su ciudad natal. En el poema que su maestro leyó en el recordatorio de los 40 días de la muerte "del tan llorado joven Mijaíl Hijo de Teodoro Ralis", se dice que "Amaste con pasión a los griegos antiguos" y "respiraste siempre la libertad de ideas"¹¹⁹.

Con emoción a más de 125 años de la muerte de Mikés Ralis, uno contempla hoy su tumba. El monumento, situado a la entrada del Cementerio Griego, frente al templo de ese campo santo, recuerda también otra vida segada en juventud, la de la hermana de Mikés, Errieti, de 19 años, y la prematura muerte de los padres, a poco del último gran golpe recibido:

¹¹⁸ El texto en Kavafis: *Prosa*, ed. Paputsakis cit., pp. 253-258.

¹¹⁹ K. A. Papazís: *Elegía recitada en el recordatorio del muy llorado joven Miguel Hijo de Constantino Ralis, celebrado el 10 de noviembre en el templo de Evanyelismós* - En Alejandría, Imprenta de la Reforma de Vitalis y Limnios, 1889. Cit. por St. Tsirkas, op. cit., p. 140.

"Tumba de Errieti Hija de Teodoro Ralis. Nacida el 26 de marzo de 1857 y fallecida en la flor de la vida el ocho de febrero de 1876, dejando a sus padres indecible dolor".¹²⁰

Un año después de la muerte de Mikés, el 2 de noviembre de 1890, terminó la vida de su padre Teodoro Hijo de Miguel Ralis; y dos años después la de su madre, Marieta, el 16/28 de septiembre de 1892.

No había pasado un año y medio desde la pérdida de su amigo Mikés, cuando Constantino pierde a su querido hermano Pedro, de sólo 30 años de edad. Los duelos seguirán con la muerte de su madre, Jariclia, el 4 de febrero de 1899, y continuarán con la de Arístides, en 1902, y luego con las partidas de todos sus hermanos. El último de ellos fue Ioanis, siempre llamado familiarmente John, primer traductor de poemas de Kavafis al inglés, quien murió en El Cairo, en 1923.

Aquellas tempranas y dolorosas separaciones deben estar reflejadas en el poema *Voces*, cuya primera versión es de 1894, con el título de *Dulces voces*. Algunos de los versos de ese primer poema hablan de un dolor profundo:

Son las voces más dulces las que para siempre
callaron [...].
En los sueños vienen miedosas y humildes
las voces melancólicas
y traen a nuestra memoria tan débil
muertos queridos, a los que una tierra muy helada
cubre, y para quienes una aurora
risueña nunca brilla, primaveras no florecen...

¹²⁰ A la pérdida de Mikés y Estéfanos y al motivo de la muerte de jóvenes, nos referimos en "Kavafis: la muerte en juventud", *Byzantion Nea Hellás*, N° 22, 2003, pp. 159-184.

Hubo una segunda redacción; y una tercera vino a ser publicada diez años después:

Voces ideales y amadas
de aquellos que murieron, o de aquellos que han
desaparecido para nosotros como los muertos.

A veces hablan en nuestros sueños;
a veces las escucha nuestro espíritu en el pensamiento.

Y con su rumor por un instante retornan
ecos de la primera poesía de la vida nuestra -
como una música, en la noche, lejana, que se apaga.

A partir del regreso de Constantinopla y quizás desde 1890, cuando dejó pasar la ocasión de tener un buen trabajo en Londres, se inicia un proceso, al parecer lento, de reconciliación de Constantino con su ciudad; y más tarde vendrá la incorporación de Alejandría al arte kavafiano.

En 1892, la Alejandría real se hace presente en los textos todavía inmaduros de Kavafis. En la revista *Atikón Musíon* de Atenas publica el poema *Sham el Nesim* (rep. 5), escrito en lengua arcaizante, y en el cual, a pesar del matiz de artificialidad que aporta la forma lingüística elegida, vibra el amor por el país y por la ciudad. Con esos versos, dice Stratís Tsirkas, «Alejandría hace su entrada en el mundo de la poesía kavafiana [...]. Se establecerá desde entonces allí, con sus calles y sus locales, con sus hombres y sus historias, con su antigua y nueva mitología, con sus noches voluptuosas, con su mar azul intenso y su grandiosa luminosidad; la Ciudad que, con sus muchas y todavía inesperadas metamorfosis, imprimirá sin cesar el sello de la unidad y de la autenticidad en la poesía de Kavafis. Pero esta Alejandría, la primera, no es la Alejandría de la decadencia antigua o contemporánea. Es la ciudad viviente de 'la morería', con el sol ardiente y el polvo, con la sed y las epidemias». El poema presenta

el espectáculo masivo de la fiesta del Sham el Nesim (Aspirando la brisa), gran fiesta campestre de primavera, a la que asisten musulmanes y cristianos, ricos y pobres, gentes de la ciudad y felajes. Alejandría y sus barrios se despueblan, pues todos desean acudir al festejo:

A nuestro amarillento Egipto
el sol con saetas plenas
de amargura y obstinación quema y fustiga,
y con sed y enfermedades lo oprime.
Nuestro dulce Egipto
en una fiesta risueña
se embriaga, se olvida, se engalana, y goza,
y desprecia al sol tirano.

El feliz Sham el Nesim la primavera anuncia,
fiesta inocente del campo.
Se vacía Alejandría, y sus calles abigarradas.
El feliz Sham el Nesim quiere celebrar
el buen egipcio y se hace nómade.
De todas partes acuden las compactas
multitudes de amantes de la fiesta. Se llena Gabari
y el canal de Majmudiya, azul, meditabundo.
Se llenan Mex, Moharrembey y Ramleh
Y compiten los campos en que cuál tendrá más carruajes,
en los cuales llegan alegres multitudes
en solemne, apacible júbilo.

Porque el egipcio también en la fiesta
mantiene su seriedad.
Con flores adorna su fez; pero su rostro
es inmutable. Murmura una monótona canción,
contento. Mucho ánimo en su espíritu,
poquísimo en sus movimientos.

No posee nuestro Egipto rico verdor,
no tiene arroyos agradables o manantiales,
no tiene montañas altas con amplia sombra.
Pero tiene flores mágicas, de fuego, que caen
de la antorcha de Ptah, que exhalan ignota
fragancia, en la que desfallece la naturaleza.

En medio de un coro de admiradores es cálidamente
/ aclamado
un dulce cantor de inmensa fama.
En su trémula voz penas de amor
gimen; su canción se queja amargamente
contra la liviana Fatma o la cruel Eminé,
contra la malignísima Zenap.

Con las tiendas sombrías y el refresco helado
se combaten el gran calor y el polvo.
Se marchan las horas como instantes, cual caballos
/ veloces
en una lisa llanura, y sus refulgentes crines
desplegadas luminosamente sobre la fiesta
tiñen de oro al feliz Sham el Nesim.

Y este cuadro de Egipto, de los egipcios, y una de sus fiestas más populares, este "poema realista" rebosante de amor por la tierra natal, termina con la repetición de los primeros ocho versos, reiterando así la expresión "to glikó mas Misiri" nuestro dulce Egipto. El poeta nombra a su país con el término "Misiri", adaptación popular griega de la forma en que los egipcios conocen a su país: «Misr»; y presentándonoslo como el «Misr samita», el Egipto acogedor. Alejandría, sus barrios, el Canal de Majmudiya, el desierto abrasador, los cantos e historias del pueblo, las carretas en que llega gente de todas las comarcas vecinas, todo eso está presente. Es éste un texto poético realista de interés, a pesar de los

defectos propios de los torpes primeros pasos en el arte y de la utilización de la artificial lengua *katharévusa*¹²¹.

Dos años después de *Sham el Nesim*, encontramos un poema que será fundamental en el arte kavafiano, cuando llegue a tener su forma definitiva. Se trata de la primera versión de *La ciudad*, cuyo título era *De nuevo en la misma ciudad*, en el que hallamos una dura expresión de odio:

Dijiste: "Iré a otra tierra, iré a otro mar.
Otra ciudad ha de hallarse mejor que ésta.
Mi vista se ha asqueado, se ha asqueado mi oído;
y está mi corazón - como cadáver - sepultado.
¡Hasta cuándo este marasmo permanecerá en mi espíritu!
Odio a la gente aquí que me odia,
aquí donde media vida mía
la pasé, y en vano la perdí, la destruí".

Nuevos lugares no hallarás, no hallarás otros mares.
La ciudad te seguirá. Rondarás por las mismas
calles. Y en los mismos barrios te harás viejo
y en las mismas casas encanecerás.
Por más lejos que vayas, lo más lejos que esperes,
de nuevo en la misma ciudad te veré.
Ah si tu vida la destruiste aquí
en este rincón pequeño - en toda la tierra la destruiste.

Kavafis ha pasado en realidad allí casi diez años de experiencia madura, más los siete años de la niñez; es decir, más de la mitad cronológica de su existencia, hasta los 31 años. Sólo 16 años más tarde, cuando tenga 47, publicará *La ciudad*, en donde

¹²¹ Katharévusa, lengua pura o purificada, es la denominación de la forma escrita arcaizante del griego, que se impuso al independizarse Grecia, como continuación de una tradición arcaísta que se remonta al siglo I a. C. La lengua real, naturalmente evolucionada, se denominó *dimotikí*.

habrá desaparecido aquella expresión. Ni odia a la ciudad, «Alejandría sin nombre aún»; ni ésta lo odia a él; pero ella no lo dejará ya salir de sus calles. Poco después de la primera redacción del poema, en carta a su amigo Pericles Anastasiadis, Kavafis analiza su propio texto y, entre otras cosas, afirma: «A un lector con simpatía –simpatía por cultura– que reflexione sobre el poema por uno o dos minutos, mis versos –estoy convencido– le sugerirán una imagen de profunda e interminable ‘désespérance’ que ellos contienen, ‘pero no pueden revelar todo’»¹²². La ciudad, nombrada con calidez en 1892, odiada en 1894, considerada sin odio como el lugar de donde no parte camino alguno, había llegado a ser la ciudad del poeta, en un momento situado en 1894 y 1910.

El proceso de conciliación no fue fácil, como lo muestra una nota inédita de Kavafis, escrita el 28 de abril de 1907: «Me acostumbré ya a Alejandría, y probablemente aunque fuera rico, aquí me quedaría. Pero con todo eso, cómo me incomoda. Qué dificultad, qué peso es la ciudad pequeña – qué falta de libertad. Permanecería aquí (no estoy seguro del todo si permanecería), porque es como una patria, porque está relacionada con los recuerdos de mi vida. Pero cuán necesaria sería para un hombre como yo – tan distinto – la gran ciudad. Londres, digamos. Desde que se marchó... P. M., cómo la traigo a mi mente».¹²³

A Londres, precisamente, había podido ir a trabajar en 1890 y había desechado la oportunidad. Dos años antes de la nota que hemos reproducido, el 2/15 de diciembre de 1905, escribía a Ion Dragumis: «Alejandría es la misma. Sólo con un lugar más para citas, el Hotel Kedhival, que fue restaurado, y tiene ahora hall de primera clase, excelente bar, té a las 5, cena después del teatro, y es muy frecuentado por la buena sociedad. Veamos cuánto dura este

¹²² Mijalis Peridis: *La vida y la obra de Constantino Kavafis*, p. 321.

¹²³ C. Kavafis: *Notas inéditas de poética y moral*, p. 40.

auge. Porque los alejandrinos somos terriblemente volubles»¹²⁴. Cuando se lee esta carta, no se puede dejar de recordar el poema *Refugiados*, ya citado, del año 1914:

Alejandría siempre es ella.

El período de adaptación a la ciudad, de reconciliación con ella, coincide en notable manera con la época de maduración poética de Kavafis. Savidis caracteriza ese período, que corresponde a las fechas límites de las *Notas inéditas sobre poética y moral*, publicadas por él en 1983¹²⁵: «Este período 1902-1911, en la vida de Kavafis, es la segunda y crítica década de su maduración creadora. El mismo situó el comienzo de esa maduración en 1891 (cuando tenía 28 años) y su término en 1911 (es decir, a los 48 años)». En la década en que se escriben las notas, Kavafis «aclara gradualmente su poética, respira el vivificador aire del demoticismo, hacia el cual había comenzado a avanzar moderadamente; se sacude de encima las herrumbres del romanticismo y del parnasianismo; busca y finalmente encuentra un modo personal de expresión poética más allá del estetismo de los simbolistas y evita el camino sin salida de la ‘poesía pura’»¹²⁶.

Este período termina, pues, en 1911, cuando Kavafis publica *Que el dios abandonaba a Antonio*, escrito el año anterior, poema al que Keeley, como veremos enseguida, otorga un lugar fundamental en la formación del mito central de la obra kavafiana.

A Alejandría, ciudad griega, árabe, cosmopolita, y a su dilatada historia –que estudió y dominó como pocos¹²⁷– había ligado Kavafis su vida, a esas alturas, y comenzaba a unir definitivamente su arte. Reconcilió su ser con su ciudad, su ciudad

¹²⁴ Y. Ioanu: “Dos cartas de C. P. Kavafis a Ion Dragumis y una nota a Filipo Dragumis”, p. 535.

¹²⁵ Y. Savidis [“Presentación”] de Kavafis: *Notas inéditas...*, p. 13.

¹²⁶ *Ibidem*, p. 15.

¹²⁷ Y. Seferis: “Kavafis-Eliot Paralelos”, en *Ensayos*, vol. I, p. 343.

real y estética «como era su destino hacerlo. Su obra ahora como poeta es investigar todos los aspectos de esta ciudad a la que eligió [...]; crear un mito de esa ciudad, que es su caso personal. A ello dedica la mayor parte de su obra», señala Philip Sherrard¹²⁸. Y Yanis Jatzinis destaca la decisión del poeta de permanecer «fiel a la ciudad con su cuerpo y con su pensamiento, hasta la médula de los huesos, hasta lo más hondo»¹²⁹.

Después de *Itaca* y la generalización que el último verso hace del carácter simbólico de la imagen eje del poema, «Kavafis vio muy inteligentemente que lo único de que podía disponer era un uso eficaz de ese medio retórico. De allí en adelante, su estrategia fue limitarse cada vez más a una ciudad concreta, y construir la imagen de esa ciudad de poema en poema sin comentarios generalizados y – casi totalmente – a través de narraciones y monólogos dramáticos, cuyas asociaciones metafóricas, concentradas en torno a la imagen, comenzaron a dar forma a un mito central. La ciudad que eligió era naturalmente Alejandría, la cual en esa época empieza a dominar en la conciencia del poeta en dos planos al mismo tiempo, el antiguo y el contemporáneo. El poema que consagra el plano antiguo es *Que el dios abandonaba a Antonio*, escrito un mes después de *Itaca*, también bajo la forma del monólogo didáctico, aunque el elemento didáctico es utilizado de manera que logra una de las más delicadas y conmovedoras formulaciones del canon kavafiano»¹³⁰.

En la identificación de Alejandría con la vida, con el ideal y aun con la divinidad, como lo sostiene Keeley, en *Que el dios abandonaba a Antonio*, y con su imagen como «la ciudad maestra, la cumbre del mundo panhelénico, / en todo género literario, en todo arte la más sabia», en *La gloria de los Ptolomeos*, es claro que Kavafis se vuelve decididamente hacia el pasado glorioso de su ciudad. Ha superado ya la concepción de la ciudad como ente

¹²⁸ Ph. Sherrard: “Constantine P. Kavafis” en *The Marble Treasbing Floor*, p. 89.

¹²⁹ Y. Jatzinis: *La Alejandría de Kavafis*, p. 25.

¹³⁰ E. Keeley: *La Alejandría de Kavafis Estudio de un mito en progreso*, pp. 64-65.

limitante y aprisionante, transformándola «primero en una útil metáfora, después en un paisaje erótico y finalmente en un mito liberador; tan liberador que en 1917 vemos que Kavafis publica un poema en el que invoca a su Alejandría contemporánea con un lenguaje tierno, que él mismo, diez años antes no habría utilizado sin cierta ironía»¹³¹:

Con todo no podía eso durar mucho. La experiencia
de los años me lo muestra. Pero sin embargo un
/ tanto abruptamente
vino el Destino y lo detuvo.
Breve fue la hermosa vida.
Mas cuán intensos fueron los perfumes,
en qué maravillosos lechos nos acostamos,
a qué placer nuestros cuerpos entregamos.

Un eco de los días del placer,
un eco de aquellos días vino hasta mí,
algo del ardor de nuestra juventud;
volví a tomar en mis manos una carta,
y leía una y otra vez hasta que faltó la luz.

Y salí al balcón melancólicamente –
salí para cambiar de pensamientos mirando al menos
un poco de la ciudad amada,
un poco del movimiento de la calle y los negocios.

Y hay que hacer notar que es justamente también el año 1917 aquel en que Kavafis elige sus poemas *La ciudad* y *La satrapía* como los primeros en todas sus colecciones temáticas de hojas sueltas¹³², las que constituyeron su medio habitual de difusión de su poesía. Entre 1911 y 1917, Kavafis escribe 12 de los 26 poemas

¹³¹ *Ibidem*, p. 43.

¹³² Y. Savidis: *Las ediciones de Kavafis*, pp. 336-336.

sobre Alejandría antigua que publicó durante su vida; y entre la primera fecha y 1921, publicó más de 40 poemas «históricos», de los cuales la mitad más o menos están dedicados a describir con más amplitud qué entiende el poeta por la ciudad, «tal ciudad», y qué por la personalidad que llegó a ser digna de ella; es decir, «iluminan la imagen de la Alejandría y del alejandrino antiguo»¹³³.

El estudio detallado del mito de Alejandría es el objeto de la obra de Edmund Keeley *Cavafy's Alexandria Study of a Myth in Progress*. Sus capítulos, «La ciudad real», «La ciudad metafórica», «La ciudad estética», «La Alejandría mítica», «El mundo del helenismo» y «La perspectiva ecuménica», examinan los estadios de la formación y conformación de ese mito. Como se ha observado por varios estudiosos, también Joyce, Yeats, Eliot y Pound forjaron sus mitos personales de países y ciudades de su imaginación, pero «primero que todos, Kavafis proyectó una imagen poética coherente de la ciudad que dio forma a su visión»¹³⁴. Drakondaidís anota: «Como Dublín con Joyce o Praga con Kafka, creo que Kavafis y Pessoa lograron hacerse de la ciudades en que vivieron espacios del mundo fuera del tiempo, espacios del simbolismo»¹³⁵.

«Modo alejandrino» ha denominado Keeley al procedimiento de Kavafis de buscar las ocultas posibilidades metafóricas de las secretas «comparsas misteriosas», dentro de la realidad que uno ve en la ciudad palpable, al lado afuera de su ventana. «Si ahora ese uno es Kavafis, entonces su modo es dramatizar y extender esas posibilidades que descubre, hasta que se carguen con un amplio significado mitológico. La utilización de ese modo por Kavafis parte cuando elige moverse desde las metáforas

¹³³ E. Keeley, op. cit., p. III.

¹³⁴ *Ibidem*, pp. 18-19.

¹³⁵ F. Drakondaidís, «Kavafis - Pessoa: vidas paralelas». El autor parte de la base de que «hay elementos comunes en Kavafis y en Pessoa como para que podamos hablar, conservando las proporciones, de vidas paralelas [...]. Opino que la simulación, el encubrimiento, el disfraz, la escenificación [...] son el punto más intenso de parentesco entre Kavafis y Pessoa», p. 132.

personales a las colectivas e históricas, para pasar desde allí a la proyección de un mundo mítico, que representa también su óptica particular de la historia griega y su imagen personal de la eterna aventura humana».

En 1917, como hemos anotado, al ordenar sus poemas en su segunda colección de hojas¹³⁶, Kavafis colocó *La ciudad* en primer lugar. Esta segunda colección es la primera que el poeta formó con criterio temático. En las restantes que tendrán ordenación temática conservará el lugar de *La ciudad* como poema inicial. Esta elección «nos deja suponer cuánto énfasis quería dar a una imagen que hacia aquella época había llegado a ser central dentro de su obra»¹³⁷.

Escrito por primera vez en 1894, el poema *La ciudad* había sido publicado en su forma definitiva sólo en abril de 1910. Aquí Alejandría se presenta sin nombre. Es la ciudad del poeta, pero también es una ciudad metafórica. No sólo podría mostrar la disposición psíquica del poeta en un momento o en una etapa de su vida, sino que también podría ser «la topografía» del alma de quienes están tan atados a su fracaso que no pueden huir de él. La expresión 'Para otro lugar –no esperes– no hay barco para ti, no hay camino', muestra la inevitabilidad de un destino, y, a la vez, en el caso de Kavafis, indica que la reconciliación con su ciudad es definitiva. No saldrá de ella ni física ni literariamente. Se quedará en ella y con ella. Y esa «ciudad metafórica» puede llegar a ser ahora «una ciudad poética, susceptible de un sutilísimo aprovechamiento artístico»¹³⁸.

¹³⁶ Durante su vida, Kavafis utilizó varios métodos para reproducir sus poemas. El que adoptó en forma definitiva, a partir de 1912, fue de editar cada texto en una hoja suelta, para hacer luego diversas colecciones, agrupando los poemas en algunas de modo cronológico y en otras con un criterio más o menos temático. La descripción de los distintos métodos en "Las ediciones de Kavafis", en *Kavafis íntegro*, pp. 273-286.

¹³⁷ E. Keeley, op. cit., p. 31.

¹³⁸ *Ibidem*, p. 39.

Dijiste: “Iré a otra tierra, iré a otro mar.
Otra ciudad ha de hallarse mejor que ésta.
Todo esfuerzo mío es una condena escrita;
y está mi corazón – como un cadáver – sepultado.
Mi espíritu hasta cuándo permanecerá en este marasmo.
Donde mis ojos vuelva, donde quiera que mire
oscuras ruinas de mi vida veo aquí
donde tantos años pasé y destruí y perdí.

Nuevos lugares no hallarás, no hallarás otros mares.
La ciudad te seguirá. Vagarás
por las mismas calles. Y en los mismos barrios te
/ harás viejo
y en estas mismas casas encanecerás.
Siempre llegarás a esta ciudad. Para otro lugar
/ - no esperes –
no hay barco para ti, no hay camino.
Así como tu vida la arruinaste aquí
en este rincón pequeño, en toda la tierra la destruiste.

La época de publicación de *La ciudad* coincide con la última revisión que hizo Kavafis de sus textos (1910-1911). Como consecuencia de ella, el poeta dejó en calidad de inéditos y de repudiados u olvidados una cantidad de textos escritos hasta entonces, y determinó la clasificación como «anteriores a 1911» (*ta pro tu* 1911), de aquellos que «sobrevivieron» a su examen autocrítico. Es también por esa época, 1912, cuando Kavafis comienza a distribuir su primera colección de hojas sueltas. El poeta parece estimar que ha encontrado el lenguaje y la temática que había buscado a través de largos esfuerzos y tanteos y de al menos tres revisiones autocríticas.

Recordemos algunos de los poemas publicados en 1910-11. En el primer año aparece *La satrapía* (can. 2), que Kavafis ubicará inmediatamente después de *La ciudad* en sus colecciones temáticas. Los últimos versos previenen contra la tentación de seguir un

camino que aleje del destino. Sólo con desesperanza puedes aceptar la satrapía que te ofrece Artajerjes. Allí no estarán «el Ágora, el Teatro, y las Coronas»:

Qué desdicha, siendo como fuiste hecho
para las bellas y grandes obras
que esta tu suerte injusta siempre
estímulo y éxito te niegue;
que te obstaculicen costumbres mezquinas
y pequeñeces e indiferencias.
Y qué terrible el día en que cedes
(el día en que te abandonas y cedes),
y partes en camino a Susa,
y vas donde el rey Artajerjes
que benignamente te acoge en su corte,
y te ofrece satrapías y cosas semejantes.
Y tú las aceptas con desesperanza
esas cosas que no las deseas.
Esas cosas Artajerjes dónde te las va a dar,
dónde las vas a hallar en la satrapía
y qué vida sin ellas vas a hacer.

En 1911, Kavafis publica 8 poemas, algunos de ellos señeros en su arte, como *Que el dios abandonaba a Antonio*, *Itaca*, *Idus de marzo*, *La gloria de los Ptolomeos*, *Jónico*. En *Que el dios abandonaba a Antonio*, Alejandría deviene el símbolo excelso. Simboliza la vida misma, la obra, el triunfo. Es más, para Keeley, Alejandría llega a ser aquí una imagen teomórfica; llega a ocupar el lugar de Dioniso (y de Heracles), como divinidad dominante en el mundo en ocaño de Antonio; y como el más maravilloso don del que fue digno el romano. Alejandría se aleja de ti: la divinidad te deja. En este poema, se introduce Alejandría en la poesía kavafiana como la mítica ciudad antigua; así como en *Sham el Nesim* se había introducido, casi veinte años antes, como la ciudad real. Antes, en 1893, había aparecido "tímidamente" la Alejandría antigua en un

poema de 1893, *Comerciante alejandrino*, en el cual un hombre de negocios que retorna de Roma reflexiona a bordo del barco que lo trae y , entre otros pensamientos, expresa:

No temo las ráfagas de viento de costado.
Me río de tormentas y naufragios.
A salvo, Alejandría la de amplias calles
me saluda ..."

Del mismo año es el poema *Hospitalidad de un Lagida*, en el que un sofista, Medón, habla de las condiciones de su trabajo antes en Roma y ahora en la corte de Ptolomeo Filopátor¹³⁹.

La gloria de los Ptolomeos, (1896-1911) nos sitúa también en una visión mucho más amplia que la que permitía vislumbrar aquel «rincón pequeño» de *La ciudad*. Alejandría es aquí "la ciudad maestra":

Yo soy Laghida, rey. El poseedor absoluto
(por mi poderío y por mi riqueza) del placer.
Macedonio o bárbaro, no se encuentra ninguno
igual a mí, o que siquiera se me acerque. Es ridículo
el Seléucida con su lujo vulgar.
Empero si pedís otras cosas, hélas aquí también claras:
la ciudad maestra, la cumbre del mundo panhelénico,
en todo género literario, en todo arte la más sabia.

A esa calidad de centro principal del helenismo, de cima de la cultura griega, se refiere una nota de Kavafis a este poema:

«Imaginemos un edificio. Traen unas piedras los griegos del Peloponeso y otras los de Grecia continental y otras los de Macedonia y otras los de las islas, y hacen un edificio panhelénico. La cima es Alejandría. Con justicia puede uno llamarla cumbre panhelénica. Cumbre metafóricamente. A ella acuden por luces los

¹³⁹ Traducciones de estos dos poemas en *Kavafis íntegro*, pp. 558-559.

griegos del Peloponeso, de Sicilia, del Sur de Italia, de las islas y de otras regiones»¹⁴⁰.

Lo riesgoso tiene igualmente por escenario a Alejandría antigua. Es Mirtias un estudiante alejandrino que intenta conciliar el espíritu ascético con el pleno hedonismo.

Dijo Mirtias (un estudiante sirio
de Alejandría: bajo el reinado
de augusto Constante y augusto Constancio,
gentil en parte, y en parte cristianizado):
“Fortalecido con meditación y estudio,
yo no temeré a mis pasiones como un cobarde.
Mi cuerpo a los placeres entregaré
[...] sin
ningún temor, porque cuando quiera –
y tenga decisión, fortalecido
como estaré con meditación y estudio –
en los momentos críticos he de reencontrar
mi espíritu, igual que otrora, ascético”.

Seis años después, en 1917, serán dos jóvenes de Alejandría, Yasís e Ignacio, quienes desde sus lápidas encarnarán cada uno de esos caminos: la plena entrega al placer, el primero; la renuncia al mundo y el refugiarse en Cristo, el segundo. Yasís cuenta desde su lápida que los excesos le dieron la muerte. Pero le agrega al caminante que pase por allí:

[...] Viajero,
si eres alejandrino, no has de criticar. Tú conoces el ímpetu
de la vida nuestra: qué ardor posee, qué voluptuosidad
/ excelsa.

¹⁴⁰ Reproducida por Diana Haas en “Comentarios de Kavafis a poemas suyos...”, p. 97.

Cleon, con su nombre de religioso – lector –, Ignacio, también habla desde la lápida de su sepulcro:

Aquí no soy ese Cleon que fui famoso
en Alejandría (donde difícilmente se dejan impresionar)
por mis casas espléndidas, por mis jardines,
por mis joyas y por mis carrozas.
[...] Soy Ignacio, lector, que muy tarde volví en mí;
pero que sin embargo también así diez meses viví feliz
en la paz y en la seguridad de Cristo.

El hedonismo de la Alejandría antigua, presente en *La gloria de los Ptolomeos*, comienza en 1912 a tener un paralelo en poemas de contenido erótico que se refieren a hechos contemporáneos que transcurren en la misma ciudad. Empieza así, en 1912-13, un esfuerzo consciente, sistemático, del poeta por presentar, junto a la ciudad histórica con sus dimensiones metafórica y mítica, la ciudad sensual, que es un aspecto muy importante de la ciudad real contemporánea. De este modo, Kavafis, ya a partir de 1912 utiliza una forma del llamado método mítico, «relacionado, pero algo diferente, con aquel que aplican, más o menos en la misma época [o algo después] Yeats, Joyce, Pound, Eliot. Eliot definió el ‘método mítico’ como ‘el manejo de un ininterrumpido paralelismo entre lo contemporáneo y lo antiguo’, a través de lo que Joyce denominó escritura ‘de dos planos’. Pero en vez de llevar su paralelismo a imágenes simultáneas, superpuestas, como hicieron sus contemporáneos irlandés y norteamericano (Ulises-Bloom frente a Nausicaa-Gerty Mac Dowell, o Elpenor-Mauberley con su epitafio sobre un remo, o Stetson en los barcos en Mylae), Kavafis yuxtapone una ciudad antigua y una ciudad contemporánea en poemas paralelos, publicados y distribuidos más o menos simultáneamente [...]»¹⁴¹. Alejandría no es una de las

¹⁴¹ *Ibidem*, p. 71.

«ciudades inexistentes» de Eliot. Existió, y existe a la vez en el recuerdo y en la realidad.

El encuentro del pasado y el hoy, a la convivencia de la historia y la contemporaneidad en la poesía de Kavafis, parece reflejar una característica de Alejandría. En ella, para el que sabe captarlos, se encuentran dos mundos. A ello se refería el crítico John Middleton Marry, ex editor de la revista *Athenaeum* de Londres, al comentar el libro *Pharos and Pharillon* de Forster, aparecido a comienzos de 1923, y en el que el escritor reunió artículos y estudios sobre la ciudad, incluyendo un segundo ensayo sobre Kavafis. El primero había sido publicado en esa revista en 1919. Escribía Middleton Marry:

“En Alejandría, el señor Forster ha encontrado una patria espiritual. Cuando un temperamento ambiguo se evade a una ciudad ambigua, a aquel rincón del mundo habitado, donde manifiestamente hay un girar hacia una dimensión espiritual, donde la atmósfera es sobrenaturalmente cálida y todo está sabiamente confundido, un verdadero torbellino caracteriza al convergencia de dos mundos que se concilian en contradicciones vertiginosas. No hay nada, salvo una grieta en el universo humano. El señor Forster vaga de aquí a allá para captarla y encuentra al señor Kavafis, que se ha adelantado en ese empeño”¹⁴².

Los poemas canónicos *En la calle* 1913-1916, *La vitrina de la cigarrería* 1907-17, *A la entrada del café* 1915, *Una noche* 1907-1915, *Fui* 1905-1913, *Días de 1903* 1917, *En un atardecer* 1916-17, *Frente de la casa* 1918, *A permanecer* 1918-19, son algunos de los que recogen aspectos de la ciudad sensual, lugar real y también lugar de recuerdos vividos allí, sitio que llega a ser «todo sentimiento»:

El último de la larga serie de poemas de la ciudad sensual será *Días de 1908* (1921)-1932, que es también el postrer texto publicado por Kavafis, en noviembre de 1932, estando ya

¹⁴² Cit. por M. Haag: *Alexandrie City of Memory*, edición citada, pp. 170-171.

gravemente enfermo. Allí, el poeta se dirige a los «días del verano del novecientos ocho», cuya visión conservó la imagen de un bello cuerpo desnudo, contemplado en una playa de Alejandría:

Ah días del verano del novecientos ocho,
de vuestra visión, artísticamente,
se borró la ropa raída color cáscara.
Vuestra visión lo conservó
cuando se despojaba de ellas, cuando se las quitaba,
las ropas indignas, la ropa interior remendada.
Y quedaba enteramente desnudo, inmaculadamente
/ hermoso: una maravilla.

Paralelamente a los poemas de la ciudad sensual, aparecerán los de la ciudad mítica antigua. Al año siguiente de *Que el dios abandonaba a Antonio*, el poeta escribirá y publicará su magno texto *Reyes alejandrinos* 1912 y luego se sucederán *Tumba de Eurión* 1912-14, *Teodoto* 1911-15, *Ante la estatua de Endimión* 1916, *Emisarios de Alejandría* 1918, *Cesarión* 1918, *Tumba de Lanis* 1918, *Tumba de Yasís* 1917, *Tumba de Ignacio* 1917, *En el mes de Athir*, 1917, *Para Amonis...* 1917, *Emiliano Monai...*1918, *De los hebreos (50 d.C.)* 1919 y otros.

Se ha propuesto como especialmente representativo de los lazos que unen la Alejandría mítica con la real, el poema *Días de 1909, '10 y '11*, que sería un epitafio más, uno moderno, que se sumaría a las seis «tumbas» alejandrinas antiguas (las de Yasís, Lanis, Cleon-Ignacio, Eurión, Leukios y el de Marilo Aristodemo, en *Kimón hijo de Learjos...*), epitafios en los cuales se lamenta la muerte prematura de algún hermoso joven. En el «epitafio» moderno, de 1928, se trata de un muchacho de la Alejandría cosmopolita y comercial del siglo XX, un joven a cuya belleza la ciudad antigua habría dedicado, sin duda, una estatua o una pintura, pero que en la urbe moderna se arruina y se pierde, consumido por el trabajo duro, la miseria y sus pasiones. Nadie sabrá ni de su fin ni de su tumba. El poeta intenta salvar un reflejo

de aquella belleza ignorada a través de la reflexión, a través del recuerdo que de él hace en el poema, el cual viene a reemplazar la lápida anónima o inexistente:

Me pregunto si en los tiempos antiguos
poseyó la gloriosa Alejandría un joven más bellísimo,
un muchacho más perfecto que él - que se perdió:
no hubo, se comprende, estatua o pintura suya:
arrojado al mísero taller de un herrero,
se hubo de acabar tempranamente por el trabajo penoso
y por una vulgar corrupción, desdichada¹⁴³.

Falta por mencionar “la ciudad religiosa, ortodoxa”. Porque también forma parte del mundo espiritual y poético de Kavafis el ámbito de la religión ortodoxa de los griegos modernos, absolutamente entroncada con la tradición bizantina. El poeta conjugó su veneración por la cultura griega antigua y especialmente por la alejandrina con su amor por el mundo bizantino del cual la ortodoxia constituye un elemento básico. En este ensayo no podemos entrar en el vasto y complejo tema de la religiosidad del poeta, que ha sido estudiado extensamente por Diana Hass en una tesis doctoral¹⁴⁴. Pero al menos podemos recordar dos escritos de Kavafis que nos hablan de los dos aspectos – en él no contrapuestos de su “grecidad”. Uno de ellos es el artículo que escribió el poeta en 1892, en el diario *Tilégrafos*, con motivo de la inauguración del Museo Greco-Romano de Alejandría, que es hasta hoy el más importante de la ciudad. Kavafis hace un elogio del nuevo museo y explica el por qué es tan significativo para los griegos alejandrinos:

¹⁴³ La traducción completa en *Kavafis íntegro*, p. 510.

¹⁴⁴ D. Hass: *Le problème religieux dans l'œuvre de Cavafy Les années de formation (1882-1905)*, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, Paris, 1996.

“El Museo alejandrino está lleno de interés para todos los amigos de las antigüedades y de las letras, pero especialmente para nosotros los griegos. Es como un tesoro de cosas familiares. Habla a nuestra imaginación del glorioso Helenismo de Alejandría”¹⁴⁵.

Y entre los poemas en que se muestra amor y admiración por el mundo bizantino y su continuación en el neohelenismo, está *En la iglesia*, cuya primera redacción es de 1891 y cuya forma definitiva fue publicada en hoja suelta en 1912. Los objetos sagrados, la liturgia ortodoxa, que podía seguir Kavafis en los templos alejandrinos, traían a su espíritu el mundo bizantino, la “gloriosa Bizantinidad”:

Amo la iglesia – sus ángeles de seis alas,
la plata de sus vasos sagrados, sus candelabros,
las luces, sus íconos, el púlpito.

Cuando entro en la iglesia de los griegos:
con la fragancia de su incienso,
con las voces y músicas litúrgicas,
la majestuosa presencia de los sacerdotes
y el ritmo grave de cada uno de sus movimientos –
resplandecientes en los ornamentos de las vestiduras –
mi pensamiento va a los grandes honores de nuestra raza,
a nuestra gloriosa Bizantinidad.

¿Por qué Alejandría

¹⁴⁵ "To musión mas" Nuestro Museo, publicado el 12 de julio de 1892. Texto en Kavafis: *Peḗá* Prosa, Presentación, comentarios G. A. Paputsakis, Editorial Fexis, Atenas, 1963, pp. 159-161.

¿Por qué se prestaría Alejandría para inspirar y luego ser eje y centro de tal concepción, de tan amplia, compleja y en cierto modo fascinante «mitologización»? Su falta de monumentos, de vestigios materiales de su antigua gloria, parecería hablar en contra de tal posibilidad. En su superficie hay muy escasas ruinas antiguas y en el subsuelo quedan pocos restos. Sólo en los últimos años del siglo XX se han hecho descubrimientos importantes, en especial de ruinas sumergidas bajo el mar. Pero el recuerdo, a pesar de la escasez de vestigios del pasado, está por doquier. Ciudad de la memoria, se la ha llamado con razón. Esa memoria es la que descubrió, investigó, amó y poetizó Kavafis.

Para un destacado escritor, como Forster, la ciudad, cuando la conoció en 1915, no era una gran cosa: «A uno no puede desagradarle Alejandría, porque es imposible que no te gusten el mar o las piedras. Pero que yo sepa, consiste en eso y nada más: simplemente una ciudad limpia y cosmopolita a orillas de un poco de agua azul».

Pero no transcurrió mucho tiempo sin que la ciudad comenzara a cautivarlo. Y al año siguiente pudo escribir: "He captado la magia, la antigüedad y la complejidad de la ciudad, y he decidido escribir sobre ella. Me ha venido la idea de una guía."¹⁴⁶

Así fue como Forster escribió un muy hermoso texto no literario (o más bien, no de ficción literaria) sobre la ciudad: *Alexandria A History and a Guide*. Y en el prólogo de ese libro expresa: «Los ‘puntos de interés’ de Alejandría no son interesantes en sí mismos, pero nos fascinan si nos acercamos a ellos a través del pasado»¹⁴⁷. Por eso, Michael Haag pudo afirmar: «Fue Kavafis quien le proporcionó el eslabón imaginativo entre el pasado y el presente, como reconoce Forster al colocar el poema *Que el dios abandonaba a Antonio* entre su *Historia* y su *Guía*»¹⁴⁸.

¹⁴⁶ M. Haag: *Alexandria. City of Memory*, Traducción al griego D. G. Stefanakis, Ediciones Okeanida, Atenas, 2004, p. 25.

¹⁴⁷ E. M. Forster, op. cit., p. 256.

¹⁴⁸ M. Haag: “La ciudad de palabras”, Epílogo a E. M. Forster: op. cit., p. 12.

Un poeta chileno, de ancestros árabes, Matías Rafide, ha captado la conjunción de pasado y presente en Alejandría, de la belleza actual empapada con la fascinación de mil recuerdos de gloria, arte y saberes. El título del poema es el nombre de la ciudad. Vale la pena que lo traigamos aquí en su integridad:

Altísimos espejos. El tiempo es la sombra
del olvido. Aquí las aguas son la utopía
de Heráclito. No es el mismo mar
el que contemplo, apenas remotos
ecos de antiguos rostros, barcos
perdidos que navegan en la noche.

Voces de griegos y romanos
corren desnudas por la playa.
Imperios de mil años avanzan
por el cielo como blancos delfines
en memoria de efímeras galaxias.

Acércame tu mar mediterráneo
tu Faro prodigioso, mirada de Dios
que descuelga sus súbitos
balcones para mirar su
esplendoroso sueño.¹⁴⁹

Volviendo al libro de Forster, hay que decir que, como lo destaca Haag, a pesar de que se acerca al siglo de vida, este libro es todavía útil hoy día: «Seguir una novela por las calles de Alejandría puede llevarte a lugares extraños, pero como ocurre cuando seguimos a Bloom por las calles de Dublín, vislumbras la ciudad que verdaderamente importa. *Alejandría* sigue siendo útil como guía y no es el factor menos importante que contribuye a ello el

¹⁴⁹ Matías Rafide: “Alejandría”, del poemario *Presagios*, en *Pasión y vida en la poesía*, Cuadernos Juvenal Hernández N° 7, Santiago, 2004, p. 33.

que funcione como una novela, o como la poesía de Kavafis, dominando tiempo, espacio e intimidades»¹⁵⁰.

Al renacer, en el siglo XIX, la ciudad ostentará un carácter plenamente cosmopolita. Como lo hemos recordado ya, Mohamed Alí (1805-1848), quien logra obtener la autonomía del país, embellece la ciudad con espléndidos palacios y monumentos. En 1828 el famoso Champollion da en pocas líneas un panorama de una ciudad cosmopolita, lo que muestra que se habían producido ya cambios muy importantes desde los años en que Chateaubriand visitó la ciudad y dejó la melancólica descripción que hemos citado. “Una mezcla de pueblos... Una verdadera representación de los contrarios; se encuentra uno de repente en un mundo nuevo donde nada se parece a lo que cada uno ha visto hasta ese momento... Hombres de todas las razas... Un ciego que le tiende la mano y le dirige la palabra en francés: ‘Bonjour, citoyen’...”¹⁵¹

El proceso de modernización y progreso de la ciudad es acelerado, así como la prosperidad de las colonias extranjeras. La griega, que estrictamente no puede considerarse totalmente extranjera, se organiza legalmente, según lo hemos mencionado también antes, en 1844, y en 1854 puede inaugurar el grandioso templo de La Anunciación, *Evangelismós*, donde será bautizado el poeta Kavafis, imponente edificio cuya majestuosidad podemos admirar hasta hoy.

A fines del siglo XIX y comienzos del XX, Alejandría sobrepasa los 400 mil habitantes mientras Atenas no alcanza los 200 mil. Y el ambiente que domina en el puerto egipcio es acaso más vivo e interesante que el de la vieja capital del Ática: "Posesión antigua de Proteo, el suelo de Alejandría es fértil en espejismos, en metamorfosis, y el pavimento de la ciudad moderna es hoy azotado por una marea de paseantes esbeltos y morenos, joven

¹⁵⁰ M. Haag, op. cit., p. 256.

¹⁵¹ Jean François Champollion: *Lettres et Journaux écrits pendant le voyage d’Égypte*, cit. por D. Rondeau, op. cit., p. 142.

posteridad de razas milenarias. Aquí Asia y África se mezclan, se desposan y se ofrecen"¹⁵². En sus calles bullen árabes, griegos, turcos, italianos, armenios, franceses, ingleses.

Daniel Rondeau contrasta la concepción europeizante de Alejandría que tenía el virrey que fue apodado «el Magnífico» y la visión de Kavafis: «Ismael el Magnífico decía: ‘Egipto pertenece a Europa. Alejandría es el puesto de guardia avanzado del continente europeo’. En el mismo momento, un empleado del Departamento de Riego piensa que el mañana está ya oculto bajo los ropajes del ayer y que existen también otros fuegos, además de los globos transparentes que cada noche lanzan sus llamas eléctricas amarillas sobre el pavimento del muelle nuevo. Sus poemas, escritos en hojas sueltas, reviven místicamente la otra realidad de la ciudad, *past present*, y miden la huella dorada de los siglos que pasaron. Y la historia sepultada de la ciudad, que no la confiará sino a un círculo reducido de íntimos, brotará como un manantial de luz y convocará a otras voces. Fueron muchas las ciudades que abrazaron esa costa de la Racótida desde la época de Alejandro: la ciudad del espíritu, la ciudad desaparecida, la ciudad reencontrada, la ciudad de las ruinas que nunca se descubrieron, la capital de la memoria»¹⁵³.

Y dentro de aquella ciudad hay *toda una Alejandría griega*. El griego es el segundo idioma hablado; existen escuelas, bibliotecas, teatros, liceos, centros culturales, revistas, diarios, hospital, cementerio, orfanato, hospicio griegos. Los trabajos arqueológicos de distintas misiones europeas traen a la luz la historia del país y resucitan también, por supuesto, la época helenística. Los libros griegos, impresos en el país o en la metrópoli, circulan y se encuentran en las diversas librerías internacionales, entre las cuales hay establecimientos griegos, como *Serapion, Victoria y Grámata*¹⁵⁴.

¹⁵² R. Levesque, cit. por J. Cattau: *Constantin Cavafy*, p. 15.

¹⁵³ O. Rondeau: *Alexandrie*, pp. 146-147.

¹⁵⁴ Z. Lorenzatos: “Prólogo” a I. A. Sareyanis: *Comentarios a Kavafis*, p. 26.

Claro está que, a pesar de la existencia de las instituciones griegas mencionadas, Alejandría estaba lejos de ser una ciudad del espíritu, como lo había sido en la Antigüedad. Esencialmente era un grande y muy activo centro comercial, como lo recuerda Constantino Ftiarás: «Me causaba impresión en aquellos años cómo podía Kavafis hacer poesía en una ciudad como Alejandría, una ciudad comercial por excelencia, en la cual los intelectuales era una muy pequeña minoría y en absoluto existía aquello que llamábamos ‘entorno’ o ‘atmósfera’ favorable»¹⁵⁵.

El recuerdo, la memoria, el adentrarse espiritualmente en un pasado glorioso en que florecieron las ciencias, las artes y las letras, era lo que podía dar «la atmósfera». Y naturalmente, el prestigio que muy lentamente fue ganando la obra kavafiana iba a restablecer a Alejandría como sede de poesía.

En el poema «inconcluso» *Del siglo VI o del VII*, escrito en diciembre de 1927, el poeta expresa que la Alejandría de esos siglos «es muy interesante y conmovedora», porque todavía habla griego «acaso sin mucha vida, pero como sabia / nuestra lengua habla todavía». En los últimos versos hallamos la explicación de la forma en que Kavafis siente a su ciudad y especialmente aquella época en que pronto sería avasallada por el «arabismo» y la lengua griega se eclipsaría¹⁵⁶:

Es muy interesante y conmovedora
la Alejandría del siglo sexto, o de comienzos
/ del séptimo,
antes de que llegara el poderoso Arabismo.

¹⁵⁵ C. Ftiarás, «El año 1928 o '29 d.C. en Alejandría», p. 545. Semejante admiración expresa el escritor alejandrino I. Ganulis, quien recuerda «la fuerza vital» y «la fe» inagotables del poeta. En St. Karakasis: *Kavafis*, p. 12.

¹⁵⁶ Aunque hay que considerar que si bien dejó de ser una lengua general, nunca dejó de hablarse aun por los pocos griegos que siempre permanecieron en la ciudad. Además, durante los primeros siglos aún era posible escucharla bastante, como lo muestra el caso del famoso traductor Hunayn, del siglo IX, a quien nos hemos referido antes.

Habla griego todavía, oficialmente;
acaso sin mucha vida, pero como sabia
nuestra lengua habla todavía.
Del Helenismo fatalmente será borrada;
pero aún se sostiene en él cuanto puede.

Es natural si así sentimentalmente
considere esta época suya,
yo que, poeta griego – y griego de ella,
mi obra griega he hecho en su suelo.

En otra variante, los últimos versos son éstos:

[...] nosotros que ahora hemos vuelto a traer
lengua griega a su suelo.

Todavía en 1941, el poeta Seferis, al arribar a las costas alejandrinas siguiendo a su Gobierno en exilio, a raíz de la invasión y ocupación del país por las fuerzas hitlerianas, pudo escribir estas líneas:

«Llegué a la provincia de Kavafis con la tristeza de un fugitivo. En Alejandría encontré una metrópoli que aún hablaba griego, una metrópoli en los confines, como la antigua Seleucia en el Tigris; un pueblo griego que tenía un poeta, un poeta cuya sombra aún no se había desvanecido completamente de las calles y las casas; un mundo griego distinto, tal vez, pero el único que me quedaba hasta la liberación de mi país»¹⁵⁷.

En esos días de tribulación y angustia, Seferis recorría las calles de la ciudad de Alejandro, reuniendo el martirio del reciente martirio de Creta, último lugar de resistencia de Grecia a la invasión hitleriana, con el de la antigua metrópoli y su fundador y con el del poeta Kavafis. El título de un poema – *Días de junio '41* –

¹⁵⁷ Y. Seferis: "Algo más sobre el Alejandrino", en *Dokimés Ensayos*, vol. I, p. 367.

no puede sino recordar los “Días” y “Años” de poesías kavafianas. Mientras camina con dos amigos por la calle Rosette hacia donde estaba la Puerta del Sol, la luz de la luna nueva contrasta con la tiniebla del dolor en el corazón. Y al volver, se acercan al cruce cerca del cual pueden estar las cenizas de Alejandro, punto que está también cerca de la casa del poeta alejandrino.

Salió la luna nueva en Alejandría
sosteniendo a la luna vieja en sus brazos
y nosotros yendo hacia la Puerta del Sol
con la tiniebla del corazón – tres amigos.
¿Quién quiere ahora bañarse en las aguas de Proteo?
La metamorfosis la buscábamos en nuestra juventud [...].
Y ahora salió la luna nueva abrazada
con la luna vieja; con la bella isla desangrándose
herida; la isla quieta, fuerte, inocente [...].

Nuestra sed

centinela ecuestre trocado en mármol
en la oscura Puerta del Sol
no sabe pedir nada: está alerta
desterrada aquí en torno
cerca de la tumba de Alejandro Magno¹⁵⁸.

Ciudad cosmopolita, vieja y nueva, cantada por poetas antiguos y modernos, cristianos y musulmanes, desde Calímaco y Teócrito hasta Carducci, pasando por Al Deraroui, la *Iskanderiyah* de los árabes y *Ἀλεξάνδρεια Alexandria* de los griegos; orgullosa de la gloria inaudita de su fundador, Iskander el Akhbar - Megas Aléxandros - Alejandro el Grande, ciudad plena de misteriosa y rara vitalidad.

¹⁵⁸ La traducción completa del poema en Yorgos Seferis: *Mythistórima Stratis el Marino y otros poemas*, Selección, traducción, prólogo y notas M. Castillo Didier, Centro de Estudios Griegos – Ediciones Stratis, Santiago, 2000, p. 69.

«Y parece que el misterio de la Alejandría del siglo XX no está en lo que es o fue verdaderamente en cierto momento dado, sino en su fuerza para inspirar – tanto como casi ninguna otra ciudad en nuestra época – la creación de ciudades poéticas plasmadas «a su imagen», ciudades que la imitan como puede ser, o también como podría ser, en su esencia»³⁹. Kavafis, E. M. Forster, Lawrence Durrell, Stratís Tsirkas, Robert Liddell, Naguib Mahfouz, nos han entregado sus imágenes de Alejandría, todas distintas, todas apasionantes. Forster y Durrell han captado la unión del espíritu y la poesía de Kavafis con su «ciudad amada». Ellos, como anota Michael Haag, vendrían a edificar otras Alejandrías posibles sobre la metáfora en que el poeta la había transformado¹⁵⁹.

Ambos al conocer a Alejandría sintieron su atracción y encanto y ambos vieron en Kavafis al «viejo poeta de la ciudad», el primero que había dado forma «al sueño disperso de esta ciudad sensual y música».

Forster no sólo trazó la historia de la ciudad del poeta y presentó en inglés uno de sus poemas más importantes, *Que el dios abandonaba a Antonio*, sino que difundió la obra kavafiana en los medios intelectuales ingleses, dándola a conocer en especial a Eliot, a Toynbee y a D. H. Lawrence. Y escribió dos ensayos, ya clásicos, sobre Kavafis. El primero data de 1919. Fue publicado en la revista *Athenaeum* de Londres y reproducido en el libro *Pharos and Pharillon*, segundo homenaje del escritor a Alejandría, en 1923. Allí figura la tan citada semblanza del poeta: «Un gentleman griego, con sombrero de paja, de pie y absolutamente inmóvil, con una posición ligeramente oblicua respecto del mundo ...»¹⁶⁰

En cuanto a Lawrence Durrell, todo su famoso ciclo *El cuarteto de Alejandría* puede ser visto como “un conmovedor homenaje a la gloria del poeta desaparecido”. Porque no sólo se

¹⁵⁹ M. Haag, op. cit., p. 257.

¹⁶⁰ Los ensayos de Forster, traducidos al griego, se reproducen en *Epitheórisi Tejnís*, Homenaje a Kavafis, 1963, p. 628 y s.

insertan, traducidos, seis poemas kavafricanos: *La ciudad* y *Que el dios abandonaba a Antonio*, en *Justine*; *El sol de la tarde*, *Lejos*, *Uno de sus dioses* y *Che fece... il gran rifiuto*, en *Clea*. También se recuerdan o recitan otros versos y, sobre todo, se hace sentir la sombra del viejo poeta de la ciudad. Así sintetiza Durrell algunas de las principales características de la Alejandría que él conoció:

«La ciudad habitada por mis recuerdos se mueve no sólo hacia el pasado de nuestra historia, tachonada por los grandes nombres que marcan cada estación de la crónica, sino que se despliega, por así decirlo, hacia atrás y hacia adelante en el presente vivo, entre sus creencias y razas contemporáneas, las cien pequeñas esferas creadas por la religión o el saber, que se aglutinan blandamente como células para formar la gran medusa desplegada que es la Alejandría de hoy. Unidas de esta manera fortuita por obra de la voluntad de la ciudad, aisladas en un promontorio de esquisto que domina el mar, respaldadas tan sólo por el espejo lunar del Mareotis, el lago salado, más allá de la eternidad de un desierto áspero (que ahora acarician suavemente los vientos de primavera, formando informes dunas de raso, hermosas como un campo de nubes), las comunidades siguen viviendo y comunicándose: los turcos con los judíos, los árabes, coptos y sirios con los armenios, italianos y griegos. El viento de las transacciones comerciales transmite esa ondulación a través de esas comunidades, como un trigal estremecido por la brisa; las ceremonias, los pactos, los matrimonios, las unen y las separan. Incluso los nombres de las estaciones de tranvías [...] evocan los hombres nunca olvidados de los fundadores, y los nombres de los primeros capitanes que desembarcaron en esta costa, desde Alejandro hasta Amr; fundadores de esta anarquía de la carne y la fiebre, del amor al dinero y el misticismo. ¿En qué otro lugar se da esta mezcla?»¹⁶¹

Dos décadas después del término de la publicación de su tetralogía novelística, Durrell revivía la sensación del arribar a

¹⁶¹ Lawrence Durrell, *Baltazar*, p. 151.

Alejandría, la ciudad de los contrastes increíbles, de las actitudes inverosímiles y de la vasta y apasionante historia:

«Alejandría se abre ante un mar soñador y sus olas homéricas se hacen y deshacen a impulsos de las frescas brisas procedentes de Rodas y el Egeo. Desembarcar en ella es como dar un salto en el vacío, porque enseguida percibes no sólo la ciudad plañideramente griega que se alza ante ti, sino también su telón de fondo de desiertos que se extienden hacia el corazón del África. Es un lugar para separaciones dramáticas, decisiones irrevocables, últimos pensamientos; todo el mundo se siente empujado hacia lo extremo, hacia el límite de su capacidad de resistencia. Las personas se convierten en monjes o en monjas, en seres voluptuosos o solitarios, sin mediar una palabra de aviso... La ciudad no hace nada. No oyes nada salvo el ruido del mar y los ecos de una historia extraordinaria.»¹⁶²

Un gran escritor egipcio, Naguib Mahfouz, ha hecho de Alejandría el escenario para una apasionante novela, *Miramar*, y ha sabido captar el encanto de la ciudad, desde la desmesura vital atormentada de muchos de sus habitantes, hasta la honda poesía de sus bellezas y sus recuerdos. Es significativo, además, que el lugar que sirve de punto de convergencia de los variados personajes de *Miramar* es justamente la pensión de una griega, de la muy reducida colonia helénica que permaneció en la ciudad después de la década del 60. Los distintos dramas que se anudan y desanudan en la obra comienzan con un saludo a la ciudad:

«Alejandría. Por fin, Alejandría, Dama del Rocío. Flor de nimbo blanco. Seno de radiancia, húmeda de agua celestial. Corazón de nostalgia empapado en miel y lágrimas.»¹⁶³

Notable kavafista, poeta y novelista, Stratís Tsirkas, griego cairota, alejandrino de adopción, escogió también a Alejandría

¹⁶² L. Durrell: "Prólogo" a E. M. Forster: *Alejandría Una historia...*, p. II.

¹⁶³ Naguib Mahfouz: *Miramar*, p. 23.

como escenario de la que es acaso la más lograda de las novelas de su celebrada y discutida trilogía *Ciudades ingobernables*¹⁶⁴. Se trata de *El murciélago*, cuya acción transcurre durante la Segunda Guerra Mundial y en la que convergen hechos de los combatientes griegos exiliados en el Medio Oriente y personajes y acontecimientos ocurridos en Alejandría, especialmente entre griegos, aunque intervienen también figuras provenientes de otras áreas étnicas, entre ellas la árabe y la copta.

Robert Liddell, por su parte, antes de emprender el trabajo de la biografía de Kavafis, escribió una novela sobre el poeta y Alejandría, con el título sugestivo de *Ciudad irreal*.

Jacques Berque ha asociado algunas de las características de Alejandría a las de las ciudades del Oriente, en general. La desmesura alejandrina, que pareciera tener sus raíces en la agitada época ptolemaica, sería una nota común a aquellas poblaciones, nota que en la ciudad de Alejandro se daría por excelencia (de allí la denominación de *alejandrinismo*):

«En todo paisaje urbano del Oriente se pone vigorosamente de manifiesto una desproporción entre los órdenes de la vida y de las cosas, una suerte de telescopiamiento de las eras del pasado y de los niveles del ser en el presente. El alejandrinismo subsiste a la vuelta de las callejuelas, en los terrados y en los cafés, en las mañanas de polvo y de aljófara o en los crepúsculos orgiásticos de Sidi Bishr. Otros, además del poeta Kavafis, lo han sentido. Todas las ciudades en el Oriente son ‘ciudadelas de la memoria’, en el sentido de que exaltan lo sórdido, profanan lo augusto y lo sagrado»¹⁶⁵.

Aquella historia y su desmesura fueron captadas por el poeta griego, quien llegó a saber del pasado de su ciudad como muy pocos. A la capacidad de Kavafis para revivir los siglos idos de Alejandría, alude Ungaretti (1888-1970), alejandrino también él

¹⁶⁴ Nuestra traducción de esta trilogía fue publicada por EMECE, Buenos Aires, 1977, 1978, 1979.

¹⁶⁵ J. Berque: *Los árabes de ayer y de mañana*, p. 62.

por nacimiento y hasta su primera juventud, al trazar una semblanza del poeta helénico. El futuro poeta italiano conoció a Kavafis en la ciudad natal de ambos y se convirtió en admirador de sus poemas antes de dedicarse él mismo a la actividad literaria. De la «Recordación de Kavafis», que escribió como prólogo para una de las antologías publicadas por Filippo Pontani, en 1956 (antes de su edición completa y bilingüe de 1961), extraemos estas líneas, que más adelante ampliaremos al evocar los "retratos" del poeta. Ungaretti recuerda conversaciones de Kavafis con algunos amigos en un café griego que frecuentaba:

«Kavafis parecía siempre pensativo y sentencioso, severo pero afable. A veces, en el transcurso de las discusiones, dejaba deslizarse ciertas expresiones agudas, y entonces nuestra adormecida Alejandría destellaba al instante a través de los milenios, como nunca vi fulgurar cosa alguna»¹⁶⁶.

Forster vio igualmente a Kavafis como meditabundo sobre el lugar que fue su destino poetizar: «Alejandría es la ciudad sobre la cual se inclina pensativo el poeta Kavafis, tanto en la tristeza como en la alegría».

La Alejandría de los siglos pretéritos es la de Kavafis, pero también la actual, «no solamente la metrópoli orgullosa de sus barrios ricos y del recuerdo de sus glorias abolidas, sino las mil callejuelas azotadas por el viento polvoroso, con sus mendigos y sus moscas y con toda esa población en que se han fundido ‘cinco razas, cinco lenguas, una docena de creencias’..., en una palabra, una ciudad andrógina, replegada sobre sí misma..., un gran lugar del amor»¹⁶⁷.

El barrio apartado, la taberna sospechosa, la casa arrendada para prosaicos locales comerciales, el negocio ambiguo, tienen su lugar en la Alejandría poética de Kavafis:

¹⁶⁶ Cit. por F. Pontani: *Kavafis Poesie*, y más extensamente por G. Zoras: «Kavafis en Italia», en *Nea Hestia* Homenaje 1963, p. 1576.

¹⁶⁷ L. Durrell: *Justine*, p. 136.

El cuarto era pobre y sórdido,
oculto en los altos de una taberna equívoca.
Desde la ventana se veía la calleja,
sucía y estrecha.

(Una noche)

En ese tipo de lugares se enlazan la Alejandría poética y la real; convergen y se amalgaman:

Esta pieza, qué bien la conozco.
Ahora se arrienda y también la del lado
para oficinas comerciales. Toda la casa se transformó
en oficinas de corredores, y de comerciantes, y de
/ compañías.

Los palacios y barrios magníficos aparecen o son vislumbrados en las imágenes de la antigua Alejandría. En la moderna, hallamos más bien el barrio apartado, la calle de talleres pobres donde medio ganan su vida jóvenes hermosos para los cuales no hay estatua o efigie que conserve su belleza, como la habría erigido «la gloriosa Alejandría» antigua:

Ayer, mientras paseaba por un barrio
apartado, pasé por frente de la casa
donde solía entrar cuando era joven.

(Frente de la casa)

Componente esencial de la ciudad es su extensísima playa, sin colinas ni alturas, que siempre ha llamado la atención de quienes arribaban a Alejandría y siempre ha formado parte de la «autovisión» de la ciudad. Yanis Jatzinis dejó hermosas expresiones acerca de su encuentro con esa costa alejandrina: “Pero aquí está la Corniche; existe; influencia nuestra vida secreta. Recuerdo, cuando hace unos tres años vi por primera vez a Alejandría, cuánto me cautivó, de modo que ahora nada puedo decir sobre ella sin peligro

de traicionar aquel sentimiento de ternura y majestuosidad que me había dominado ante ella. Esta costa inesperada, que se extiende más o menos por tres decenas de kilómetros, y donde una vida densa se entreteje con una luminosa y cordial soledad, me presentaba una nueva visión del mundo. Respiro de los sentidos, una serenidad y una espiritualidad de otra clase. Un revivir, una renovación del hombre interior. ¿Por qué?»¹⁶⁸ “Sospeché de inmediato, desde el primer momento, la mística pasión que hace arder a esta ciudad construida sobre una franja de tierra, entre un mar y un lago»¹⁶⁹.

Kavafis amó, sin duda, como tantos alejandrinos, la vastedad y luminosidad majestuosas de la costa de la ciudad. En una poesía en que, como se ha observado, la naturaleza está dolorosamente ausente, estuvo, sin embargo, presente ese dilatado límite de la tierra alejandrina con el mar. El poema *Mar de la mañana*, describe en muy pocas palabras un lugar que para algunos «griegos de Grecia» pareció inexistente:

Aquí que me detenga. Que también yo contemple
/ un poco la naturaleza.
Azul esplendoroso de un mar de la mañana
y de un cielo sin nubes, y una ribera amarilla: todo
hermosamente y con plenitud iluminado.

Aquí que me detenga. Y que me engañe como
/ que veo esto
(lo vi en verdad un instante cuando recién me detuve);
y no también aquí mis fantasías,
mis recuerdos, las visiones de la voluptuosidad.

Un escritor alejandrino, en cambio, pudo escribir precisamente lo contrario de lo que se anotó en Grecia, cuando

¹⁶⁸ Yanis Jatzinis: *La Alejandría de Kavafis*, s. m. de ed., Atenas, 1961, pp. 80-81.

¹⁶⁹ *Ibidem*, loc. cit.

este poema fue conocido en Atenas: «Esta costa es la egipcia. El que nació en Alejandría o el que pasó aunque fuera un día en esta ciudad pero la amó, ciertamente se conmoverá y reconocerá su costa, donde todo es mar y cielo [...] y playa amplia amarilla con luz, sin laderas ni colinas y sin verde con árboles. Una síntesis tan sabia sólo un ojo ejercitado podía darla en tan pocas pinceladas»¹⁷⁰.

Y Yanis Jatzinis, escritor y estudioso griego que vivió varios años en la ciudad de Alejandro, mientras trabajaba en el Consulado de su país, también sintió el encanto especial del mar alejandrino. Y en un pasaje de su libro se refiere precisamente al mar matinal:

“El mar de la mañana de Alejandría es de una atracción luminosa a la que difícilmente puedes resistirte; una irradiación de una historia mediterránea que te sobrecoge antes de que logres hallar la razón. Y crees que la historia no tendrá fin, como la vida misma que busca pródigamente su renovación [...]. Sí; el mar de la mañana allá es un desatarse, una fuga, que te liberará de la indolencia y el adormecimiento”¹⁷¹. Asimismo Jatzinis captó la luminosidad especial de Alejandría a cuya duración contribuye seguramente el clima de la zona: “Alejandría es más luminosa que Atenas, en su primavera sensualmente prolongada; en su lento e perezoso otoño, así como en su invierno breve, casi fugaz”¹⁷².

En verdad, parece difícil que un visitante con alguna sensibilidad pueda substraerse del encanto del mar de Alejandría, de ese “mar soñador”, cuya poesía parece inagotable. Naguib Majfouz nos entrega hermosas páginas sobre ese mar y sus metamorfosis, que acaso recuerden a Proteo, el dios que en la Antigüedad se enseñoreaba en sus aguas:

“No sólo los días de cielo azul y sol radiante. También [me gustaban] las repentinas tormentas, cuando el cielo se cubría de nubes, formando oscuras montañas en el horizonte y la mañana se

¹⁷⁰ I. A. Sareyanis: *Comentarios a Kavafis*, p. 60.

¹⁷¹ Y. Jatzinis, op. cit., p.21.

¹⁷² Y. Jatzinis, op. cit., p. 22.

convertía en atardecer. Los caminos del cielo se enfurecerían repentinamente hasta perder el ominoso silencio. Circularía una ráfaga de viento, como un grito [...]; las ramas empezarían a bailar y se agitarían en forma salvaje al ritmo de los truenos y relámpagos del horizonte. El mar se enfurecería y su espuma llegaría hasta las calles. El trueno bramaría su éxtasis desde un mundo desconocido; los relámpagos resplandecerían, cegando la vista, electrificando el corazón. La lluvia torrencial uniría el cielo y la tierra con un abrazo húmedo, mezclando sus naturalezas dispares, para luchar y volverse a levantar como si un nuevo mundo estuviese a punto de nacer.

“Sólo después de todo eso, la paz llegaría a la ciudad. La oscuridad se alejaría y Alejandría despertaría tranquilamente, mostrando un rostro sereno por la purificación del agua: calles relucientes, manchas de verde fresco y oscuro, una brisa clara y los cálidos rayos del sol”¹⁷³.

Pero el aspecto habitual del mar alejandrino, en la mañana, es el que retrató Kavafis y resume Majfouz: “El mar se extendía hacia lo lejos en una superficie lisa y azul. (¿Qué había sido de la tormenta del día anterior?)”¹⁷⁴

El mar es un límite de Alejandría; los otros son el lago Mariut, antiguo Mareotis, y el inmenso desierto. Entre unos límites y otros, un curso de agua, el Canal de Majmudiya, al que Kavafis menciona en dos poemas. Haag evoca al lago, “destacándose azul, inmenso, sobre el horizonte llano, quebrado por islas de cañas”¹⁷⁵. Y así se puede decir que Alejandría es una franja de calles entre dos vastos espejos azules.

Hay y habrá distintas explicaciones para el por qué de la atracción que ejerce Alejandría, de la impresión inolvidable que deja en quien llegue a conocerla. Dafni Alexandru, alejandrina de nacimiento, ha escrito un libro conmovedor, *Adiós, Alejandría*, en la

¹⁷³ N. Majfouz, op. cit., pp. 165-166.

¹⁷⁴ *Ibidem*, p. 171.

¹⁷⁵ M. Haag: “Notas a...”, op. cit., p. 286.

que narra muchas cosas sobre su ciudad y también sobre su infancia y adolescencia que en ella transcurrieron, antes de que se precipitara el fin de la gran época cosmopolita. Hay unas conmovedoras líneas que dicen:

"Alejandría es única. No creo que exista otra ciudad que haya sido tan amada por nativos y extranjeros. No creo que exista otra ciudad que haya provocado tanto dolor a aquellos que debieron abandonarla"¹⁷⁶.

En la última página del libro, las palabras con que cuenta el alejamiento del barco al partir ella para siempre y el paulatino desaparecer de la silueta de su ciudad amada, se leen con emoción:

"Subimos al barco: habíamos ya dejado el suelo egipcio. Me apoyé en la baranda y fui siguiendo cada detalle del puerto y su movimiento, con la mirada, con el pensamiento, con mi alma. Todo mi ser estaba concentrado en esa última imagen. Comenzamos a alejarnos. Alejandría se iba empequeñeciendo; se empequeñecía hasta desaparecer. Sólo quedaron cielo y mar. Adiós, amada mía. Contigo lo he perdido todo... Un mundo entero... ¿Qué me quedaba?"¹⁷⁷

Jaris Tzalas, periodista y escritor, nacido en Alejandría, hijo de padres alejandrinos, debió abandonar su ciudad natal a los veinte años de edad. Al regresar, después de mucho tiempo, y reencontrarse con los lugares en que transcurrió su niñez y adolescencia, comprende que Alejandría era el paraíso que en vano ha buscado en otros dos continentes:

¹⁷⁶ D. Alexandru: *Adiós, Alejandría*, Ediciones Alexandria, Atenas, 1994, p. 204.

¹⁷⁷ D. Alexandru: *Adiós, Alejandría*, Ediciones Alexandria, Atenas, 1994, p. 227.

"Me digo, ¿puede existir paraíso sin el canto de las cigarras..., sin el aroma de la gardenia y del jazmín, sin el rumor del mar que despliega sus olas por la playa, sin los pasos del poeta que busca la eternidad? Reencuentro aquellos tesoros de fugaces imágenes de mis años de niño, que creía se habían perdido para siempre. Pero nada se ha perdido. Todo es eterno. Mira, me digo, aquí estaba el paraíso, en esta estrecha faja de tierra entre los reflejos del lago y la inmensidad del Mar Mediterráneo; ¡y he necesitado toda una vida para hallarlo!"¹⁷⁸.

Ungaretti, quien, como se ha anotado ya, fue alejandrino como Kavafis, en un poema escrito en 1916, en el barco con el que dejó su ciudad natal, recuerda el encantamiento de la luz de Alejandría y no olvida la música de las cigarras que acompañó a su infancia:

Conozco una ciudad
que cada día de luz del sol reboza
y en ese instante toda cosa es encantamiento.

En un atardecer yo la dejé.
En mi corazón el rumor de las cigarras
vino desde las velas blancas
del pintado navío.

Vi desaparecer a mi ciudad
dejando un abrazo de luz
pender por un instante
en el aire agitado¹⁷⁹.

¹⁷⁸ J. Tzalas: *Alexandrea ad Aegyptum Éndeka Alexandriná Diíymata* Alexandria ad Aegyptum Once relatos alejandrinos, Ekdosis tu Ikostú Eona, Atenas, 1997, p. 254.

¹⁷⁹ "Silencio", 27 de junio de 1916.

Hay poetas que han calificado de “soñador” al mar alejandrino; hay también quienes han llamado “ciudad del ensueño a Alejandría”. Un poeta chileno, que la nombra con su actual nombre griego, Alexandria, la hace brotar de un sueño y espera que un oído agudo escuche los enigmas que susurra la voz de sus muros inexistentes:

De un lejano sueño surges, Alexandria,
en el mar inmersa, navío del tiempo,
y tus abiertas costas siguen un ritmo lento
marcado por las olas de la vieja elegía.
Olvidada en tus glorias, sostienen tus muros
una voz taciturna que enigmas susurra,
que algún mirar certero y cierto oído agudo
cogerán en el aire de esperanzas y dudas¹⁸⁰.

La ciudad, realidad y símbolo en la poesía

El breve poema *La gloria de los Ptolomeos*, que hemos encontrado ya en otras páginas de este ensayo, nos ubica en la época de oro de la dinastía ptolomeica y no da en dos versos la imagen de la Alejandría revivida por Kavafis:

la ciudad maestra, la cumbre del mundo panhelénico,
en todo género literario, en todo arte la más sabia.

Pero como sabemos, los tres siglos del Egipto ptolomeico están signados por la gloria de las letras y la ciencia, mientras que la gloria política dura poco y está empañada por intrigas y crímenes, y seguida por un decaer paralelo al acrecentamiento del poder

¹⁸⁰ M. Saldías: “Alexandria”, en *Iskanderieh*, autoedición, Santiago, 2006, p. 3.

romano. Kavafis, que registró poéticamente ese lamentable proceso de decadencia del mundo helenístico y de su progresivo avasallamiento por Roma, también lo hizo con respecto al caso concreto de Egipto.

La meditación de Filipo V de Macedonia sobre la tragedia de los reinos helenísticos en el poema *La batalla de Magnesia*, nos recuerda dos hitos en el proceso de avasallamiento del mundo griego por el poderío romano: la derrota de Filipo V en Cinoscefale, el año 197 a. c. y la de Antíoco el Grande de Siria en Magnesia el año 190.

La súplica de un joven al sucesor de Antíoco el Grande en la Siria ya bajo la férula romana para que intervenga a favor de los macedonios que, con el rey Perseo a la cabeza, intentan sacudir el dominio de Roma, nos lleva a otro hito de una cadena de desastres. En el poema *A Antíoco Epifanes*, un joven antioquense invoca el apoyo del monarca en favor de lo que pide el sentimiento griego común. Pero el soberano ni siquiera responde, pues teme a los espías de los dominadores. Perseo, el último rey macedonio, pierde la postrera batalla. Es derrotado en Pidna el año 168.

También en Siria, habrá un último esfuerzo. El joven Demetrio Soter, rehén en Roma, sueña con dar libertad a su patria y piensa cómo escapar de suelo itálico.

Imaginaba poder realizar obras famosas,
hacer cesar la humillación que desde el tiempo de la batalla
de Magnesia oprime a su patria.
Que volviera a ser Siria un estado fuerte,
con sus ejércitos, con sus escuadras,
con las grandes fortalezas, con sus riquezas.
[...] ¡Ah, si solamente pudiera hallarse en Siria!
Tan pequeño salió de la patria
que se recordaba confusamente de su rostro.
Pero en su pensamiento la contemplaba siempre
como algo sagrado a lo que uno ser acerca con reverencia,
como visión de un bello país, como un sueño

de ciudades y puertos helénicos.-

Volverá y logrará reinar ocho años. Pero uno de los políticos corruptos y serviles ante Roma, Alejandro Balas, aliado con los reyes de Pérgamo y Capadocia y los hebreos, y favorecido con las intrigas del Senado romano, terminó por vencerlo. El poeta evoca su figura noble y heroica, cuando después del desastre militar y antes de la última batalla en la que cayó combatiendo hasta el fin, medita sobre sus ideales y la derrota de éstos y su voluntad de morir por ellos dignamente. En los historiadores antiguos Polibio, Diodoro de Sicilia y Flavio Josefo, Kavafis encuentra esta figura trágica y la rescata, coincidiendo con Bevan al valorar su actitud¹⁸¹, en traerlas desde las pocas líneas de la historia hasta la poesía.

¿Y ahora?

Ahora desesperanza y dolor.

[...] Le es indiferente: él se esforzó,
luchó cuanto podía.
Y en su negro desencanto
sólo una cosa considera ya
con orgullo: que, también, en su fracaso
el mismo valor indomable al mundo muestra.

Lo demás - eran sueños y fatigas vanas.
Esa Siria - casi no parece patria suya,
ese es el país de Heraclides y de Balas.

¹⁸¹ "El historiado Bevan dice - tratando sobre la batalla - que [Demetrio] cayó lleno de heridas sin entregarse, muriendo en forma digna de la raza de guerreros de la cual había salido. Josefo dice que luchó valerosamente [...]". Parte de una nota del poeta, en Diana Hass: "Sjolia tu Kavafi se pímatá tu (Anakínosi anékdotu ilikú apó to arjío Kavafi" Comentarios de Kavafis a poemas (Comunicación de material inédito del archivo Kavafis), *Ciclo Kavafis*, Tesalónica, 1983, p. 102.

Pero este trágico y noble personaje de la historia del decaer de la Siria helenística no sólo poseía un amor ardiente por su "patria natal". El destino de los otros reinos griegos le dolía y le dolía el servilismo de aquellos que abrían las puertas al vasallaje romano. La poesía nos lleva hasta la Roma de sus años de rehenía. Cuando llegó Ptolomeo VI Filométor a la ciudad, el año 164 a. C., en busca de apoyo en su disputa con su hermano Ptolomeo VII Everguetes,

Se molestó el Seléucida
Demetrio al saber que a Italia
llegó un Ptolomeo en tal miseria.
Con tres o cuatro esclavos solamente:
vestido con pobreza y a pie. Así se habrán
reducido a ironía y burla en Romas
sus estirpes [...].

Por eso, se entristeció Demetrio y ofreció al rey buenas vestimentas, corceles y criados,

para que se presentara en Roma como debía,
como un monarca alejandrino griego.
Pero el Laguida que venía a mendigar,
sabía su trabajo y todo lo rechazó:
en absoluto necesitaba de esos lujos.
Vestido pobremente, entró humilde a Roma,
y se hospedó en la casa de un pequeño artesano.
Y después se presentó como un desdichado
y como un hombre pobre en el Senado,
para así con más resultado mendigar.

A la disputa de los hermanos Ptolomeos, que se zanjó en Roma a favor de Filométor, alude el poema *Emisarios de Alejandría*, que recoge un episodio seguramente imaginario: la competencia de los hermanos en el envío de valiosos obsequios a los sacerdotes de

Delfos, para obtener del oráculo un dictamen favorable. Nunca se habían ofrecido tan magníficos regalos, pero la alegría que podían producir se empañaba con la inquietud de los sacerdotes, en cuanto a cuál de los reyes rivales favorecer. Pero los emisarios que trajeron los obsequios regresan:

Pero he aquí que volvieron los emisarios. Se despiden.
Regresan a Alejandría, dicen. Y no piden
oráculo alguno. Y los sacerdotes escuchan con alegría
(se entiende que conservan los magníficos obsequios),
pero están también en extremo sorprendidos,
sin entender qué significa esa repentina indiferencia.
Pues ignoran que ayer les llegaron a los emisarios
/ graves noticias.

En Roma se entregó el oráculo: fue allí el fallo.

Tanto Everguetes como Filopátor, los dos decadentes reyes rivales, están relacionados con el destino de Cleomenes III de Esparta, que reinó del año 230 al 222, de sus hijos y de su madre Cratesíclea. Entre las luchas de los reyes helenísticos entre ellos, está la guerra entre Cleomenes de Esparta y Antígono de Macedonia. Ptolomeo Everguetes condicionó su ayuda al rey espartano a la entrega como rehenes de sus hijos y de su madre. El noble comportamiento de ésta, que finalmente fue cruelmente muerta por el sucesor de Everguetes, Ptolomeo Filopátor, debiendo antes ver morir a sus nietos y acompañantes, inspiró a Kavafis dos hermosos poemas. Alejandría fue para la "admirable mujer" el lugar de su martirio y el de su hijo y sus nietos. Sin duda, al partir desde Esparta, Cratesíclea presentía la tragedia que muy luego se desencadenaría, luego de la derrota de Cleomenes por Antígono. Pero fue hacia su destino con noble estoicismo.

No aceptaba Cratesíclea
que la gente la viera llorar y lamentarse;
y caminaba con majestad y silenciosa.

Nada trasuntaba su semblante imperturbable
de su dolor y su agonía.
Pero pese a ello, por un instante no pudo contenerse;
y antes de subir al aciago navío para partir a Alejandría,
llevó a su hijo al templo de Poseidón,
y cuando se hallaron solo lo abrazó
y lo besaba, "transido de dolor",
dice Plutarco que estaba él, "y sobrecogido".
Empero su carácter fuerte se sobrepuso,
y reanimada la admirable mujer
dijo a Cleomenes "Ea, oh rey de los lacedemonios,
al salir de este lugar
que nadie nos pueda ver llorar
ni actuar de manera indigna
de Esparta. Pues esto sólo depende de nosotros;
y los destinos son como lo disponga la divinidad".

Y subió al navío, yendo hacia aquel "como lo disponga".

Unas pocas expresiones y dos o tres líneas de un texto histórico, la *Vida de Cleomenes* de Plutarco, 43, por arte de la poesía han venido desde el lugar en que hace casi diecinueve siglos fueron colocadas, para dar vida a este nuevo texto: un poema, dentro del cual, entrecomilladas, nos hablan de un admirable ser humano, de aquella "admirable mujer", y nos conmueven y nos invitan a meditar.

Alejandría fue escenario de hechos gloriosos y también de acciones nefandas; recibió a visitantes ilustres y a personajes siniestros. De la Roma, que venía poco a poco avasallando a los reinos helenísticos, llegaron a las costas alejandrinas dos hombres movidos por el afán de poder y de gloria, Antonio - que concebiría el acaso más grande sueño político de la Antigüedad - y Octavio - quien sería el destructor de ese sueño y el forjador de la realidad imperial romana.

Pero antes, el año 48 a. C., había arribado a Alejandría otro romano, Julio César, el cual, ya en la cúspide de su gloria, recibe en la ciudad de Alejandro un presente que lo debió hacer meditar sobre la precariedad de las grandezas. César intervendrá en la guerra civil, decidiendo la contienda a favor de Cleopatra. Será conquistado por la reina y dejará en el hijo de ésta y suyo, el pequeño César, Cesarión, la semilla del sueño de un poder universal, que aunaría el poder romano con el de la monarquía griega de Egipto¹⁸².

Pero en la ciudad que llegaría a ser la capital del mundo, de hacerse realidad aquel sueño que poco después concebirían Antonio y Cleopatra, Julio César perdió en un momento toda su soberbia. Pompeyo, su camarada y amigo, vencido por las fuerzas de César en Grecia, el año 48, había buscado refugio en Egipto. Plutarco, en las biografías de los dos próceres, conservó las alternativas de la dramática disputa por el poder y describió el fin de Pompeyo. Teodoto de Quíos dio a Ptolomeo el consejo que preservaría la seguridad del reino egipcio. Acoger a Pompeyo, pero enseguida, para no caer en desgracia del vencedor César, dar muerte a traición al refugiado. El relato de Plutarco es conmovedor. Pero Kavafis tomó de todos los hechos que se sucedieron el de la presentación a César de la cabeza de Pompeyo en una bandeja. El inmovible guerrero se horrorizó y luego no ocultó sus lágrimas al ver el sello del que había sido su amigo. El poeta a nosotros, hombres comunes y corrientes, nos advierte, en la persona de César, contra las acciones que puedan traernos el mayor castigo, el del remordimiento, el de la propia conciencia.

Si eres de los realmente selectos,
cuida cómo consigues tu poder.
Por más glorificados que seas, por más que tus hazañas
en Italia y en Tesalia

¹⁸² La campaña de César en Egipto duró desde agosto del año 48 hasta fines de junio del 47. Su relación con Cleopatra se mantuvo por casi cuatro años.

las proclamen las ciudades,
por más que te hayan acordado votos honoríficos
en Roma tus admiradores,
ni tu triunfo ni tu alegría han de durar,
ni hombre superior - ¿qué superior? – te sentirás,
cuando en Alejandría, Teodoto te traiga,
sobre una bandeja ensangrentada,
la cabeza del infeliz Pompeyo.

Y no te tranquilices pensando que en tu vida
limitada, regular, y prosaica,
no se dan tales terribles y espectaculares cosas.
Quizás a esta misma hora en una bien gobernada casa
de algún vecino tuyo penetra –
invisible, inmaterial – Teodoto,
trayendo una cabeza tan horrenda.

Catorce años después del sangriento acto final del drama de Pompeyo, Alejandría presencié otra escena, muy distinta de aquella, plena de júbilo y gloria aparentes, pero tras la cual un espíritu clarividente podía atisbar el final de otra tragedia. La ceremonia de entrega de títulos reales a Cleopatra y a sus tres hijos, que organizó Antonio el año 34, fue uno de los actos del político y guerrero que precipitaría en Roma la inclinación de la balanza en contra suya. La escena que describe Plutarco, *Vida de Antonio* 54, ha sido modificada por Kavafis. No aparece Cleopatra ni el título que se le dio de “reina de los reyes”; en cambio, esa dignidad es otorgada a Cesarión.

El poeta abre ante nosotros la visión de una Alejandría, engalanada, en un día "cálido y poético", cuando se está desarrollando un brillante desfile militar, y la multitud aclama en griego, en egipcio y en hebreo, a los pequeños hijos de Cleopatra: Cesarión, hijo de César y Cleopatra, de 14 años; Alejandro Sol de 7 años y Ptolomeo de 2, los dos últimos vástagos de la reina y Antonio. Todo - la esplendidez de los edificios, el cielo azul y

luminoso, el bello espectáculo - convida a la alegría y al entusiasmo, a celebrar a estos "reyes alejandrinos":

Se reunieron los alejandrinos
para ver a los hijos de Cleopatra,
a Cesarión, y a sus hermanos pequeños,
Alejandro y Ptolomeo, a quienes por primera
vez sacaban afuera al Gimnasio,
para proclamarlos allí reyes,
en medio del brillante desfile de los soldados.

Alejandro – lo nombraron rey
de Armenia, de Media y de los partos.
Ptolomeo – lo nombraron rey
de Cilicia, de Siria, y de Fenicia.
Cesarión estaba de pie más adelante,
ataviado con seda rosada,
en su pecho un ramo de jacinto,
su ceñidor una doble hilera de zafiros y amatistas,
atadas sus sandalias con cintas
blancas recamadas de perlas color rosa.
A éste lo nombraron con mayor rango que
/ a los pequeños,
a éste lo nombraron Rey de los Reyes.
Los alejandrinos comprendían ciertamente
que todo era palabras y teatro.

Pero el día era cálido y poético,
el cielo un claro azul,
el Gimnasio alejandrino una
triumfal hazaña del arte,
el lujo de los cortesanos espléndido,
Cesarión todo gracia y belleza
(hijo de Cleopatra, sangre de los Laguidas):
y los alejandrinos corrían ya a la fiesta,

y se entusiasmaban, y aclamaban,
en griego, y en egipcio, y algunos en hebreo,
encantados con el bello espectáculo –
a pesar de que ciertamente sabían cuánto valía eso,
qué palabras vacías eran esos reinos.

Nadie parece divisar las nubes negras que empezaban a aparecer en la lejanía, en el horizonte, aunque la gente sabe que palabras vacías eran esos reinos. Imposible no pensar en tantos imperios que se derrumbaron a través de la historia conocida, de la historia próxima de las dos guerras mundiales del siglo XX y de las décadas finales de la centuria.

Avanzamos unos años desde 1912 y avanzamos también en la evocación de la historia del fin del Egipto ptolomeico. En 1917, escribe Kavafis un breve poema, que sólo publica en 1924. Como varios textos del poeta alejandrino, muestra una fecha en su título, o, más precisamente dicho, una fecha es el título de este poema: *El año 31 a. C. en Alejandría*. La Alejandría de días después de la hasta ahora no bien explicada derrota de Antonio y Cleopatra en Actio, se nos aparece otra vez con multitudes en sus calles que celebran algo inexistente. El 2 de septiembre, en Grecia, acaso la fatalidad y la actuación desafortunada de la reina habían sido decisivas para un desastre naval, que señaló el comienzo del fin de los sueños de los enamorados y de esa "vida inimitable", en la que se amalgamaban placer, celebraciones, belleza, poder y gloria. Todos celebran una victoria que nunca fue, pero que la reina ha anunciado como un triunfo, llamando a su pueblo a espléndidas fiestas. La "gran mentira del palacio" le es repetida a un pobre vendedor ambulante que llega de su pequeña aldea y se ve sorprendido por la masa festejante que lo empuja y atropella:

De su pequeño villorrio, cerca de los suburbios,
y polvoriento por el viaje todavía

arribó el buhonero. E “¡Incienso!” y “¿Goma!”

“¡Aceite exquisito!” “¡Perfume para el pelo!”

por las calles vocea. Pero el gran bullicio de multitud,
y las músicas, y los desfiles cómo dejan hacerse oír.

La turba lo empuja, lo arrastra, lo atropella.
Y cuando ya totalmente sorprendido, pregunta
/ “¿Qué locura es ésta?”,

uno le arroja también a él la gigantesca mentira
del palacio – que en Grecia vence Antonio.

La verdad, ocultada por algún tiempo para los alejandrinos,
se conoce en otros lugares del mundo helenístico. En una ciudad
del Asia Menor, la gente había tomado partido por Antonio y
creían en un seguro triunfo suyo en la confrontación con Octavio.
Ciudad débil, sin posibilidad de sacudir el vasallaje en que de
hecho vive, debe rápidamente cambiar de partido y adaptarse al
nuevo estado de cosas. Ciudad que para nosotros no tiene ni
siquiera un nombre, pero que puede ser imagen de acomodación
política cínica. *En una ciudad de Asia Menor* arreglan fácilmente el
escrito que se enviará al vencedor.

Las noticias sobre el resultado de la batalla naval,
/ en Actio

eran ciertamente inesperadas.
Pero no es necesario que redactemos un escrito nuevo.
Que se cambie el nombre solamente. En vez de, allí,
en las últimas líneas “Habiendo salvado a los romanos
de aquel funesto Octavio,
especie de parodia de César”,
ahora colocaremos: “Habiendo salvado a los romanos
de aquel funesto Antonio”.
Todo el texto corresponde muy bien.

"Al vencedor, al gloriosísimo,
al insuperable en toda empresa militar,
al admirable por su magnificencia política,
a favor de quien ardientemente deseaba la ciudad
el triunfo de Antonio",
Aquí, como dijimos, el cambio: "De César
como obsequio de Zeus considerándolo -
al poderoso protector de los helenos,
a aquél que honra benigno las costumbres griegas,
al bienamado en todo país helénico,
al muy digno de preclara alabanza
y de que se narren extensamente sus hazañas
en lengua griega así en verso como en prosa:
en la l e n g u a g r i e g a que es la portadora de la fama",
et caetera, et caetera. Perfectamente ajusta todo.

Después de Actio, el camino hacia Alejandría quedaba abierto para Octavio. Antes de un año, el 30 de agosto del año 30, entraría como conquistador a la gran ciudad de Alejandro. La muerte de Antonio, la toma de la ciudad y luego el suicidio de Cleopatra, marcarían el fin del Egipto de los Ptolomeos.

Al leer y releer los textos de Plutarco y de Dion Casio que relatan el acto final de la tragedia, Kavafis meditó seguramente en el pasaje en que se describe la agonía de Antonio, mal herido por mano propia al intentar quitarse la vida, luego de creer que su amada había muerto. Surgió un poema, *El fin de Antonio*, que no llegó a publicar. De las virtudes y debilidades de aquel hombre, que en algún momento creyó haber llegado a la cima de la gloria, nada quedaba ya en la hora postrera, salvo el estoicismo para apreciar el pasado y enfrentar el fin. Esta actitud estoica es la que reflejan las palabras finales de Antonio, exhortando a Cleopatra a que no "lo compadeciera por el giro de su suerte, sino que lo considerara dichoso por los bienes de que había gozado, ya que fue el hombre más fuerte y glorioso, y que ahora no se avergonzaba pues había sido vencido él, romano, por un romano".

Surge entonces el poema *Que el dios abandonaba Antonio*, que podríamos considerar como paralelo al poema *Itaca* y complementario con éste, ambos escritos en 1910 y ambos publicados en hojas sueltas en 1911. *Itaca* es, en palabras de Margarita Yourcenar, "un himno a la vida", un llamado poético a la plenitud vital. *Que el dios abandonaba a Antonio* es una exhortación poética a valorar los dones de la vida y aceptar serenamente la caída y el fin.

Pero volvamos a la "grande y gloriosa ciudad de Alejandría", que - ya olvidadas las celebraciones de reinos inexistentes y de victorias que fueron derrotas - duerme inquieta y temerosa, rodeada por las huestes romanas de Octavio. La noche anterior a la caída, "como al medio de ella, cuando la ciudad estaba en el mayor silencio y expectativa de lo que iba a suceder, se oyeron repentinamente los acordados ecos de muchos instrumentos y griterío de una muchedumbre con cantos y bailes satíricos, como si pasara una inquieta turba de bacantes. Esta turba se movió como del centro de la ciudad hacia la puerta por donde se iba al campo enemigo; y, saliendo por ella, se desvaneció aquel tumulto, que había sido muy grande. A los que dan valor a estas cosas, les pareció que era una señal de *que el dios abandonaba a Antonio*, aquel dios al cual hizo siempre ostentación de parecerse y en quien particularmente confiaba".

Kavafis trasladó del original de Plutarco, *Vida de Antonio* 75, solamente estas cuatro palabras *apoleipein ho theós Antonion* ἀπολείπειν ὁ θεός Ἀντώνιον (seis vocablos en castellano), para titular con ellas su poema.

El poeta José Ángel Valente, al destacar el valor ético de la visión kavafiana del destino humano, ha escrito estas palabras, pensando en los dos poemas que hemos mencionado:

"Cuando la plataforma de la historia falta bajo los pies del héroe, cuando el hilo conductor del gran mecanismo ha caído ya de su mano, el acto de asumir libremente el propio destino es un acto de valor digno no ya de lo que gana, sino de cuanto ha deseado ganar y pierde para siempre. Quizás para Kavafis, la única,

la definitiva victoria, sea la capacidad de asumir, en un acto supremo de libertad, el propio destino, aun cuando comprobemos que el ideal perseguido no existe (como en el espléndido poema *Itaca*) o cuando existiendo se aleja definitivamente de nosotros (como en *Que el dios abandonaba a Antonio*)¹⁸³.

Cuando de repente, a medianoche, se escuche
pasar una comparsa invisible
con músicas maravillosas, con vocerío –
tu suerte que ya declina, tus obras
que fracasaron, los planes de tu vida
que resultaron todos ilusiones, no llores inútilmente.
Como preparado desde tiempo atrás, como valiente,
dile adiós a Alejandría que se aleja.
Sobre todo no te engañes, no digas que fue
un sueño, que se engañó tu oído:
no aceptes tales vanas esperanzas.
Como preparado desde tiempo atrás, como valiente,
como te corresponde a ti que de tal ciudad fuiste digno,
acércate resueltamente a la ventana,
y escucha con emoción, mas no
con los ruegos y lamentos de los cobardes,
como último placer los sonos,
los maravillosos instrumentos del cortejo misterioso,
y dile adiós, a la Alejandría que pierdes.

Los presagios de la inminente caída de la ciudad de Alejandro han sido el punto de partida de "la idea poética". En esta exhortación a Antonio o a cualquiera de nosotros, pobres seres

¹⁸³ J. A. Valente: "Versión de Constantino Kavafis", en C. P. Kavafis *Treinta poemas*, Versión de E. Vidal y J. A. Valente, Ed. Llibres de Sinera, Barcelona, 1971, p. 28.

humanos "comunes y corrientes", Alejandría llega a ser el símbolo de la vida y del ideal y los sueños que le dieron algún sentido.

La ciudad que hallamos en el poema *Cesarión* es "la conquistada Alejandría", la ciudad caída ya en poder de Octavio. Son los días que siguen a la muerte de Antonio y de Cleopatra. La gloria de los Ptolomeos, con sus claroscuros, se ha desvanecido. El estado egipcio helenístico ha desaparecido y el país pasa a ser una especie de provincia, un territorio bajo dominio directo del que será el primer emperador de Roma.

¿Y el último rey? El último rey es el pequeño César, Cesarión, un adolescente de 17 años, en quien se unía la sangre romana y la greco-egpcia. Teóricamente, antes del desastre de Cleopatra, era ya rey, con el nombre de Ptolomeo XIV¹⁸⁴, y cogobernaba con su madre. Su nombre había aparecido en varios documentos oficiales como Ptolomeo César. Pero en la realidad era casi un niño.

Cleopatra, previendo el final, lo había enviado a Berenice, en la costa del Mar Rojo, acompañado de su preceptor. Pero Octavio ordenó que se los alcanzara y se los hiciera volver, quizás con engaño o por traición del ayo Rendón. Areo le sugirió a Octavio que diera muerte al príncipe, parodiando la expresión homérica οὐκ ἀγαθὸν πολυκοιρανίη *ouk agathón polykoiraníē*, *Iliada* II 204, no es buena la diversidad de caudillos, y sentenciando: οὐκ ἀγαθὸν πολυκαισαρίη *ouk agathón polykaisaríē* no es buena la diversidad de Césares.

El crimen político fue decidido. Plutarco nos informa escuetamente sobre la decisión y su cumplimiento. Suetonio agrega que el adolescente fue sometido a tortura.

“Cesarión, que se decía era hijo de César, había sido enviado por su madre a la India a través de Etiopía, con grandes riquezas. Pero otro preceptor, llamado Rendón, que no valía más

¹⁸⁴ Así lo nombra Bevan en el capítulo final de su obra: “Cléopatre VII, Ptoloméé XII, Ptoloméé XIII et Ptoloméé XIV” (51-30 a. C.), op. cit., pp. 399-430.

que Teodoro [el que entregó a Antilo, el adolescente hijo de Antonio y de cuya cabeza segada por orden de Octavio robó una gema], lo convenció de regresar a Alejandría, diciéndole que César lo llamaba a reinar. Como César deliberaba, se dice que Areo [el filósofo conversando con el cual entró Octavio a Alejandría] le dijo: ‘No es buena la diversidad de Césares’¹⁸⁵. “Cesarión, el hijo que Cleopatra se ufanaba de haber tenido de César, fue detenido en su fuga y entregado a torturas¹⁸⁶”.

Muerte en juventud al comienzo de la vida. Muerte injusta. Kavafis, quien firmemente condenó la pena de muerte y con energía condenó el crimen político, también protestó poéticamente, en dos casos que la historia griega y hebrea le daba a conocer, y en uno, en que el crimen fue cometido en los días del poeta y cerca de su ciudad. Tres hermosos poemas nos recuerdan esos crímenes, crímenes políticos: *Aristóbulo*, *Cesarión* y *27 de junio de 1906, 2 p. m.* El joven cuñado de Herodes el Grande, mandado a asesinar por éste por ser descendiente de los Macabeos; el pequeño César, condenado a muerte por Octavio, por llevar sangre de César; Jusein Selim, muchacho egipcio de 17 años, ahorcado por los ingleses, junto a otros campesinos, en un inicuo acto de injusticia, en junio de 1906, para dar un escarmiento al pueblo dominado por ellos.

Cesarión: el personaje más olvidado del drama final de la dinastía de los Ptolomeos. De él poco o nada sabemos. Dentro de historias extensas sólo dos o tres líneas lo mencionan. Pero el poema kavafiano lo rescata para nosotros, para la conciencia humana. Nadie lo olvidará después de leer este texto.

Este poema es muy peculiar. Casi único entre los textos kavafianos. Hay otros poemas de Kavafis en que el artista está trabajando en su obra: así en *Pintado*, en *Darío* y en *El cortejo de Dionisio*. Pero *Cesarión* parece el único en que la obra de arte, el poema en este caso, empieza a motivarse, comienza a nacer dentro

¹⁸⁵ Plutarco: *Vida de Antonio* 81, 4.

¹⁸⁶ Suetonio: *Augusto* 17, 11.

el poema. Casi podemos ver al solitario poeta de Alejandría, allá en su poco iluminada habitación, hojeando un libro, una colección de inscripciones de la época ptolemaica. Lo está haciendo en parte por pasar el tiempo, en parte por aclarar alguna característica de la época.

Claramente podemos ver tres gradas de una escala que nos lleva al poema. En esta primera, en forma bastante prosaica, con una rima pesada, nos estamos informando de esta lectura que hace Kavafis. Damos un paso más y cuatro líneas nos muestran el momento en que, a punto de dejar el libro, el poeta encuentra una "mención breve e insignificante" de un personaje olvidado, desconocido.

Y en la tercera grada se nos aparece el infortunado príncipe, que ha venido hasta el poeta, y éste, puesto que en la historia hay sólo unas pocas líneas sobre el joven, lo "plasma", lo recrea con su arte, y nosotros presenciamos ese proceso de hacerlo revivir. Y de tal manera ha revivido que parece entrar a la pieza y detenerse allí, como en la conquistada Alejandría, "pálido y cansado", esperando todavía piedad de parte de los malvados, de los que, en razón de la seguridad del poder usurpado, iban a decidir su muerte.

Ya en la segunda grada, la molesta rima ha desaparecido y el prosaísmo cede. Y en la tercera, el lenguaje nos va llevando al "elevado ámbito de la belleza poética".

En parte para aclarar bien una época,
en parte también para pasar el tiempo,
ayer por la noche tomé para leer
una colección de inscripciones de Ptolomeos.
Las abundantes adulaciones y elogios
para todos se parecen. Todos son brillantes,
gloriosos, poderosos, benefactores;
todas sus empresas sapientísimas.
Y si te refieres a las mujeres de esa estirpe, también ellas,
todas las Berenices y las Cleopatras admirables.

Cuando logré aclarar bien la época,
habría dejado el libro si una mención breve,
e insignificante, del rey Cesarión
no hubiera atraído de inmediato mi atención...

Ah, hete aquí, viniste tú con tu encanto
indefinido. En la historia unas pocas
líneas solamente se encuentran sobre ti,
y así más libremente te plasmé en mi espíritu.
Te plasmé apuesto y sentimental.
Mi arte da a tu rostro
una simpática hermosura de ensueño.

Y tan plenamente te imaginé,
que anoche tarde, cuando se apagaba
mi lámpara – la dejé de adrede apagarse –
creí que habías entrado a mi pieza,
me pareció que delante de mí te detuviste: como
/ si estuvieras
en la conquistada Alejandría,
pálido y cansado, ideal en tu tristeza,
esperando todavía que se apiadaran de ti
los malvados - que murmuraban la “diversidad
/ de Césares”.

Cesarión fue el último Ptolomeo. Con él se extingue una
dinastía signada por grandezas y miserias. Con él se cierra la era
más gloriosa de la ciudad de Alejandro¹⁸⁷.

¹⁸⁷ Pero aún hubo un rey de ese nombre, pero no de Egipto, que, como aquél,
fue asesinado por orden de un romano. Fue el hijo de Cleopatra Selene y de
Juba, príncipe númida con quien la princesa hubo de casarse, y a quien los
romanos “hicieron rey” de Mauritania. Ptolomeo, nieto de la gran Cleopatra,

Los textos kavafianos que nos hablan de los asesinatos de Cesarión, de Aristóbulo y de Huséin Selim y del sacrificio heroico de Demetrio Soter, son poesía, elevada y conmovedora poesía. Pero, a la vez, son algo más. Kavafis tenía conciencia de que en su arte exaltaba altos valores éticos y levanta una voz contra la injusticia. El poeta se pronunció firmemente contra la discriminación, contra el dominio del más fuerte, contra la crueldad y la pena de muerte. El poeta Dinos Jristianópulos, al meditar sobre la supervivencia de la obra kavafiana, alude a lo que ésta significa para los que padecen injusticia: "Medio siglo después de su muerte, ¿a qué se debe esta supervivencia? Se debe, creo, a su talento de múltiples dimensiones. Con ese talento, Kavafis pudo [...] ver reflexivamente el destino del hombre y la historia; entregó un mensaje de dignidad [...]; pudo expresar la agonía moral, no sólo la suya y de su tiempo, sino sobre todo de nuestra época [...]. Para Grecia es el poeta mayor, que concilia la tradición y lo moderno. Para el mundo es un igual de Rilke, Apollinaire, Maiakowski, Pound, Eliot, García Lorca. Es el gran consuelo para todos los que sufren injusticia"¹⁸⁸.

Pere Gimferrer relaciona la posición moral de Kavafis con la de Cernuda: "La postura moral es idéntica en ambos: la dignidad, piedad, búsqueda y nostalgia de la pureza elemental y telúrica del orbe clásico"¹⁸⁹.

Y siempre recordando poemas como *Cesarión*, es bueno rescatar algunas expresiones que se hallan en notas privadas que quedaron en el archivo del poeta. En 1910, escribió: "Qué funesta cosa son las nuevas ideas filosóficas sobre crueldad [...], dominio

subió al trono de ese "reino" el año 23 d. C. Más tarde, Calígula lo desterró y lo hizo matar en el camino al exilio.

¹⁸⁸ D. Jristianópulos: "La supervivencia de Kavafis", en *Simblirónondas kená* Completando vacíos, Ediciones Roptron, Tesalónica, 1988, p. 548.

¹⁸⁹ P. Gimferrer: "Cavafis entre nosotros", en Cavafis, *Litoral* / Ediciones Unesco, Málaga, 1999, p. 44.

del más fuerte. No la crueldad, sino la clemencia, la compasión, la concesión, la bondad [...], son la fuerza y la sabiduría"¹⁹⁰.

El tema de la pena de muerte y del valor de la palabra dicha por una causa justa, lo encontramos en esta nota, escrita el 14 de octubre de 1902: "Frecuentemente observo la poca importancia que atribuyen los hombres a las palabras. Me explicaré. Un hombre sencillo (y con sencillo no quiero decir necio, sino alguien corriente) tiene una idea, condena una ley o una opinión generalmente aceptada. Sabe que la mayoría piensa lo contrario, y calla por eso, creyendo que no es conveniente que hable, y argumenta que con sus palabras nada cambiará. Es un error. Yo actúo de otro modo. Condeno, por ejemplo, la pena de muerte. En cuanto tengo ocasión, lo proclamo, no porque crea que porque yo lo diga los gobiernos la abolirán mañana, sino porque estoy seguro que al decirlo contribuyo al triunfo de mi opinión. No importa que nadie esté de acuerdo conmigo. Mi palabra no se perderá. La repetirá alguien quizás y puede ser que vaya a oídos que la escuchen y se animen con ella. Puede que alguno de los que no están de acuerdo ahora con ella, la recuerde en el futuro y, con la concurrencia de otras circunstancias, se convenza, o su convicción contraria se quebrante. Así también en otras cuestiones sociales distintas y en algunas en que principalmente se requiere acción. Sé que soy débil y no puedo actuar. Pero no creo que mis palabras estén de más. Otro actuará. Pero de mis muchas palabras - de mí, el débil - algunas le facilitarán la acción. Desbrozan el camino"¹⁹¹.

¿Cómo era el poeta de Alejandría?

Pensamos que una actitud de respeto debe guiar a quien se propone estudiar la vida de un artista. De respeto y de gratitud por la belleza que entregó a sus semejantes, en muchos casos con

¹⁹⁰ Kavafis: *Notas inéditas de poética y moral*, p. 36. Esta nota está fechada el 10 de septiembre de 1910.

¹⁹¹ *Ibidem*, pp. 25-26.

sacrificio y en horas de dolor o tristeza. Sin duda, en el caso de Kavafis, el tomar conciencia de su tendencia homosexual constituyó para él un muy duro golpe. Algunos poemas inéditos dan testimonio de su angustiada lucha interior, en los años de su adolescencia y juventud¹⁹². Ese dolor está en la raíz de su arte.

La actitud de dos escritores alejandrinos puede sintetizar las posiciones de los críticos y comentaristas en cuanto a cómo enfrentar el problema personal del poeta y la relación de éste con su creación. El caso de Timos Malanos (1897-1984) es sorprendente. Alejandrino por adopción, dedicó una vida entera a desarrollar una crítica negativa de la poesía de Kavafis, insistiendo en explicar el mundo kavafiano en su integridad a partir de la sexualidad; manteniendo, al mismo tiempo, una obstinada tendencia a disminuir el mérito literario de la obra del poeta y a entregar una imagen personal desfavorable de él. Llegó, incluso, hasta suponer a Kavafis antepasados... persas, lo que indudablemente no disminuiría en nada el valor de su poesía, pero "al menos" parecería afectar su...helenicidad. Los principales escritos de Malanos son los siguientes: *Constantino P. Kavafis (1927-1932)*, impreso en Alejandría en 1933; *Escolios complementarios*, 1935; *De mis cuadernos kavafianos* y *Mitología de la ciudad kavafiana*, 1943; *Kavafis 2*, 1963; *Kavafis de la T mayúscula Conversaciones con T. Malanos*, 1959 (obra de éste, aunque figura como autor Manolis Yalourakis, quien se limita a preguntar); *Recuerdos de un alejandrino*, 1971; *Kavafis 3*, 1978; *Kavafis indeformado*, 1981, 2ª edición 1984; *Kavafis me decía*, 1986.

En los últimos libros y hasta en el póstumo, Malanos pone nuevas expresiones en boca del poeta, a casi cincuenta años de su muerte. Y siempre esos "nuevos recuerdos" agregan algo a una mala imagen. Estos libros, además de contener infinidad de intentos velados por minimizar la grandeza del poeta como tal, presentan un insistente y desagradable esfuerzo por rebajar

¹⁹² Impresionante es a este respecto el poema *Terror*, de 1894. Kavafis íntegro, pp. 568-569.

también su calidad personal. Por otra parte, la labor propiamente crítica de Malanos revela una notable incomprensión, incluso de los valores más fácilmente perceptibles de la poesía kavafiana.

A este respecto, nos parece certero el juicio del gran lingüista y neohelenista E. Dawkins, que estimamos interesante reproducir. Esto escribe el estudioso inglés acerca de la imagen que se pudo formar del poeta: "Sería, sin embargo, injusto silenciar el hecho de que conversé con muchos de los que conocieron a Kavafis, pero no encontré ninguno que no conservara los más cálidos recuerdos de su encanto personal. Ninguno de ellos vio nunca indicio del chocante 'posseur' que describe el Sr. Malanos". Y refiriéndose al pretendido análisis literario que se contiene en el primer libro de Malanos. Dawkins agrega: "El comentarista percibe que aquí también aquí, y en muchos otros puntos, el Sr. Malanos no sabe ni siquiera qué es aquello que constituye un poema. Sorprende cómo con tan poco bagaje de sensibilidad poética se haya propuesto escribir este libro"¹⁹³. Es verdad que el estudioso inglés se refería a la primera edición de la primera obra de Malanos, que fue algo 'suavizada' más adelante. Pero en lo esencial, el juicio de Dawkins sigue siendo acertado. La búsqueda de 'fuentes' deviene en Malanos un esfuerzo casi indisimulado por negar originalidad a Kavafis¹⁹⁴; por dar al poema el carácter de

¹⁹³ De una nota crítica de Dawkins publicada en el *Journal of Hellenic Studies*, Vol. LIV, Part I, Londres, 1934, cit. por G. Paputsakis: *Kavafis Prosa*, p. 222, nota 146. St. Karakasis destaca las reacciones de numerosos escritores y estudiosos griegos como A. Thrilos, N. Lapaziotis, I. M. Panayotópulos, G. Paputsakis, G. Xenópulos, T. Agras, K. Parasjos, ante los ataques de Malanos contra el poeta y su obra. Cita también las expresiones de Rika Sengopulu, que demuestran que el texto de Malanos no era en absoluto el primero ni constituía una crítica imparcial, seria e iluminadora para el estudio de la obra kavafiana. *Constantino P. Kavafis*, pp. 32-34.

¹⁹⁴ I. N. Kazazis ha formulado una severa y muy documentada refutación a la teoría de Malanos acerca de la influencia de la poesía de los epigramistas alejandrinos antiguos, y especialmente de Calímaco, en la poesía de Kavafis. Kazazis demuestra que no hay tal decisiva influencia ni menos 'imitación', como sugiere Malanos. El trabajo del profesor Kazazis "A Commentary on T.

simple comentario o repetición variada de un texto histórico o literario utilizado.

Desafortunadamente, Robert Liddell, autor de la única biografía que ha circulado traducida al español (que sin duda tiene algunos méritos) parte del gran error de considerar a Malanos "el mejor crítico kavafiano" y "el más autorizado crítico de Kavafis"¹⁹⁵, sin fundamentar en absoluto esa afirmación, a todas luces inválida para cualquier estudioso desapasionado del poeta. La obra de Liddell se apoya, en muchísimos puntos, en opiniones y "testimonios" de Malanos, así como de algún "informante anónimo" o "un amigo" igualmente anónimo del "crítico", al extremo de llegar a traslucir en su texto una marcada tendencia a rebajar la calidad del hombre y de su poesía. Los últimos capítulos de la biografía se hacen especialmente desagradables por el continuo descenso al terreno de la maledicencia, de presuntos "testimonios" anónimos y de afirmaciones gratuitas que se repiten, después de haber sido expresadas una primera vez por algún sospechoso "informante", siempre en desmedro de la persona del poeta.

En un polo diametralmente opuesto a Timos Malanos, está I. A. Sareyanis, científico alejandrino, quien entre 1927 y 1953 publicó en diversas revistas de Alejandría y de Atenas valiosos comentarios a poemas kavafianos y algunos estudios excelentes, como "Lo más venerable - su figura", "El drama en la poesía de Kavafis" y "Kavafis, hombre de la multitud", reunidos y editados en un volumen, con el título *Comentarios a Kavafis*, por Z.

Malanos' Theory of Hellenistic Influences in the Poetry of Kavafis" examina tres fuentes mayores de error en las afirmaciones de Malanos: la incomprensión de la poesía helenística, relación forzada entre Kavafis y Calímaco y abuso de los términos 'epigrama' y 'mimo'.

¹⁹⁵ R. Liddell *Cavafy a critical biography*, Duckworth, Londres, 1974; en español: R. Liddell: *Kavafis Una biografía crítica*, Traducción C. Miralles, Ultramar, Madrid, 1979.

Lorenzatos y Y. Seferis, en 1964, dos años después de la muerte del autor¹⁹⁶.

Los retratos del poeta

Diversas personas que visitaron al poeta en distintas épocas de su vida o que lo frecuentaron durante algunos años por vivir en la misma ciudad, dejaron bosquejos de su persona, tal como ellas la captaron.

El poeta Ungaretti, alejandrino también él, lo frecuentó en su juventud. Cuatro décadas después, en Italia, donde desarrolló su obra literaria, Ungaretti lo evoca y no puede dejar de relacionarlo con su arte para hacer destellar de nuevo a "la adormecida Alejandría":

«¡Kavafis! Cuántos años debo traer de golpe a mi memoria para reencontrar las características de su personalidad. No tenía yo aún veinte años cuando lo conocí. Todas las tardes, en torno a la mesa de un negocio de la avenida Ramleh, famoso por el yogur, se sentaba con algunos amigos de su edad, que entonces dirigían la revista *Grámata*. Y no en pocas ocasiones, cuando estaba libre, me gustaba sentarme también yo con ellos. Kavafis parecía siempre pensativo y sentencioso, severo pero afable... A veces, en el transcurso de las discusiones, dejaba deslizar ciertas expresiones agudas, y entonces nuestra adormecida Alejandría destellaba al instante a través de los milenios, como nunca vi fulgurar cosa alguna»¹⁹⁷.

¹⁹⁶ Sareyanis: *Sjolia ston Kavafi* Comentarios a Kavafis, Prólogo Y. Seferis, Introducción Z. Lorenzatos, Ed. Íkaros, Atenas, 1964.

¹⁹⁷ Cit. por F. Pontani: *Kavafis Poesie*, y más extensamente por G. Zoras: "Kavafis en Italia", en *Nea Hestia* Homenaje 1963, p. 1576.

El escritor inglés E. M. Forster tuvo ocasión de conocer a Kavafis y tratarlo durante los años de la Primera Guerra Mundial, cuando en Alejandría sirvió en la Cruz Roja Internacional. Se ha citado mucho su semblanza del poeta:

«Un gentleman griego, con sombrero de paja, de pie y absolutamente inmóvil, manteniendo distancia respecto del mundo. Acaso sus brazos están bien abiertos: ¡Ah, Kavafis...! Es el señor Kavafis en camino de su departamento a su oficina o de la oficina a su departamento. Si ocurre lo primero, se desvanece sin ser visto, con un ligero gesto de desesperanza. Si sucede lo segundo, se lo puede inducir a comenzar una frase - una larguísima frase, complicada y sin embargo bien formulada [...], una frase que se encamina con toda lógica al final previsto, pero cuyo fin es siempre mucho más brillante e inesperado de lo que habíamos supuesto. A veces la frase termina en la calle. La ahoga el tráfico otras veces. Puede, en fin, prolongarse hasta cuando entra al departamento. Trata tal vez de las turbias componendas del emperador Alexis Comneno, en 1096, o de las posibilidades y precios de la aceituna, o de la suerte de amigos comunes, o de George Eliot, o de los dialectos griegos del interior del Asia Menor. La frase se formula con la misma facilidad en griego, en inglés o en francés. Y a pesar de su riqueza espiritual, su aspecto humano, el maduro amor al ser humano de su juicio, uno tiene siempre la sensación de que se mantiene un tanto apartada, a distancia del universo: es la frase de un poeta»¹⁹⁸.

Forster se felicitaba de haber podido contribuir al conocimiento de la poesía de Kavafis en Inglaterra y de haber conocido al poeta: "A menudo pienso en mi buena suerte y en la

¹⁹⁸ E. M. Forster: *Pharos and Pharillon*, traducción al griego A. Spiraku, con un texto de Seferis sobre Forster, Ediciones Alexandria, Atenas, 1991, p. 135-136. Los ensayos de Forster, traducidos al griego, se reproducen en *Epitbeórissi Tejnis*, Homenaje a Kavafis, 1963, p. 628 y s.

oportunidad que me dio la coyuntura de una terrible guerra de conocer a uno de los grandes poetas de nuestra época"¹⁹⁹.

La poetisa Miriótisa (1883-1968) viajó a Alejandría, siguiendo el consejo del poeta Porfiras de que fuera a conocer al poeta de la ciudad: "Estoy seguro - le dijo - que vale la pena que haga uno este viaje sólo por conocerlo". "Pedí entonces que me llevaran y me presentaran - relata Miriótisa -. Kavafis no recibe con mucho agrado a los extraños, me habían dicho, y por eso yo iba con cierto temor. Sin embargo, el poeta me recibió con mucha cordialidad. Con su voz tan gentil, en la que se distingue claramente un tono un poco de extranjero - ¡Dios libre de decírselo! -, me rogó que me sentara en un sillón bajo que estaba frente a mí en un salón medio oscuro. Como soy de natural tímida con las personas que recién conozco, me senté y le hablaba muy poco. Parece que esto le agradó, pues comenzó él a hablarme más, y enseguida ordenó al criado Ajmet que trajera whisky y entremeses. Al poco rato, mis ojos se acostumbraron a la poca luz de la habitación y pude mirarlo atentamente mientras me hablaba, bebiendo. Es delgado, pálido, con cabellos grises espesos, muy espesos. Pero aquello que retiene toda la atención de uno son sus ojos, sus dos extraños ojos, enigmáticos, muy grandes. Tales ojos ninguno de nosotros jamás los verá en ninguna persona, muy simplemente porque no son ojos de un hombre de hoy. Son ojos que vienen desde muy lejos, desde lo hondo de los siglos, y guardan en ellos el misterio de otra vida desconocida para nosotros. Su voz, en cuanto la oí, me parecía también ella como si viniera de lejos; y él mismo, como se había retirado a un rincón oscuro y hablaba sobre arte - ¿a nosotros o a sí mismo? - parecía una criatura exótica, que vivía en una atmósfera distinta para nosotros; una persona a la que se debía escuchar y ver desde lejos; y no debía extrañarse uno en absoluto si de repente la viera

¹⁹⁹ Carta de Forster a Lawrence Durrell en 1949. Citada por Rae Dalven: *The Complete Poems of Cavfy*, Nueva York, 1961, p. 288.

desaparecer enteramente y callar. Su conversación es encantadora... Es el griego más culto que he conocido"²⁰⁰.

Jristos Nomikós, alejandrino como el poeta, lo retrató así en el homenaje que se le rindió el 22 de junio de 1933 en Alejandría:

"Más bien bajo y de poco cuerpo, vestido sin pretensión [...], deambulaba lentamente por las calles y callejas, con las manos habitualmente en los bolsillos, el sombrero echado hacia atrás. Los años habían blanqueado su indómito cabello; y su paso, un poco arrastrado lo llevaba por aquí y allá en Alejandría, silencioso y pensativo. Su rostro impasible y tranquilo, rasurado, surcado por arrugas profundas, no traducía ningún sentimiento. Pero sus ojos eran notables. Vivaces, profundos, inquisidores, te miraban tras las grandes gafas, con cierta gentil curiosidad y con un pequeño e imperceptible destello irónico. Todos nosotros lo hemos encontrado en la calle, a veces taciturno y con el pensamiento perdido en la lejanía, a veces bien dispuesto y listo para la plática; siempre delicado y gentil; alegre cuando veía a viejos amigos suyos, con prevención cuando le presentaban a algún extraño. Recibía con extraordinaria gentileza en su salón, sentado en su poltrona, bajo la suave luz de la lámpara, jugando con las cuentas de su querido *komboloi*. A su alrededor, viejos muebles pasados de moda, retratos de parientes, objetos de arte, libros, revistas, y mil pequeñas cosas que eran para él algún recuerdo. Allí reinaba una atmósfera serena, de la que estaban ausentes todas las interesadas y pequeñas prácticas de las llamadas reuniones sociales [...]. La conversación se animaba poco a poco, y cuando Kavafis estaba en buena disposición, abría de par en par los tesoros de sus conocimientos y de sus pensamientos y hablaba mucho. Entonces, el círculo a su alrededor enmudecía y lo escuchaba con atención, casi religiosamente. Y cuanto decía Kavafis era para todos un

²⁰⁰ M. Yalourakis: *En la Alejandría de Kavafis*, p. 175.

placer, porque de ello surgía el hombre sabio, de profundo espíritu crítico, de múltiples y variados conocimientos; el espíritu lúcido que mucho sabía y mucho había ponderado, con su intuición artística y con la absoluta fe que tenía en sus ideales [...]. Vivió para su obra; éste fue todo en su vida, el ídolo al que ofreció todas sus fuerzas y su talento todo, con ansia y fe incommovibles"²⁰¹. Y como su obra fue poesía, podemos decir que vivió para la poesía, acaso teniendo siempre en su pensamiento las palabras de Ovidio: *carmina morte carent* carecen de muerte los poemas.

De 1916, cuando el poeta tenía 53 años, data el testimonio de Filípos Dragumis, político y diplomático, que ese año llegó a Alejandría a trabajar en el Consulado General de Grecia. En su diario de ese año, hay mención de seis visitas a la casa de Kavafis y de su primera impresión al conocerlo en el Centro Cultural del Círculo de la revista *Nea Zoí*, después de una conferencia allí dictada. El día 21 de mayo, en sus anotaciones sobre el acto al que había asistido, escribe:

"Conocí también después del fin de la conferencia a un señor de color amarilloso, bien rasurado, de rostro hebraico e intensos ojos negros. Nunca ríe ni sonrío. Su pronunciación es 'ainglesada'. Es el poeta Kavafis. Había leído sus poemas y muchos me gustaron. Me preguntó por Alejandría, qué impresión me da".

El 28 de mayo visita el departamento de rue Lepsius 10 y anota, entre otras cosas:

"En la tarde fui donde Kavafis [...]. Hablamos principalmente de él, de muchas cosas. Sobre todo de la cuestión lingüística, del movimiento cultural en Atenas, de la obra de Palamás; y me desarrolló todas sus teorías sobre el estudio que ha hecho de la métrica griega. Me interesa mucho y me alegré por

²⁰¹ *Ibidem*, pp. 183-184.

poder entenderme con él sin dificultad. Podría haber estado muchas horas hablando de toda clase de temas. Yo comprendía que en su soledad anhela a alguien que lo entienda. Me abrió sus pensamientos y sus ideas con evidente agrado, como si no lo hubiera hecho hacía mucho tiempo. Voy a ir a menudo a conversar con él. Está lleno de conocimientos e ideas que me interesan"²⁰².

F. Príndezis, director de la revista ateniense *I Fisis*, que lo conoció en una estadía en Egipto, lo recordó así:

"El señor Kavafis es un perfecto gentleman inglés, partidario de aquella severa educación británica; y esto es natural, porque se educó en Inglaterra. Es muy culto e instruido. Es de aquellos que cuidan mucho sus relaciones. Al principio de mi venida a Alejandría, lo conocí personalmente [...]; raramente lo veía después; y esto lo atribuyo a su particular y reservada manera de ser en cuanto a trabar relaciones y amistades"²⁰³.

A una época cercana a 1916, entre este año y 1920, debe remontarse en recuerdo de la señora Cristina Constantinu, quien a los 92-93 años dirigía en 2004 el restorán "L' Elite", muy próximo a la casa del poeta. Debe ser la última persona viva que conoció a Kavafis. En ese establecimiento, que funciona desde hace bastante más de medio siglo, debe haber estado muchas veces el poeta, y Cristina tiene que haberlo visto hasta comienzos de 1932, cuando ella tendría unos 20 o 21 años. Recuerda siempre la primera vez que lo divisó:

"Yo tenía 6 años [...]. Kavafis llevaba un abrigo negro de seda, con un pañuelo rojo al cuello, y caminaba con las manos

²⁰² F. Dragumis: *Himerologyio Alexandria 1916* Diario Alejandría 1916, Ekdosis Dodoni, Atenas-Yanina, 1984, pp. 62-63 y 73.

²⁰³ Cit. por G. P. Savidis: *O Kavafis tu Seferi* I, El Kavafis de Seferis, Ed. Hermis, Athina, 1984, p. 132.

atrás. Era delgado, la nariz ganchuda, el pelo negro peinado con gomina; tenía una elegancia peculiar; siempre vestido al estilo inglés; era irónico y monologaba mientras iba caminando"²⁰⁴.

Los recuerdos de Cristina pueden estar afectados un poco por el paso de casi ocho décadas. A veces generaliza demasiado, como cuando dice que en vida los alejandrinos despreciaban a Kavafis. Sabemos por muchísimos testimonios y por estudios escritos en vida del poeta que, si bien tuvo detractores, la generalidad de los griegos de la ciudad llegaron a reconocerlo como un poeta valioso. Considerando lo anterior, hay que apreciar esta opinión de Cristina:

"Mientras vivía [Kavafis], los griegos de Alejandría lo despreciaban; era una especie de Mefistófeles; y ahora ha llegado a ser nuestro santo nacional, San Kavafis de Alejandría; y los que de entre nosotros se expatriaron, buscando una nueva Itaca en Canadá o en Argentina, saben sus versos de memoria"²⁰⁵.

Sin duda, hay generalización en aquello de que "los alejandrinos lo despreciaban". Algunos alejandrinos, sí, sin duda. El celo y la pequeñez de espíritu siempre han existido y quedaron impresos en críticas malintencionadas y hasta en bajos ataques personales. El testimonio de G. Vrisimitzakis, crítico serio y uno de los primeros estudiosos de la poesía kavafiana, es elocuente:

"He entrado a todas partes y he visto mucho. Me he relacionado especialmente con gente de la clase popular. Sé cuán conocido y querido es Kavafis en esa clase. Cuántas veces he oído decir a mujeres, a muchachas, personas del pueblo: '¿Pero finalmente me gustaría conocer a ese Kavafis?', '¿Pero puede ver uno a ese Kavafis?', 'Miren, así que Alejandría tiene un gran

²⁰⁴ Cit. por D. Rondeau, op. cit., p. 163.

²⁰⁵ *Ibidem*, p. 27.

hombre y no lo conocíamos'. Kavafis, sencillo en sus maneras, cortés, humilde, lleno de amor para con el pueblo, nunca se negó a conocer personas no de letras, sino de corazón, que yo le presenté: puedo decirlo. Si supieran los intelectuales alejandrinos en cuántas casas de Alejandría es conocido y simpático Kavafis; en cuántas entra libremente y es al que más se le honra de los conocidos en ellas. Cómo lo acogen cuando va; con qué gusto leen en los diarios cualquier buena noticia sobre él y, viceversa, qué indignación les provocan los ataques en su contra"²⁰⁶.

Mijalis Peridis, quien fue el primero en bosquejar una biografía del poeta, dejó este testimonio:

"Kavafis vivió entre nosotros y todos lo conocimos sano, con un espíritu vigoroso. Raramente un hombre ha poseído una mente tan armónicamente conformada y una manera de conducirse tan equilibrada. Sus peculiaridades y su fuerte idiosincracia enriquecían su personalidad, no la dislocaban. Era sensible, y algunas veces hipersensible, pero no sin razón"²⁰⁷.

Rika Agalianú-Sengopulu, conocedora y estudiosa de la vida y la obra de Kavafis testifica en un sentido semejante:

"El poeta, nacido griego, educado como inglés y excelentemente instruido, se había creado una personalidad original y análogo comportamiento [...]; era un hombre medido, con autocontención y autodominio"²⁰⁸.

²⁰⁶ G. Vrisitmitzakis: "Kavafis laikós" Kavafis popular, en *La obra de C. O. Kavafis*, Prólogo y cuidado de G.P. Savidis, Ed. Ikaros, Atenas, 1975, p. 87.

²⁰⁷ M. Peridis: *O víos ke to ergo tu Konstandinu Kavafi* La vida y la obra de Constantino Kavafis, Ed. Ikaros, Atenas, 1958, p. 293.

²⁰⁸ En A. Karapanagópulos: *Konstantinos P. Kavafis Sinomiltes me th Rika Sengopulu* Constantino P. Kavafis Conversaciones con Rika Sengopulu, Ed. Dodoni, Yoanina-Atenas, 1985, pp. 21 y 26.

El poeta egipcio Ahmed Rassim, cuya obra admiraba mucho Kavafis, recordó así al poeta griego después de su desaparición:

"Era una bella figura [...] que ponía un poco de color en la ciudad de Alejandría. Su casa misteriosa, en la calle Lepsius, donde algunas velas proyectaban sombras extrañas en las paredes, emitía a su alrededor ondas impregnadas de poesía y de misterio. Amaba las bellas formas y las bellas ideas y circulaba por las aceras como una sombra"²⁰⁹.

La casa del poeta

Como sabemos, la casa en que nació el poeta - que debió ser una mansión, dada la situación económica de la familia - estaba situada en la importante calle Cherif Pachá 26, hoy Sharia Salah Salem 22. Aquella casa fue destruida por el bombardeo inglés de 1882.

Después del regreso desde Inglaterra, en 1878, la familia Kavafis vivió en la calle Majmud Bajá-el-Falaki, en el tercer piso de un edificio. El edificio Devanne tenía un amplio jardín, donde Constantino jugaba con sus amigos Estéfano Skilitsis y Yanis Rodokanakis, cuyas familias eran vecinas. Esa casa también fue destruida por el bombardeo.

Al retorno de Constantinopla, en 1885, la familia ocupó un departamento en la calle Tewfik, en el edificio Spanópulos. Dos años después, los Kavafis se trasladaron a otra vivienda en el bulevar Ramleh 32, hoy sharia Sahad Zaghloul 15. Allí vivieron hasta 1899, año de la muerte de la madre, Jariclia.

En 1904, Constantino y su hermano Pablo arrendaron un departamento en la rue Rosette 17, después calle Fuad I, hoy sharia

²⁰⁹ A. Rassim: "C. P. Cavafy", en *La Semaine Égyptienne* Hommage à Cavafy, 1933, p. 9.

Jorreia, la antigua Vía Canópica, que cruzaba toda la ciudad y era cortada en perpendicular en el centro por la calle del Soma, que debe corresponder a la actual sharia Nabi Danyal calle del Profeta Daniel.

A fines de 1907, los dos hermanos se cambiaron a un departamento en el segundo piso (tercero para nosotros) del edificio ubicado en rue Lepsius 10, hoy sharia Sharm El Sheikh 4, detrás del Hospital griego; muy cerca del Patriarcado Griego Ortodoxo y su iglesia de San Saba y del imponente Teatro Mohamed Alí o Teatro de la Ópera. A mediados de 1908, Pablo viajó a Francia por vacaciones y no regresó, decidiendo finalmente retirarse de su trabajo en Alejandría, en febrero de 1909. Se estableció en Hyères, donde residió hasta su muerte, en 1920.

El poeta siguió viviendo en rue Lepsius 10, solo, hasta los últimos días de su vida, cuando ingresó al Hospital Griego, cuya entrada estaba en la calle paralela siguiente a Lepsius.

Desde esa casa, el poeta caminaba tres cuadras y media hasta el lugar de su trabajo, en la calle Saad Zaghoul, en el grande e imponente edificio donde estaban las oficinas del Departamento de Riego del Ministerio de Obras Públicas²¹⁰, hoy Hotel Le Metropole. Ese corto espacio estaba - y está lleno de historia, bajo el polvo del polvo. "Reyes, emperadores y patriarcas habían arado el suelo entre su oficina y su departamento"²¹¹.

De la casa y de las calles tantas veces recorridas, cercanas también a los lugares donde había vivido antes de 1908, habla en pocos pero emocionados versos el poema *En el mismo lugar*, escrito y publicado en 1929, cuando habían pasado veintiún años desde su llegada a la calle Lepsius:

Ambiente de la casa, de los locales, del barrio

²¹⁰ Este edificio se conserva en muy buen estado y en la actualidad (2006) lo ocupa el hotel Le Metropole. Las escaleras y en antiguo ascensor recuerdan las primeras décadas del siglo XX.

²¹¹ E. M. Forster: *Pharos and Pharillon*, edición citada, p. 139-140.

que veo y por donde camino: años y años.

Te he dado forma en alegría y en tristezas
con tantas circunstancias, con tantas cosas.

Y todo entero te has trocado en sentimientos, para mí.

La casa de calle Lepsius 10, en segundo piso, sin luz eléctrica ni teléfono ni radio, aunque el primer piso y la planta baja poseían conexión eléctrica (allí estuvo un tiempo la imprenta en la que Kavafis imprimía sus "feuilles volantes"), tenía unos muebles antiguos, ya gastados, restos del pasado esplendor de la familia, cuando en tiempos de Petros Ioanis Kavafis, vivían "con magnificencia". Dos figuras femeninas, en cuadros grandes, miraban desde las paredes: la emperatriz Teodora, la esposa de Justiniano, la mujer inteligente y fuerte; y Jariclia Fotiadis, la madre tan amada por el poeta. El dormitorio era de una desnudez verdaderamente ascética. Una mesa pequeña servía a Kavafis de lugar tranquilo de trabajo. También cumplían ese papel la sala de escritorio y el cuarto que Sareyanis llama "pieza de encuadernación". Allí el poeta tenía sobre una mesa los grupos de hojas sueltas, "feuilles detachées"; y allí las ordenaba y formaba distintas colecciones. Y allí, a veces, corregía a mano algún detalle sobre la impresión. Los otros dos cuartos era el salón y el escritorio. En un corredor, que podría también considerarse como hall, a la derecha, al entrar, estaba la biblioteca.

Hoy puede recorrerse la casa, en la que hay muebles de escritorio que son copia de los originales, y meditar, pensando que allí, en la quietud solitaria, melancólica, a la luz limitada de las lámparas, nacieron no pocos de los más bellos poemas de Kavafis. Allí resonó su voz no pocas veces, recitando para algunos visitantes.

Varias personas que fueron a ver al poeta en esa casa escribieron luego sus impresiones.

La sobrina del poeta, condesa Jariclia Valieri, hija de Arístides Kavafis, en sus *Memorias inéditas*, recuerda la casa de su tío, que frecuentó hasta 1923, es decir, hasta los 25 o 26 años de edad.

"El departamento de mi tío fue uno de los lugares que más he amado en mi vida y ejercía sobre mí un verdadero encanto. No podría uno imaginar que otra persona viviera en esa casa ni imaginar a Kavafis viviendo en otra parte. Se complementaban recíprocamente hasta tal punto, que podría decirse que habían sido hechos el uno para el otro. En el hall, que era más largo que ancho, la enorme y maravillosa biblioteca cubría toda la muralla frente a la puerta de entrada. Dos salas se abrían a ese hall; el primero, más bien pequeño; y el otro, amplio, comunicaba con el comedor.

"El departamento de calle Lepsius poesía una atmósfera cálida, serena, elevada, que envolvía al visitante apenas cruzaba el umbral y lo transportaba a un mundo al que no penetraban ni los ruidos ni el bullicio de la gran ciudad comercial. Y esa anticuada decoración orientalizante, con los grandes divanes; con los almohadones de seda, bordados con pájaros y flores; con los muebles antiguos muy artísticos; decoración que recordaba más las riberas del Bósforo que el Egipto contemporáneo, le venía al poeta solitario, al pensador, al investigador de las culturas antiguas"²¹².

En otro lugar, Jariclia Valieri-Kavafis, al recordar el día en que recibió la noticia de la muerte del poeta, en 1933, vuelve a caracterizar la casa de calle Lepsius. Se encontraba en la terraza de un bar, el Sony Bar, en Biarritz, cuando le entregaron la carta en la que le comunicaban el fin del último Kavafis:

"Esas pocas líneas borraron de mis ojos el elegante, frívolo y mundano Biarritz... No veía sino habitaciones sumidas en la semioscuridad, unos divanes bajos, pesadas cortinas; grandes

²¹² J. Valieri-Kavafis: "O thíos mu Kostís" Mi tío Constantino. Fragmento de sus *Memorias inéditas*, publicado por Y. Savidis el 27 de abril de 1963 en el periódico *Tajidromos*, reproducido por Takis Psarakis: *Anthology tis Alexandrias* Antología de Alejandría, Ed. Nea Sínora-A. A. Livanis, Atenas, 1992, pp. 94-95.

espejos sobre consolas de mármol donde ardían viejas lámparas de porcelana. Volvía a ver los viejos muebles tallados; las mesitas decoradas con marfil; y las llamas doradas de las velas blancas en los opacos candelabros de bronce. Un escenario oriental en un departamento silencioso y en ese departamento un hombre solo, inimaginable y desgarradoramente solo, sentado en una poltrona de terciopelo descolorido, con un *komboloi* de ámbar en la mano..."

Filipos Dragumis, hombre público y diplomático, cuyo *Diario* de 1916 hemos citado, en una de las anotaciones sobre las seis veces que visitó al poeta, hace una breve referencia a la casa. Anota el 28 de mayo de ese año: "Después de las 6 fui a la casa de Kavafis y lo encontré. Estuve tres horas con él, en sus muy amobladas habitaciones penumbrosas, con muebles antiguos y adornos valiosos"²¹³.

Atanasio Catraro destaca la ubicación de la casa del Kavafis, relacionándola con la conjugación de la ciencia y del dolor, que parecía simbolizar, y todo ello sobre un suelo empapado de historia: "La casa del poeta estaba [...] en la calle Lepsius. Una arteria abierta en el corazón de Alejandría, como separación entre un pequeño barrio de mala fama y el imponente edificio del Hospital de la Comunidad Griega. De este modo, el fantasma de un científico muerto (Lepsius fue un famoso egiptólogo) estaba constantemente presionado entre el bullicioso mundo de la pasión y la quietud nocturna de la fortaleza del dolor"²¹⁴.

Jariclia Valieri-Kavafis recuerda otra asociación que hacía el poeta respecto de la ubicación de su casa, considerando la cercanía de la Iglesia Patriarcal de San Sabas, que él veía desde el balcón. A la viuda de Arístides Kavafis no le agradaba en absoluto el barrio y se lo manifestó una vez a su cuñado: "Él, entonces, se paró, fue al balcón, corrió la cortina, y dijo: 'En qué otra parte me encontraría mejor que en estos tres centros de la existencia humana: las casas

²¹³ F. Dragumis, op. cit. p. 73.

²¹⁴ A. Catraro: *O filós mu o Kavafís* Mi amigo Kavafis, trad. al griego A. Ralis, Ed. Íkaros, Atenas, p. 39.

del pecado, la Iglesia que perdona y el hospital en que uno muere"²¹⁵.

Desde es mismo balcón, hoy uno puede ver al frente el inmenso edificio de lo que en ese tiempo era el Hospital Griego, donde murió el poeta, y la Iglesia Patriarcal de San Sabas, donde se realizaron los oficios fúnebres. El barrio contiguo ya no es de mala fama.

Georges Cattai conoció al poeta en Alejandría "hacia 1918 o 1920". Menciona brevemente su impresión de la casa en su estudio "Constantin Cavafy Sa vie et son oeuvre"²¹⁶:

"Un humanista griego, M. Nomicós [...] me había conducido a casa del poeta. Nos recibió muy amablemente en su modesto departamento de la calle Lepsius [...]. La pieza estaba amoblada sin gusto con esos muebles fabricados en serie bajo el nombre de 'estilo arabesco'. Nada recordaba a Grecia, si no fuera por un cirio encendido ante un ícono".

La tumba del poeta

El 29 de abril de 1933, en la madrugada del día en que comenzaba la séptima década de su vida, llegó a su fin la existencia del poeta de Alejandría. Catraro recuerda un detalle del postrer recorrido por las calles de la ciudad amada de quien la transformara con su arte en una visión poética única. Dejados atrás ya el Hospital griego donde murió y la casa donde vivió los últimos 25 años, el cortejo se detuvo para los oficios fúnebres en la iglesia patriarcal de San Saba, a algunos cientos de metros del edificio hospitalario:

²¹⁵ J. Valieri-Kavafis, op. cit., p. 94.

²¹⁶ En el volumen *Georges Cattai Constantin Cavafy Poètes d'aujourd'hui* Seghers, 3a. ed., París 1984 (2a. ed. 1964; desconocemos año de la 1a.), pp. 27-28.

"Esta última detención, la última de sus caminatas por Alejandría, se hizo en la atmósfera amada por el poeta, en la amplia y gloriosa esfera del Helenismo, de donde había extraído los temas fundamentales de su poesía. La iglesia de San Saba es, en realidad, una de las más antiguas del cristianismo egipcio. Se remonta al siglo IV y está llena de tradiciones y recuerdos patriarcales. Antes de ser dedicada a la fe de Cristo, era un templo pagano. Por eso, entonces, pertenece también a la esfera helenística. Varios arqueólogos se inclinan por la opinión de que en este emplazamiento del templo pagano se hallaba ubicado el Mausoleo de los Césares, el *Caesareum*, construido por Cleopatra. Tal idea sobrepasa, por diferentes y serias razones, los límites de una simple hipótesis. Además, no es improbable que en esos lugares esté, sepultada en los siglos y el polvo, la tumba de Alejandro Magno, hasta hoy no encontrada. Acaso Kavafis hubiera querido recibir la última bendición justamente en este Mausoleo de los Césares, que con seguridad habría contemplado pasear entre sus columnas a Cesarión, el hijo de César y Cleopatra, quien le inspiró uno de sus más delicados poemas"²¹⁷.

En la sepultura familiar, en el cementerio griego, la lápida que cubre la tumba donde descansan las cenizas del cantor de la "gloriosa ciudad de Alejandría", se leen sólo estas palabras:

ΚΩΝΣΤΑΝΤΙΝΟΣ Π. ΚΑΒΑΦΗΣ
ΠΟΙΗΤΗΣ
ΘΑΝΩΝ ΕΝ ΑΛΕΞΑΝΔΡΕΙΑΙ ΤΗΙ 29η ΑΠΡΙΛΙΟΥ 1933

CONSTANTINOS P. KAVAFIS
POETA
MUERTO EN ALEJANDRÍA EL 29 DE ABRIL 1933

La palabra "poeta", la misma que figuraba en su pasaporte como su "oficio", aquí, como único epitafio, se asemeja en su

²¹⁷ A. Catraro, op. cit., p. 79.

sencillez y sobriedad, a la simple corona de laurel que los escritores alejandrinos ofrecieron a su féretro.

Tres tumbas acompañan a la del poeta. La de los padres, un túmulo de mármol, cuadrangular en la base, coronado por una cruz.

En un lado, se lee "Aquí yace Jariclia Kavafis / nacida Fotiadis / esposa de Petros Ioanis Kavafis / Muerta / el 4 de febrero de 1899 / en Alejandría".

En el otro lado, leemos: "Aquí yace Petros / Ioanis Kavafis Nacido / el 15 de febrero 1814 / Muerto el 10 de agosto / 1870 / Padre y esposo amante / Amado por todos sus parientes / Pérdida muy llorada."

En un tercer costado, aparecen estas inscripciones, todas seguidas: "Petros Ioanis Kavafis / Nacido / el 12 de marzo 1861 / Muerto / el 17 de marzo 1891 / Gueorguios Kavafis / Muerto el domingo 5 de agosto 1901 / Aristides Kavafis / 8 de enero 1902 / John Kavafis / 9 de febrero 1923".

El cuarto costado del túmulo no tiene inscripciones.

La segunda lápida, sobre el suelo, muestra en grabado en el mármol el dibujo de un árbol y una rosa, y entre ellos, se lee este epigrama: "La rosa perfumada / Heleni hija de Kavafis / en cuanto hubo abierto / se ha marchitado / Nacida en Alejandría / el 2 de abril 1855 / y fallecida / el 2 de enero 1856".

En la tercera lápida, bajo una cruz esculpida, se puede leer este epigrama: "Bello hermoso infante Pablo hijo de Kavafis / después de vivir un año, aquí ha sido Pablo sepultado / o más bien viendo flores de una y sola primavera / antes que otras florecieran Pablo se ha marchitado". / Nació el 1º de abril 1858 / Expiró el 10 de marzo 1859.

Alejandría, siempre Alejandría

Cuando se camina por Alejandría y se evocan los ires y venires del poeta, se evocan a la vez los ires y venires de las figuras que poblaron el mundo de la Alejandría de los Ptolomeos, desde la del joven fundador, en los momentos de emprender su increíble expedición, hasta la del pálido último rey Cesarión, asesinado en aras de la sed de poder de un conquistador. Imposible no sentir bajo el suelo de Alejandría los pasos de su historia extraordinaria.

Kavafis tuvo el sentido de esa vida apagada bajo el bullicio de la ciudad moderna. Por eso, Yalourakis pudo escribir:

"La ciudad se ofrecía a su imaginación. Vivía en el mismo espacio de los Ptolomeos; pisaba quizás sus cenizas; respiraba el mismo aire. Envolvió su pasión con las preciosas telas del Oriente; la perfumó con sus hondos aromas; la irguió como lábaro provocativo para que flameara en medio de una sociedad que había construido murallas para no mancillarse. Su arte fue capaz de derribarlas. Su fama se extendió más allá de su ciudad natal. Era el auténtico poeta; una voz original; la proyección de un mundo distinto. En vano trataron de perturbarla. Su voz se agigantó hasta cubrir la ciudad. La ciudad tomó de su brillo: puede llamarse la Alejandría de Kavafis. La luz de su lámpara resucitó las visiones de una época; resucitó un mundo en letargo. La cultura helénica salió de la invisibilidad. Alejandría volvió a recordar sus raíces"²¹⁸.

En su poesía, la historia sepultada de la ciudad brotó como un manantial de luz.

Nunca quiso Kavafis salir de su ciudad estética y real. Le aconsejaron que se trasladara a Grecia, a Atenas, el centro del mundo intelectual griego, y siempre rechazó la idea. Su identificación con la ciudad fue tal, que cuantos la conocieron en los tiempos del poeta coincidieron en señalar que ella desapareció un poco con él, o al menos dejó de ser la misma. Así lo expresó Rika Agalianú-Sengopulu, la amiga del poeta y difusora de su obra,

²¹⁸ M. Yalourakis cit. por A. Karandonis: *Manolis Yalourakis: Alejandría* (reseña), reproducida en T. Psarakis, op. cit., p. 63.

prematuramente desaparecida, en su artículo «Alejandría sin Kavafis», publicado en la revista *Alexandriní Tejni*, en 1935. Veinticinco años después de la muerte del poeta, se precipitó la desintegración casi total de la Alejandría griega. Acaso estaba escrito que el poeta se la llevara con su mirada extinguida, de acuerdo con la expresión árabe:

En masbaletak-sk el-ard, ashílak fô (q)enayya
Si no hay un lugar para ti en el mundo, yo te llevaré en mis ojos.

* * * * *

Con todo, ahora más cargada aun de recuerdos, Alejandría conserva hermosos vestigios de la época en que en ella vivió el poeta que la cantó en forma inimitable. Y asimismo, hay vestigios de su pasado antiguo, desde la estatua de su fundador; los nombres en caracteres griegos de su mayor museo y de la ciudad misma, en la entrada y salida de ella hacia El Cairo; en el hecho de sus habitantes la llamen familiarmente “Alex”, diminutivo de “Alexandria” y no de “Iskanderiyah”.

Y también podemos calificar la vida del poeta en su ciudad amada como una "vida inimitable" ἀμίμητος βίος *amímetos bíos amímitos víos*, en sentido bien distinto de aquella "vida inimitable" que Cleopatra y Antonio vivieron en el mismo lugar, pero única también como aquella..

Viviendo esa vida inimitable, Kavafis fue el poeta por excelencia de la ciudad, a la que cantaron tantas otras voces poéticas; fue el poeta de la ciudad y de su historia, sin dejar de ser también una voz poética de angustias, anhelos y nostalgias de muchos hombres del siglo XX y del siglo XXI que comienza. Por eso, más allá de Alejandría, en tantas lejanas latitudes, la poesía de Kavafis atrae, llama a la meditación. Y para no pocos seres humanos, ella, en palabras de otro poeta, parece ser

Como el tiempo
Que nos retorna a la inexistencia
Como el silencio
Que nos predispone a la eternidad²¹⁹.

* * * * *

Epílogo

Al terminar la peregrinación por Alejandría; después de haberla visitado en la poesía y en el espacio; después de haber recorrido todos los lugares que el poeta amó y de haber meditado junto a su sepulcro y a las tumbas de sus amigos; después de haber leído palabras conmovedoras en tantas lápidas, en la blanca soledad del campo santo griego, las líneas que siguen quisieron evocar al poeta y sus espacios amados, los espacios donde reflexionó sobre la historia humana, sobre los hombres y sus destinos; donde entrevió la belleza y vivió tristezas y alegrías:

En la puerta del cementerio griego de Alejandría

Blanca ciudad de mármoles dormida
con palabras que escriben un dolor irremediable,
testimonios de ausencias lacerantes
y de tristezas que no tiene fin.
Te veo aquí, poeta, silencioso
entre las lápidas silentes, frías,
y el recuerdo de tus amigos muertos,
tan jóvenes y de mirar tan claro

²¹⁹ G. Kótsiras: "Los nombres", *El fulgor y el monstruo. Elogio a Chipre*, Traducción José Ruiz, Ed. Los vientos, Barcelona, 1984, p. 10.

cuyas vidas segó funesto día.

Te veo allí en el balcón de tu poema,
en bruma envuelto de melancolía,
viendo el fluir, como lo viera Heráclito,
del bullicio y la vida por las calles
de la que era tu ciudad amada.

Te evoco en la penumbra de tu casa,
a la luz mortecina de tus lámparas,
en misteriosa soledad sumido,
hilando con palabras lentos versos,
para esculpir la condición humana,
su soledad y finitud fatales.

Te pienso frente al mar de Alejandría
y su luz y su azul esplendorosos,
la inmensidad de su cielo sin nubes,
su paz y poesía inagotables.

Igual que Antonio y Cleopatra otrora,
viviste tú tu “vida inimitable”,
entregado a la santa poesía,
y aquí llegaste un día a reposar,
de tus amigos muertos a la vera,
en la ciudad de mármoles dormida.

(Alejandría, febrero de 2004.)

* * * * *

Reseñas de libros sobre Alejandría

E. M. Forster: *Alejandría Historia y guía*, Prólogo de Lawrence Durrell, traducción J.B. Ferrer, notas y epílogo Michael Haag [Prólogo de Forster a la edición original e Introducción del mismo a la edición norteamericana de 1961], Seix Barral, Barcelona, 1984, 304 pp., 19,5 x 12,5 cm. 21 mapas y planos.

Quien se interesa por la cultura griega admira y ama a Alejandría. Quien se interesa por la cultura egipcia admira y ama a Alejandría. Quien ama la poesía de Kavafis ama a Alejandría. Quien ama la belleza ama a Alejandría. Y “si un hombre va en peregrinación por Alejandría por la mañana, Dios hará para él una corona de oro, engastada con perlas, perfumada con almizcle y alcanfor y reluciente de Oriente a Occidente” –así lo escribió el poeta Ibn Dukmak. La Alejandría griega, árabe, cristiana, musulmana, antigua, medieval, moderna, sigue y seguramente seguirá atrayendo a muchos hombres, como ciudad real y poética, como ciudad del pasado y del presente; porque en palabras de Kavafis, su mayor poeta, “Alejandría siempre es ella”.

Con dos ediciones en Egipto, en 1922 y 1930, una en Estados Unidos en 1961 y una en Inglaterra en 1982, este libro, *Alejandría Historia y guía*, del gran escritor inglés F.M. Forster, fue siempre inencontrable. Por rara saña del destino, las cuatro ediciones mencionadas estuvieron signadas por la mala suerte. Incendios, accidentes y tropiezos varios se interpusieron en el camino de su difusión. Por eso, la publicación de la traducción al castellano de Beltrán Ferrer, no pudo ser recibida sino con gran alegría por todos quienes, de un modo u otro, por una u otra motivación, se interesan por la ciudad de Kavafis, ciudad de las letras y de la cultura desde su fundación por Alejandro Magno,

desde Calímaco y los poetas, filósofos, científicos y artistas alejandrinos hasta Kavafis y Naguib Mahfouz.

¿Cuántos poetas han cantado las glorias y las bellezas de Alejandría? Imposible decirlo. ¿Cuántos viajeros dejaron constancia de su maravillarse ante la gran ciudad y sus monumentos? Muy difícil recopilar todos sus relatos. En el siglo XX, dos grandes escritores de habla inglesa, E. M. Forster y Lawrence Durrell, le dedicaron libros inolvidables. El destacado literato egipcio Naguib Mahfouz, Premio Nobel en 1988, ambientó en la ciudad su extraordinaria novela *Miramar*. Pero con seguridad es un poeta griego, Kavafis, quien llevó la expresión poética de la ciudad a su mayor altura en la centuria pasada. Toda la obra kavafiana gira en torno a Alejandría. Es “el poeta por excelencia de la ciudad”. Como tal es evocado en el *Cuarteto de Alejandría* de Durrell, cuyas páginas empapa, pese a que había muerto hacía ocho años cuando el novelista arribó a sus playas, en 1941.

En el prólogo del libro de Forster, Durrell intenta dar una imagen de la ciudad, una más entre las muchas que se han dado: “Alejandría, la ciudad de ensueño [...] se abre ante un mar soñador y sus olas homéricas se hacen y deshacen a impulsos de las frescas brisas procedentes de Rodas y el Egeo. Desembarcar en ella es como dar un salto en el vacío porque enseguida percibes, no sólo la ciudad plañideramente griega que se alza ante ti, sino también su telón de fondo de desiertos que se extienden hacia el corazón de África. Es un lugar para separaciones dramáticas, decisiones irrevocables, últimos pensamientos: todo el mundo se siente empujado hacia el límite de su capacidad de resistencia. Aquí sencillamente las personas que desaparecen son tantas como las que mueren abiertamente. La ciudad no hace nada. No oyes nada, salvo el ruido del mar y los ecos de una historia extraordinaria”.

Muchos siglos antes, en el año, 641, el general Amr, conquistador árabe de la ciudad de Alejandro, la describía de manera muy distinta en carta al Califa: “He tomado una ciudad de la que sólo puedo decir que contiene 4.000 palacios, 4.000 baños, 400 teatros, 1.200 verduleros y 40.000 judíos”.

Kavafis presentó a Alejandría de las maneras más variadas. Toda su obra puede considerarse una reflexión sobre la ciudad, *una* peregrinación por su pasado y su presente. Es la ciudad amada, a la que acude cuando lo agobia la evocación de la juventud, efímera como la existencia humana misma, en vez de acudir al mar, a los huertos vecinos, al río inmenso o a las arenas del desierto imponente y salvaje:

*Y salí a mi balcón melancólicamente
salí para cambiar de pensamientos, mirando al menos
un poco de la ciudad amada,
un poco del movimiento de la calle y los negocios.*

La poesía kavafiana es el mayor monumento a la eternidad de la ciudad. Y el libro de Forster es precisamente el texto que dio a conocer en inglés el después célebre poema *Que el dios abandonaba a Antonio*, iniciando así la difusión de la obra kavafiana en el ámbito de la lengua inglesa. Forster dio a conocer a Eliot, a Toynbee, y a otros intelectuales ingleses, textos del poeta griego que encontrara en Alejandría, cuando llegó allí en el otoño de 1915 como voluntario de la Cruz Roja. El escritor no fue insensible al misterio y encanto de la ciudad y a la magia extraña y no fácil de captar de la obra del poeta de esa ciudad.

El título original *Alexandria A History and a Guide* muestra nítidamente el propósito del autor. Son dos sus partes, la *Historia* “intenta (a modo de desfile de hechos históricos) poner en orden las actividades de Alejandría durante los dos mil doscientos cincuenta años de su existencia, empezando por la figura heroica de Alejandro Magno...”. Esta parte está dividida en breves secciones, al final de cada una de las cuales, Forster remite al lector a un punto de la segunda parte, la *Guía*. De esta manera, el lector y visitante —real o “imaginativo”— de la ciudad, se traslada desde los siglos pasados a la realidad actual, al sitio donde transcurrió la historia. se le dan todas las indicaciones para llegar al sitio de que se trata, se le indica el tranvía que debe tomar, el paradero donde

puede abordarlo y donde debe dejarlo. Hay, pues, como una continua cita y encuentro con el pasado, sobre un suelo cargado de recuerdos de glorias abolidas, de vidas notables borradas por el tiempo. Grecia y lo griego están allí siempre “presentes”, siendo pasado. Dice el autor: “Las ‘vistas’ de Alejandría no son interesantes en sí mismas, pero nos fascinan cuando nos acercamos a ella desde el pasado y esto es lo que he procurado hacer al desdoblarse el libro en una *Historia* y una *Guía*”.

Y, sin duda, que Forster logró su propósito. Allí está el encanto de su libro, encanto que ha seguido actuando hacia el futuro, si pudiéramos decir así. Pues hoy leemos y vemos en los planos el *Hospital Griego* o el templo griego de *San Saba*, y recordamos que en el primero pasó sus últimos días el poeta Kavafis y en el último recibieron sus restos la última despedida; y cuando vemos el *Cementerio griego de Chatby*, evocamos la tumba donde reposan las cenizas de quien cantó en forma incomparable a esta ciudad única.

Obra bella, verdaderamente original y clásica, *Alejandría Historia y Guía*, es para ser leída y releída varias veces y para volver a ser repasada luego de un tiempo.

Con el auxilio de Forster y de Haag, quien “va en peregrinación a Alejandría” puede recorrerla en sus tranvías incansables o transitar a pie los espacios por donde “se dio la vida” del poeta Kavafis, desde el grandioso templo de *Evangelismós*, donde fue bautizado, hasta la paz del cementerio donde duerme el sueño sin fin.

En las valiosas “Notas” de Haag, hay diversas referencias a obras literarias, entre las que dominan los nombres de Kavafis, Durrel y Mahfouz y en las que aparecen otros autores. A ellos hay que añadir el de Stratís Tsirkas, estudioso del poeta, poeta él mismo y cantor de la ciudad en una de las novelas de su famosa trilogía *Ciudades ingobernables*.

Michael Haag: *Alexandria Written and Photographed by Michael Haag*, The American University in Cairo Press, 2ª reimpr., El Cairo, 1997, 64 pp., 28x20 cm. ,

Michael Haag , periodista y estudioso enamorado de la ciudad de Alejandro y autor de *Alexandria: City of Durrel, Forster and Cavafy.*, de quien conocíamos su apasionante *Alejandría, la ciudad de palabras*, 1982, escribe los textos y ha sacado las fotografías que integran este hermoso volumen. Se combinan en él la información sobria pero siempre cálidamente presentada y la imagen captada con arte y amor. Desde la portada, con la gigantesca “Columna de Pompeyo” y la Esfinge que, enigmática, parece avizorar el paso del tiempo, hasta la última página, en que unos niños ríen junto al vasto mar alejandrino, y la contraportada con la fachada multicolor del Misr Hotel, decenas de bellas vistas de la “ciudad amada” de Kavafis se suceden ante los ojos del lector.

Luego de una sucinta cronología, desde la fundación, el 331 a.C., hasta la etapa que se inicia en 1970, y de la presentación de mapas de la ciudad antigua y la moderna, el lector se encuentra en la entrada de Alejandría, en la vasta plaza Saad Zaghloul, dominada por la estatua de este dirigente nacionalista, que mira al maravilloso mar alejandrino. En cierto modo, se encuentran allí la historia moderna de Egipto, en la estatua de quien encabezó la lucha por la independencia y el término efectivo del dominio inglés, con la historia anterior de la ciudad, simbolizada por el sitio de emplazamiento del Faro (cuyas bases son también fundamento del fuerte de Qaitbey (s. XV), y con las visiones que de Alejandría tuvieron un poeta griego y un escritor anglófono. Efectivamente, el edificio donde durante 30 años trabajó Constantino Kavafis está en un costado (hoy Hotel Metropole) y aquél que describe Lawrence Durrel (Hotel Cecil), en *El cuarteto de Alejandría*, constituye el otro costado de la plaza. Para algunos, en este sitio habría estado el magnífico Caesareum, construido por Cleopatra en honor de Marco Antonio. Y por lo tanto, aquí habrían

terminado los días de la última reina del Egipto ptolomeico. Una segunda sección nos lleva a la Plaza de los Cónsules, después llamada de Mohamed Alí y hoy Midán. El Thahrir, Plaza de la Liberación, con la estatua del fundador del Egipto Moderno. Ligada a ella la Salah Salem Rue, antes Rue Cherif Pasha, en la que nació el poeta Kavafis, antes de su destrucción por el bombardeo inglés de 1882. Los siguientes capítulos historian y describen el barrio turco; las tumbas ptolomeicas de Anfushi; la isla de Faros (península actualmente) con el Fuerte de Qaitbey, la llamada Acrópolis de los Ptolomeos, con la Columna de Pompeyo, las tres esfinges (una mutilada) y mínimos vestigios de lo que fue el magnífico templo Serapion, destruido por el fanatismo cristiano; las catacumbas greco-romanas de Kom El Shogafa; el Patriarcado Copto; el cruce antiguo de la ciudad, donde debe haber estado la intersección de la Vía Canópica (que describe Aquiles Tacio), que partía desde la Puerta del Sol con la Vía Central, en forma perpendicular a ella: hoy la calle Nebi Danyal y avenida Horreya, antes Rue Fuad y antes Rue Rosette. Es emocionante pensar que en ese sector hayan estado la Biblioteca, el Museo y la Tumba de Alejandro. Próximo está el Patriarcado Griego y su iglesia de San Saba, el edificio que fue el Hospital Griego y la calle Lipsius, hoy Sham El-Sheik, con la Casa-Museo Kavafis. Un capítulo se dedica al Museo Greco-Romano, cuyas columnas, frontón e inscripción en caracteres griegos ΜΟΥΣΑΙΟΝ no puede dejar de recordar la extraordinaria institución ptolomeica homónima. Este Museo, que Kavafis describió y elogió cálidamente con motivo de su inauguración en 1892, que presentó sistemáticamente Forster en *Alexandria A Guide and a History*, en, 1922 es uno de los más interesantes de la ciudad. Los restantes capítulos llevan al lector a los restos de las murallas árabes; a la impresionante Grande Corniche, semicírculo majestuoso formado por la isla de Faros y el Heptastadion que la une al continente y la forma de éste en ese sector; al palacio de Montazah y finalmente al lago Maryut, el Mareotis antiguo, al sur de la ciudad antigua.

Las fotografías profusamente distribuidas en el volumen revelan al artista de la imagen y al enamorado de la “gloriosa ciudad de Alejandro”. Con excepción de dos proporcionadas por la Oficina de Turismo Egipcio en Londres, todas pertenecen a Haag. No podía faltar en un libro como éste alguna ilustración literaria: los poemas *Que el dios abandonaba a Antonio* y *En un atardecer* de Kavafis (en traducciones de George Valassopoulo, y de Edmund Keely y Philip Sherrard, respectivamente) y fragmento de *Alexandria* de Lawrence Durrell.

Mostafá El-Abbadi: *Vie et destin de l'ancienne Bibliothèque d'Alexandrie*, Unesco, París, 1992, 248 pp., 24 il., 1 mapa, 19x19 cm.

De la Biblioteca de Alejandría y del Museo, las instituciones culturales más notables creadas por el espíritu griego, en Egipto no ha quedado vestigio material alguno. La Biblioteca encarnó el sueño de la universalidad y de la pluralidad. Simbolizó “una tentativa, quizás sin precedente, por constituir una suma del saber, al integrar la sabiduría de los autores griegos con la de autores extranjeros en traducciones. Además, la Biblioteca parece haber estado asociada a una percepción más aguda del saber como instrumento y de la búsqueda de conocimiento como proceso de colaboración y de síntesis. Es significativo, a este respecto, el que la Biblioteca haya estado ligada a algunos de los primeros progresos realizados en las ciencias, que comienzan a cortar sus lazos con la filosofía y a orientarse hacia el empirismo. Al mismo título que el Faro que se erige sobre la isla vecina de Faros [...], la Biblioteca es una señal que marca una etapa en el camino que conduce al hombre a las luces”.

Con las palabras citadas, Federico Mayor se refiere en el prefacio de este volumen, al objeto del trabajo del profesor Mostafa El-Abbadi, de la Universidad de Alejandría y de la Universidad Árabe de Beirut. El profesor El-Abbadi, - quien, además se desempeña en las entidades universitarias mencionadas,

ha sido profesor visitante en universidades de Alemania, Austria, Estados Unidos, Argelia, Irak, y Kuwait, se ha especializado en la historia del Egipto greco-romano y en la investigación y estudio de la papirología árabe.

Cuando el autor daba cima a este libro, estaba en marcha el plan para el renacimiento de la antigua Biblioteca, emprendido por UNESCO, a iniciativa del gobierno egipcio y con la idea central de reafirmar en términos modernos la vocación universal y pluralista de aquella. Hoy la nueva Biblioteca está en funciones en una sede ubicada donde estaba la antigua, en un notable conjunto arquitectónico, y con una clara y hermosa presencia de Grecia.

La obra del profesor Al-Abbadí comprende tres grandes secciones: Los orígenes, la historia, el fin. En la primera parte, se dedica un capítulo a “Alejandro el explorador” y otro a “Alejandría, capital de una nueva era”. Este último nos presenta un panorama de la cautivadora historia de la fundación y del período más glorioso de la historia de esta ciudad. Centro de cultura helénica durante un milenio, Alejandría fue eso y mucho más. Pues en ella se dio la experiencia hasta entonces inédita de una sociedad multirracial y multicultural. Esta experiencia marca a Alejandría como una ciudad única. Y única lo fue también en diversos otros aspectos. Desde el hecho de que su fundador no haya llegado a verla.

En efecto, los planos del arquitecto Dinocrates se transformaron en realidad gracias al trabajo de financiamiento y dirección de las obras por parte del ministro Cleomenes de Naucratis, en ausencia de Alejandro, que había continuado su casi inverosímil expedición. Además, sólo el año 320, tres años después de la muerte de Alejandro, y nueve después de la fundación, Ptolomeo trasladó desde Menfis su residencia y su administración a la nueva ciudad.

Dos grandes instituciones, de características hasta entonces desconocidas, la Biblioteca y el Museo, y una obra que sería considerada una de las maravillas del mundo, el Faro, marcarían

principalmente ese carácter único de esa ciudad, griega, egipcia, cosmopolita.

La segunda parte, dedicada a la historia de la Biblioteca, consta de dos capítulos: “El Museo y las Bibliotecas” y “La floración intelectual”. El autor estudia la práctica de mantener bibliotecas anexas a los templos egipcios, que pasó a ser materialmente continuada en la época helenística, reuniéndose así con la tradición griega de las bibliotecas públicas, la primera de las cuales parece haber sido la de Atenas, fundada por Pisístrato, en el siglo VI. A la muerte de Alejandro y el desmembramiento de su imperio, las dinastías de los Ptolomeos en Egipto, de los Seleucidas en Siria y de los Atálidas en Pérgamo rivalizan en los esfuerzos por dotar a sus capitales – Alejandría, Antioquía y Pérgamo - de centros de estudio y de bibliotecas.

Pero la principal y mayor de las muchas bibliotecas de la época helenística fue sin duda la de Alejandría. Su propia fama ha perjudicado el estudio posterior de sus características, como muestra de la expresión de Ateneo: “En cuanto a lo relacionado con el número de libros y la organización de las Bibliotecas y a la asamblea del Museo, qué podría decir yo que no sea conocido de todos?” Qué importante habría sido que Ateneo hubiera escrito aquello que “todos” sabían en su época. Es lo que nosotros no sabemos, desafortunadamente.

Con todo, a pesar de la diversidad y fragmentarismo de las fuentes, el profesor El-Abbadí, realizando un examen sistemático y comparativo de ellas, presenta un documentado panorama de las características y funciones, tanto de las Bibliotecas como del Museo. Resulta fascinante ese panorama, que muestra en los Ptolomeos, sobre todo en los primeros, una notable voluntad de reunir en la Biblioteca libros griegos y extranjeros, originales y copias, todo el saber del mundo; y de mantener una institución, el Museo, donde los sabios pudieran laborar con tranquilidad y libertad. La labor de adquisición de textos, de copia, de registro y clasificación, de establecimiento y mantención de catálogos, constituían un complejo y costoso proceso. Los Ptolomeos

desplegaron un celo infatigable en la consecución de textos de toda clase, sin escatimar en gastos. Una pléyade de figuras ilustres están ligadas a las tareas de la Biblioteca y el Museo: Demetrio de Fálero, Zenódoto, Apolonio de Rodas, Eratóstenes, Aristófanes de Bizancio, Aristarco, Calímaco y tantos otros. Las ciencias, la filosofía, las artes y las letras conocieron un florecimiento extraordinario. Las Bibliotecas de Alejandría, la Biblioteca mayor, la Biblioteca “hija” en el Serapion, la del Museo mismo. Más tarde, el Cesareum también llegaría a tener una considerable colección de libros.

En cuanto al fin de la Biblioteca, el autor, citando numerosas fuentes y concordando las noticias o indicios que éstas entregan, llega a la conclusión que la tesis más verosímil es la de que la gran Biblioteca fue destruida el año 48 a.C. durante la guerra de Julio César. La llamada Biblioteca hija, en cambio, habría sobrevivido hasta la destrucción del Serapion, el 391, luego de que Teodosio ordenara la demolición de los templos paganos. El violento fanatismo de los cristianos, liderados por el patriarca Teófilo, llevaron a cabo una destrucción total, como atestiguan Teodoreto y Eunapio. Para el autor resulta claro que la misma ferocidad fanática de Teófilo que incitó al martirio de Hipatía, al proponerse la demolición total del Serapion no podría haber pensado hacer una excepción con la biblioteca anexa al templo, la cual debía contener precisamente gran cantidad de textos paganos.

Para el profesor Mostafá El-Abbadí, la historia de la quema de los libros por Amr, el conquistador árabe de Alejandría, a mediados del siglo VI, no pasa de ser una leyenda tardía. Para basar su tesis, el autor cita fuentes bizantinas y árabes que hasta el siglo XII recuerdan la Biblioteca, sin que ninguno extienda su existencia hasta el siglo VII. Analiza detalladamente el famoso texto de Ibn Al Qifti, en su *Historia de los sabios*, siglo XIII, demostrando que no existe ninguna fuente anterior a él que aluda a la presunta quema de libros para calentar el agua de los baños de Alejandría.

El libro del profesor Mostafá El-Abbadi ofrece sin duda, un apasionante interés para el amante y estudioso de la historia de la cultura griega en Alejandría.

Empereur, Jean-Ives: *Alexandria Past, Present and Future*. Trad. al inglés Jane Brenton, Thans et Hudson, Londres, 2002, 160 pp., 158 imágenes, 17,5 x 12,5 cms.

Debemos a Jean-Ives Empereur, a su saber y su amor, este volumen, hermosísimo tanto por su contenido como por sus magníficas ilustraciones. Desde ya, la portada del libro trae imágenes que aluden a la larga, gloriosa y hasta misteriosa (en cierto sentido) historia de la singular ciudad de Alejandría: una parte del grandioso edificio de la nueva Biblioteca Alexandrina; un fragmento de un mosaico del siglo III, que la representa, un retrato del poeta Kavafis, joven; una vista de la calle Cherif Pachá, de finales del siglo XIX o comienzos del XX.

En las primeras páginas, en blanco y negro, una serie de fotografías parecen también querer sintetizar los variados aspectos de la ciudad: su vasto mar circular, las palmeras de la plaza Saad Zaghoul con el perfil de la estatua, una de las esfinges de la “acrópolis” con la silueta de la Columna de Pompeyo, la Plaza de los Cónsules con la estatua ecuestre de Mohamed Alí, negocios populares; calles llenas de gente, en medio de la cual, se dan algunos a la quieta conversación o a la meditación solitaria. Y este pasaje de Miramar, de Nagrib Mahfouz:

“Alejandría. Por fin Alejandría, Dama del rocío Flor de nimbo blanco. Seno de radiancia, húmeda de agua celestial. Corazón de nostalgia empapada en miel y lágrimas”.

Y luego, se despliegan los colores y la historia: Alejandría antigua, Alejandría cristiana, Alejandría árabe y otomana, Alejandría cosmopolita, Alejandría hoy. La elección del sitio; las dimensiones; la labor del arquitecto Dinócrates, la infraestructura de la ciudad, sus características de lugar cosmopolita, con

población egipcia, griega y hebrea, más visitantes y comerciantes de diversas latitudes. La transformación de la ciudad de Alejandría en sede gloriosa de las artes, las ciencias y las letras, llena de palacios y magníficos edificios y sobre todo, sede de la Biblioteca y del Museo y señalada por el grandioso Faro. Sigue el texto y las bellas imágenes con el panorama de la Alejandría cristiana, con el desarrollo de la nueva religión bajo la influencia del helenismo con sus grandes teólogos, sus herejías y sus grandes fanatismos religiosos, tan destructivos para el arte antiguo. La Alejandría árabe, a partir de 641, y otomana desde 1517, menos conocida y en cierto sentido algo misteriosa, aparece reseñada, en páginas que se abren con este pasaje de Ibn Battuta (s. XIV)

“Alejandría es una joya de esplendor paladino y una virgen ataviada con relucientes ornamentos. Ilumina al Occidente con su gloria, combina bellezas de la más diversa descripción, a causa de su situación entre Oriente y Occidente. Allí se despliegan todas las maravillas para de todos los ojos las vean y allí suceden cosas peregrinas de toda clase”.

El pasaje de Ibn Battuta, aun teniendo en cuenta las hipérbolos del lirismo, muestra que la conquista árabe no trajo una decadencia o ruina rápida de la ciudad. El decaer alejandrino corresponde principalmente a los años de dominio turco.

El 1º de julio de 1798, con el desembarco de Napoleón y sus 50.000 hombres a 15 kilómetros al oeste de Alejandría, marca para Empereur el comienzo del período de la “ciudad cosmopolita”. El carácter de la Alejandría antigua volvía a imponerse: se forman grandes y poderosas comunidades extranjeras. Los hijos y nietos de quienes se arraigarán en la ciudad serán “alejandrinos”. A los triunfos de los franceses sobre los otomanos, seguirán los de los ingleses sobre los franceses y los de Mohamed Alí sobre los mamelukos y los ingleses. Y será ese guerrero albanés que edificará la nueva gloria de Alejandría, la Alejandría cosmopolita, aquella en que nacerá un Kavafis, un Ungaretti, un Marinetti. Un bello capítulo del libro de Empereur y un hermoso y fecundo período en la historia de la ciudad. Es

también el período en que se produce el bombardeo de 1882, la invasión y ocupación del país por los ingleses; la lucha por la independencia; las dos Guerras Mundiales, en la segunda de las cuales, los bombardeos llegan a la ciudad; la agresión franco-inglesa a raíz de la nacionalización del Canal de Suez. Esta última guerra precipita el fin del período cosmopolita. Empereur bosqueja los rasgos de la Alejandría actual, que mira al futuro, conservando algunos lugares que recuerdan cada una de las etapas de su larga historia.

Sigue una sección de documentos: Fuentes antiguas; los obeliscos de Cleopatra; relatos de viajeros; Alejandría en la literatura (poemas de Kavafis y de Ungaretti; trozos de Tsirkas, Lawrence Durrell; Naguib Mahfouz; Edwar Al-Kharrat y Robert Solé; los cementerios latinos de Alejandría; la Biblioteca Alejandrina; bibliografía; lista de ilustraciones; Índice onomástico.

En síntesis: un bello e inolvidable libro sobre una bella e inolvidable ciudad.

Robert Ilbert, Ilios Yannakakis, Jacques Hasoun (Editores y cantares parciales): *Alexandria 1860-1960 The brief life of a cosmopolitan community*, Traducción Colin Clevent, Harpocrates Publishing, Alejandría, 1997, 220 pp., 8 imágenes, 24 x 17 cm.

Este volumen fue publicado originalmente en París por Les Éditions Autrement, con el título de *Alexandrie 1860-1960. Un modèle éphémère de convivialité. Communautés et identité cosmopolite*.

Las grandes secciones del libro son 1. A pluralist society, 2. A Mediterranean mosaic, 3 Tattered memoires, 4. Derroteros, 5. Epílogo, 6. Apéndices. Los nombres de los autores son precisamente un reflejo de lo que fue la Alejandría cosmopolita, aquella en que nace y crea un poeta universal como Kavafis: Robert Ilbert, Jacques Hassoun, Anne Le Gall-Kazazian, Katerina

Trimi, Ilios Yannakakis, Anouchka Lazarev, Paul Balta, Eglal Errera, Fausta Cialente, Mercedes Volait, Corinne Alexandre-Garner, Youssef Shahine, Edwar el Kharrat.

En la sección 1 Una sociedad pluralista, Robert Ilbert escribe sobre “Un cierto sentido de ciudadanía”, demostrando como pudo funcionar tan creativamente una sociedad formada por grupos étnicos tan variados: griegos, árabes, coptos, turcos, ingleses, franceses, italianos, armenios, judíos. Un sentido de ciudadanía “alejandrina”, en nada opuesta sino complementaria con el sentimiento nacional de cada comunidad, enorgullecía a los habitantes de la ciudad de Alejandro. El Consejo Municipal creado en 1890, funcionó cuatro décadas, realizando grandes obras para la urbe de los “alejandrinos”.

En la sección 2 Un mosaico mediterráneo, se estudian las diversas comunidades, sus características y funcionamiento en el marco del sentimiento “alejandrino”, supranacional. Jacques Hassoun estudia a “Los judíos, una comunidad de contraste”; Anne Le Gall-Kazazian traza la historia y rasgos de la comunidad armenia. Katerina Trini e Ilios Yannakakis recuerdan la “parikía”, la comunidad griega, la mayor de la ciudad, con la segunda lengua hablada. Fue también la más poderosa y aquella más estrechamente ligada al renacer de Alejandría en el siglo XIX, bajo Mohamed Alí, con quien los griegos cooperaron activamente en la labor de dar esplendor a la ciudad y echar las bases de un país moderno.

Anouchka Lazarev escribe sobre “Italianos, italianidad y fascismo”, destacando los problemas que trajo a la comunidad italiana y a su destino posterior la introducción del fascismo desde la madre patria.

En la Tercera sección “Malhadados recuerdos”, Paul Balta con el título de “1956”, estudia los hechos que se desencadenan desde el 26 de julio de 1956, cuando en Alejandría Gamal Abdel Nasser, ante una gran concentración, anunció la nacionalización del Canal de Suez. La agresión anglo-francesa que siguió a la nacionalización fue determinante para precipitar el fin de Alejandría cosmopolita. Ingleses, franceses y judíos serían los

primeros en tener que abandonar la ciudad y el país al que los gobernantes de sus patrias agredían brutalmente.

Ilios Yannakakis presenta “Adiós, Alejandría”, páginas teñidas de nostalgia por una ciudad y una sociedad en que los hombres pudieron vivir en paz, con sus diversas lenguas y creencias; desarrollar una cultura, una literatura, una vida “alejandrina”, que tuvo que llegar a su fin. Verdad es que hubo errores y la población egipcia, la gran masa pobre estaba al margen de la ciudad europea. Pero había convivencia, tolerancia y cordialidad, quizás especialmente entre griegos y árabes. Pero el nacionalismo egipcio tenía plena justificación, en especial frente a los largos años de dominio, abusivo y prepotente, de los ingleses. Naturalmente, fue la agresión de 1956 la que radicalizó el proceso de expropiación. Estas afectaron también a los griegos y en la imposibilidad de sobrevivir, el camino fue el éxodo masivo.

De la cuarta sección, mencionaremos al menos títulos y autores: “El sueño de Alejandro y el mito literario” de Eglal Errera; “Fausta Cialente Pasajes selectos” de Anouchka Lazarev; “Vestigios, ruinas, recuerdos” de Mercedes Volait; “El enigma del Cuarteto” [de Alejandría] de Corinne Alexandre-Garner; “Mi ciudad, sagrada y indomeñada” de Edwar el Kharrat.

El Epílogo: la muerte del cosmopolitismo” de Ilios Yannakakis abunda en reflexiones acerca de las condiciones que permitieron el florecimiento del cosmopolitismo en la Alejandría moderna. Había sido cosmopolita en la Antigüedad y nunca perdió totalmente ese carácter, aun en la época de larga decadencia y empequeñecimiento físico bajo el dominio otomano. Pero el nuevo y el floreciente cosmopolitismo, que puede fijarse en más de un siglo desde mediados del siglo XIX a la década del 60 de la centuria última se explica por condiciones especiales. Grandes ciudades cosmopolitas como Constantinopla y Esmirna dejaron de serlo por obra de un nacionalismo estrecho y excluyente. En Alejandría, el legítimo nacionalismo egipcio habría seguramente que tenido que llegar a una limitación del cosmopolitismo, pero la triple agresión con que se respondió a la principal medida de la

revolución nacionalista, precipitó un proceso que pudo ser menos radical. Medio siglo después, sobrevive una pequeña pero activa comunidad griega; la presencia griega en la Nueva Biblioteca Alejandrina y el hecho de que ésta haya “revivido”, reivindicando el espíritu universalista de su célebre “colega” antigua; la existencia de una universidad francófona; la apertura del país y su economía; todo parece abrigar la esperanza, no de una resurrección imposible de una sociedad única en sus características, pero al menos de cierta permanencia de algunos rasgos, de respeto por los vestigios. Cuando a la entrada (o salida) de la ciudad en el camino hacia el Cairo, se ve en grandes caracteres el nombre de la ciudad en griego y en árabe; cuando se ve la hermosa estatua del fundador Alejandro Magno; cuando se oye llamar cariñosamente a la ciudad como “Alex”, apócope de Alexandria, su nombre griego, y no de Iskanderiyah; cuando se contempla las cuatro esculturas griegas en la Biblioteca; cuando se visita el magnífico Museo Greco-romano que tanto amaba Kavafis; el pensamiento se reconforta con esta presencia, que une lo local –de la historia antigua y reciente- con un elemento de universalidad.

Los *Apéndices* están constituidos por tres mapas de Alejandría, de 1856, 1902 y la década de 1990; una Cronología desde 1798 (ocupación francesa de Egipto) a 1961 (leyes de nacionalizaciones); Extractos de las Guías y Anuarios de Egipto que escribió François Levernay en 1860 y en 1872.

Imposible que este magnífico volumen, que reúne en sus autores el cosmopolitismo de Alejandría, no transmita al lector un sentimiento de tristeza.

Jaris Tzalas: *Alexandrea ad Aegyptum Once relatos alejandrinos*, Dibujos de Yisis Papageoryú, 2ª edición, Ediciones del s. Veintiuno, Atenas, 1997, 336 pp., 11 imágenes, 20,5 x14 cm.

Este estudioso de la historia y la topografía de su ciudad natal, Alejandría, ha venido a publicar en su madurez un texto

literario, que no es ni una novela ni una colección de cuentos o de poemas. Se trata de relatos, de narraciones de hechos ocurridos en la Alejandría de su niñez, adolescencia y primera juventud. A los veinte años debió dejar la amada ciudad de la época más hermosa de la vida, a la que regresó tres décadas después, para revivir con intensa emoción aquellos tiempos y recorrer los lugares “que los contemplaron”, que fueron sus mudos testigos.

No hay en estas trescientas páginas ni una palabra que corresponda a una ficción. No es, este volumen, como anotábamos, ni una novela, ni una serie de cuentos ni un conjunto de poemas. Pero su lectura cautiva, como podría cautivar la mejor novela. Y los personajes, lugares y hechos que el autor recuerda con expresiones empapadas de poesía y nostalgia, emocionan intensamente. Hay en el autor una especie de “disposición poética” que ilumina todo. Tzalas no necesita recurrir a los “clásicos” que han descrito la ciudad de Alejandro, antigua y moderna y la han cantado. No hay aquí alusiones a Forster, Durrell, Rondeau, Jean Ives Empereur, Michael Haag, a Seferis o a Tsircas, o a Naguib Majfuz. No hay citas de escritores. Se recuerdan nada más que algunas expresiones de Kavafis. Hay sólo un recordar a personajes que conoció el autor en su niñez y juventud, a dramas que sobrevinieron con el término de la ciudad cosmopolita. Un recordar con nostalgia, respeto, admiración a veces, con afecto, sin buscar lo paradójal por lo paradójal, ni menos lo chocante por lo chocante; lo que pudiera ayudar a interesar o hasta divertir al lector. En absoluto. La iluminación de personas y cosas por una “disposición poética” es lo que mantiene al lector cautivado.

El zapatero libanés Adún, zapatero pobre; la pequeña niña armenia que no alcanzó a partir con sus padres en viaje no deseado hacia otras tierras, porque no pudo vivir; el “maestro” ciego, que no puede resistir la partida de los que dejan Alejandría y entre ellos sus alumnos de guitarra; Frau Grete, la dama alemana, que no comprende la derrota de su país, y a la que también llega la hora de dejar la ciudad; en fin. Desfilan ante los ojos del lector personajes y lugares. Tras todo, está la partida que llegará fatalmente y con ella

la separación de los que quedan, entre los cuales están los egipcios amigos de la niñez, como el portero Am Ajmed y su pequeño hijo de igual nombre.

Fedón Tambakakis (Edit.): *Αλεξάνδρεια Μια πόλη στη λογοτεχνία Alejandría Una ciudad en la literatura*. Edit. Metejmio, Atenas, 2002, 312 pp., 25 fotografías, 22,5x 15,5 cm.

En la hermosa serie *Una ciudad en la literatura* de la Editorial Metejmio de Atenas, no podía faltar un volumen dedicado a Alejandría. Y éste no podía sino haber sido preparado por un alejandrino. Fedon Tambakakis, nacido en la ciudad de Alejandro en 1960, seleccionó textos y recorrió su urbe natal, fotografiando cientos de lugares, y acudió al gran archivo del Archivo Histórico y Literario Griego (ELIA), donde los “egiptotas” han logrado reunir impresionantes cantidades de documentos de las diversas comunidades griegas de Egipto.

En cada sección del libro, un trozo literario, un poema, un fragmento, encabeza la serie de textos. La primera, “Desde la bruma del mito” tiene el célebre pasaje de la *Odisea*, IV, 351-366, en que se habla de Egipto y de la isla de Faros, adonde hubo de llegar Menelao en su viaje de regreso desde Troya y donde hubo de pasar serias peripecias. Esta sección contiene un trozo de *Pharos and Pharillon* de Forster, tomado de la traducción de Ani Spiraku, Atenas, 1991. Siguen páginas de la obra *Los portolanos griegos* (manuscritos de los siglos XVI y XVII), bajo el título de “Aproximación a alejandría”. Sigue el famoso personaje de Plutarco, en las *Vidas de Alejandro y Julio César*, sobre la decisión de Alejandro Magno de fundar una gran ciudad en la costa egipcia. Un capítulo de la *Historia de Alejandría* de Margaritis Dimitsas, Atenas, 1995, titulado “El comienzo de la ciudad” cierra esta sección.

La segunda sección “Ojos míos hemos sido vencidos” la encabeza el poema de Seferis “Salió la luna nueva en Alejandría...” escrito en el exilio en Pretoria en septiembre de 1941, después de haber llegado primero a la ciudad de Alejandro, con el gobierno griego, huyendo de la invasión alemana y la consiguiente ocupación. Una bellísima fotografía de Nikos Likos, 2002, “Amanecer en el puerto viejo”. Sigue un trozo de Aquiles Tacio, en el que se describe el panorama impresionante que presenta la ciudad a la llegada de un viajero. Maravillado, este personaje no puede sino exclamar: “Ojos míos, hemos sido vencidos”. Siguen un fragmento de Grimen en la *Biblioteca de Alejandría* de John Maddox Roberts, en traducción de E. Jarilau; un trozo de *O Mangas* de Penélope Delta y uno de *Justine* de Durrall, en traducción de E. Jurmuzios. El barrio griego, el “Cartier grecque” de Dafni Alexandru, escritora alejandrina, que describe la época áurea de la ciudad cosmopolita con estas palabras: “Una bella y rica ciudad, abierta, con vida social despreocupada. Señoras y señores, vestidos según la última palabra de la moda parisina, circulaban por las calles a pie o en coches de dos caballos y menos frecuentemente en automóviles que era un “artículo” nuevo. Una pequeña Europa con atmósfera parisiense, porque los alejandrinos tenían como modelo a París y toda moda de París aparecía en la ciudad al día siguiente. Pero también semejaba una pequeña Grecia, ya que, por otra parte, dominaba el elemento griego. Centros de diversión, pastelerías, tabernas, tiendas, teatros y poco a poco cines, la mayoría de los cuales pertenecían a griegos. Al caminar por las calles se oía el griego por doquier y en segundo lugar italiano, inglés, francés y alemán. Esta mezcla de extranjeros presentaba una curiosa peculiaridad. La convivencia y la comunicación eran muy normales y armónicas. Todos constituían un conjunto social unitario, con excepción de los ingleses que vivían aislados, en su propio mundo”

Más adelante encontramos dos trozos sobre la “Corniche”, uno de Durrel y otro de Naguib Majfuz.

Y siguen los fragmentos de obras literarias sobre Alejandría. Los autores se repiten a veces: María Jordamidu, Manolis Yalurakis, Penélope Delta, Dafni Alexandru, E.M. Forster, J.M. Jatzifotis, Stratis Tsirkas, Timos Malanos, Jaris Tzalas, Rodis Rufos.

La sección “Faro, Museo, Biblioteca” la encabeza un fragmento del *Banquete de los sofistas* de Ateneo; y la de “Las calles” la abre el poema de Kavafis “Canto y elegía de las calles”. Una sección está dedicada a “Las estaciones del año”. Aquí aparecen numerosos escritores, entre ellos Nikos Kazantzakis y Kavafis: éste con el poema *Sham-el-Nessim*. Otro poema de Kavafis, *Lo riesgoso*, da inicio a la parte dedicada a la sensualidad. La parte dedicada a “El poeta helénico” la encabeza el poema *Epitafio de Antíoco, rey de Comagene* y aquí encontramos trozos de Seferis, Kazantzakis, Uramis, Daniel Rondeau y Durrel.

Las últimas secciones están dedicadas a “La lengua griega”, “Su efímera riqueza”, “Ciudad ingobernable” y “Dile adiós”, en la que hallamos textos de Moravia, Forster, Tzalas, Dafni Alexandru, Orestes Lazaridis y Yusef Saín. No podía faltar aquí “La ciudad” de Kavafis.

En pocas palabras, una extensa recopilación de trozos de los más diversos escritores sobre la “gloriosa ciudad de Alejandría”.

Dafni Alexandru: *Αντίο, Αλεξάνδρεια* *Adiós, Alejandría*, 3ª edición, Ediciones Alexandria, 1999 (?), 230 pp., 20,3x14 cm, 1 fotografía.

“Alejandría tiene algo único. No creo que exista otra ciudad que haya sido tan amada por nativos y extranjeros. No creo que exista otra ciudad que haya causado tanto dolor a quienes debieron dejarla”.

Quizás las palabras que reproducimos encierren todo el sentimiento de amor y de dolor que empapa las páginas de este libro. Ellas y la dedicatoria: “A mis padres y a mi ciudad”.

Son miles y miles los hombres y mujeres que en los más diversos puntos de la tierra recuerdan y añoran la ciudad maravillosa en la que nacieron, en la que vivieron la niñez y la juventud, y en casos, la madurez, y que debieron abandonarla, cuando circunstancias que quizás nunca imaginaron, los forzó a dejarla.

Muchos de ellos son griegos, cuyas familias habían arraigado por dos, tres o más generaciones en la ciudad de Alejandro. Y de éstos, no pocos están en Grecia, tan cerca, pero ya alejados de su tierra natal. La presencia griega en Alejandría, otrora tan numerosa y brillante, que llevó a que Seferis la llamara “ciudad griega” *helinikí poli*, en 1941, es hoy mínima. Existe y hay que esperar que siga existiendo en una ciudad que se enorgullece de su fundador y de su pasado; que luce en grandes y hermosos caracteres griegos su nombre, □□□□□□□□□□□□□□□□ junto al nombre árabe Iskanderiyah.

Entre aquellos que siguieron llevando a Alejandría como una llaga incurable, está la autora de este libro, Dafni Alexandru. De niña vivió los últimos años de la Alejandría cosmopolita donde había vivido Kavafis. Fueron los años que van desde el término de la Segunda Guerra Mundial hasta 1956, cuando la agresión anglofrancesa provocaría la salida de las comunidades inglesa, gala e israelita y precipitaría el fin de las otras colectividades extranjeras. El nacionalismo egipcio, explicable y justificado, luego de las largas décadas de dominación directa o indirecta de los británicos, llegaría a un punto de exaltación que hará difícil la convivencia de tantos grupos étnicos distintos.

El plan del libro de Dafni Alexandru es muy ambicioso y pensamos que lo logra desarrollar con éxito. Sus capítulos se suceden, sin que el interés y la emoción que provocan decaigan en ningún momento. Documentada en una buena bibliografía y auxiliada por los recuerdos que sus mayores le transmitieron y los suyos propios, nos lleva por los senderos de la historia contemporánea de Alejandría, desde la época de Mohamed Alí, que comienza su obra de construcción del Egipto moderno en

1805, hasta el día en que dice su “adiós a la Alejandría que pierde”, en la década de 1960.

Una primera sección contiene los capítulos “Nací en Alejandría”, “La rebelión de Orabí”, “El bombardeo y el incendio”, “*Eyiptiotas*”. *Eyiptiotas* es la palabra creada (según algunos por Kavafis) para denominar a los griegos de Egipto.

Una segunda gran sección se titula “Incurción al pasado” y nos remonta a Mohamed Alí, para llevarnos a través de una centuria y media a la situación en la segunda postguerra y el surgimiento del gobierno de Naser. Reproducimos aquí algunos de los títulos de los capítulos de esta parte, en la que el arte de la escritora nos transporta a lugares y hechos que pudieran parecer de fantasía para la mentalidad occidental, pero que fueron estrictamente reales. “Mohamed Alí”, y “Griegos islamizados”, “Esclavos y esclavas”, “Ismael” [el virrey apodado “el Magnífico”], “Los ingleses imponen el control económico”, “La ocupación inglesa”, “El dominio británico”. Aquí aparecen dos capítulos sobre acontecimientos y personajes conocidos: “Los sucesos de Densuái”, “Aproximación a Kavafis”. Sabemos cuánto impresionaron al poeta de la ciudad los crímenes de los ingleses en Densuái y cómo le inspiraron el conmovedor poema “27 de junio de 1906, 2 p.m.”. Seguimos recordando títulos de otros capítulos de esta sección, cuya lectura es en todo momento cautivante: “Egipto, protectorado británico”, “El palacio de los Tousson”, “El harén”, “La Alejandría árabe”, “La Alejandría europea”, “El carnaval”... “Faruk”... “La situación en la postguerra y Naser”.

La tercera parte nos impresiona desde el mismo título: “El desarraigo”. La nostalgia y tristeza ocupan el lugar de las descripciones vivaces y alegres que en muchas ocasiones aparecen en la sección anterior. Aquí la autora deja la historia y su documentación, para recogerse a los recuerdos personales, a sus vivencias como “ciudadana alejandrina” y nos lleva por la senda, cada vez más dura, que conduce al doloroso desarraigo, tan temido, no imaginado ni deseado, pero que terminará por imponerse. “Alejandría, una imagen”, “Mis padres”, “La vida con

mi madre”, “La vida con mi padre”, “La primera casa”, Las playas de Alejandría”... “La vida con mis tíos”...”El profesor de francés”... “Los misterios de Alejandría”... “La casa de la calle de la Iglesia Copta”... “La nacionalización del Canal”, “¿Cómo vivimos la guerra?” [de la agresión anglofrancesa en 1956], “La expulsión de los británicos y los galos”, “La nueva situación”, “Sueños”, “La última casa”. A partir de estos capítulos, la amenaza sombría del desarraigo empieza a teñir las páginas. la muerte en Beirut del padre de la escritora precipita las cosas. Comienza la despedida con visitas a lugares casi sagrados para los griegos, como el cementerio de los caídos en El Alamein. Es un capítulo desgarrador, donde la lectura de los epitafios de los jóvenes griegos caídos en la batalla que salvó a Alejandría y alteró la marcha triunfante de las huestes hitlerianas, no puede sino conmover intensamente. Allí en la soledad y silencio del desierto quedarán esas lápidas que alguna vez cubrirán las arenas. Cada vez habrá menos visitas a ese campo donde duermen los restos de tanto joven que dio la vida por la libertad y el humanismo. Terminan las visitas a lugares ligados especialmente al helenismo y los ojos del lector recorren los últimos capítulos: “ Horas difíciles”, “Los últimos días”, “Las últimas horas”, “Adiós Alejandría”. Llega la hora nunca imaginada. Al poner pie en el barco griego que llevará a Atenas a Dafni y a su madre, han dejado de pisar el suelo natal:

“Subimos al barco. Habíamos abandonado así el suelo egipcio. Me apoyé en la baranda y seguí con la mirada, con el pensamiento y con mi alma cada detalle del puerto y su movimiento. Todo mi ser estaba concentrado en esa última imagen. Comenzamos a alejarnos. Alejandría se empequeñecía, se hacía más pequeña, hasta que desapareció. Quedaron solamente cielo y mar. Adiós, amada mía. Contigo lo he perdido todo, pensé. A mi padre, mis sueños... la seguridad de un futuro mejor... nuestro patrimonio, mis fantasías de amor de adolescente, mis amigos, mis conocidos. Todo un mundo. ¿Qué me quedaba?”

Se termina de leer estas páginas con el espíritu embargado de tristeza y la mente vuelve a las palabras citadas al comienzo de

esta reseña: “No creo que exista otra ciudad que haya sido tan amada...”

Daniel Rondeau: *Aleandría La capital de la memoria*,
Traducción al griego de Ani Spiraku, Ediciones Alexandria,
Atenas, 2001, 256 pp., 20,5x 14 cm.

El título original de este libro es simplemente *Alexandrie*. Fue publicado en París en 1997. La segunda parte del título en griego “I protévusa tis mnimis” la tomó la traductora de una frase de Rondeau que aparece en una de sus variadas caracterizaciones de la ciudad.

Libro apasionante el de Rondeau, de un francés apasionado por Alejandría, por el mundo “creado” por Alejandro con su increíble expedición, y por la ciudad moderna que entregara un Kavafis a la poesía universal. Con una doble óptica recorre Alejandría, cautivado por aquel joven guerrero rubio que un día arrojó su clámide a la arena de una angosta faja de tierra entre lago y mar, para trazar la forma de una ciudad-modelo de un mundo nuevo sin fronteras que él estaba creando. Pero la recorre cautivado también por las huellas de Kavafis, de Forster y de Durrell, que “renovaron la grandeza de la ciudad” para entregarla otra vez a los siglos. Pero, como veremos, Rondeau, llevado por su admiración por la obra de Alejandro, partirá después de recorrer la primera Alejandría, la más grande y gloriosa, la *Alexándreia*, la *Alexandrea ad Aegyptum*, a buscar los rastros de la última, de la *Alexandreia Esjati*, la actual Hotzad, ex Leninabad, a miles de kilómetros, allá en la ex Unión Soviética, en la República de Uzbekistán, remota ciudad fundada por Alejandro el año 327 a.C.

Las secciones del libro de Rondeau son las siguientes: “La primera vez”, “Una clámide arrojada a la arena”, “El paso de los siglos”, “Empresa KA-FO-DU” y “Alejandría última”. Como lo indica el título, encabeza el volumen el capítulo dedicada a la primera llegada a la ciudad y la búsqueda de los lugares del

fundador y los lugares del poeta, con la *Guía* de Forster en la mano. Uno de los primeros encuentros relatados es la conversación con amigos griegos en el restorán “L’Elite”, que hasta hoy mantiene y dirige activamente la señora Cristina Konstantinu, quien a sus noventitantos años es quizás la última persona que conoció a Kavafis y que puede recordar al poeta y su casa. Desde la plaza Saad Zaghloul, Rondeau toma la calle del Profeta Daniel y llega al restorán, pintado con los colores griegos y a cuya entrada le entregan una copia del poema “Que el dios abandonaba a Antonio”. Allí van los pocos griegos que quedan en Alejandría y sus conversaciones motivan estas reflexiones del peregrino francés:

“Era clarísimo que para los fieles de Cristina, Alejandría seguía siendo la ‘ciudad ingobernable’ de la que hablaba el escritor egipciota y amigo de Kavafis Stratís Tsirkas. La ciudad, o más bien su propia ciudad, la ciudad-mundo de la que se consideraban herederos, evidentemente estaba naufragando; en Alejandría han quedado ya mil quinientos griegos contra cinco o seis millones de egipcios. Sin embargo, mis nuevos amigos como si bastaran sus voces en la noche, esa tela en que bordaban cada día los recuerdos y los pensamientos y que retomaban cada noche desde el punto en que los habían dejado la tarde anterior, para conservar su ciudad lejos de la gran ola”.

Para los griegos, el recuerdo de la ciudad cosmopolita, ciudad griega para ellos, está sin duda teñido de melancolía. Para Naguib Majfuz, en cambio, la ciudad es sinónimo de alegría, de alegría quizás por su belleza. Cuando relata a Rondeau por qué comenzó a pasar los veranos en Alejandría, expresa “Yo la amaba por su frescor, su exotismo y porque, como todos los grandes puertos, es una ciudad que vibra por la alegría del vivir. Podía pasar yo días enteros sin abrir ni el diario, y no me preocupaba en absoluto. La alegría del pueblo brillaba por doquier.

La segunda sección “Una clámide arrojada a la arena”, nos traslada a la historia de la fundación, parte leyenda parte historia, en realidad, pero no menos cautivante ni la una ni la otra. Es

notable que al final de este capítulo veamos tan cerca la posible tumba de Alejandro y la de Kavafis. Para el arqueólogo, gran especialista en Alejandría, el perdido sepulcro del fundador debe estar en el cruce de la calle Fuad, la antigua Vía Canópica y el eje que cruza la ciudad de norte a sur. Si esto es así, “Alejandro debe reposar bastante cerca del lugar donde reposa Kavafis, en la quietud de los cementerios latinos”.

“El paso de los siglos” nos lleva por las variadas peripecias de la ciudad del Faro, el Museo, la Biblioteca, el Serapion. Entristece pensar que al paso del tiempo y a los fenómenos naturales, que llevaron a la ruina final al Faro en el siglo XIV, se hayan agregado las guerras, que terminaron con la Biblioteca y el fanatismo cristiano que destruyó el Serapión y transformó a perseguidos en perseguidores.

La cuarta sección lleva las primeras sílabas de los nombres de Kavafis, Forster y Durrel. El nombre del poeta de la ciudad, los lugares de su vida, su poesía, dominan las páginas. No sólo hallamos el tan citado “retrato” de Kavafis escrito por Forster en *Pharos and Pharillon*, en 1923, sino también el de Cristina Konstantinu, quien, como decíamos, debe ser la única persona viva que conoció al poeta.

Y el último capítulo, el de la *Alexandrie Esjati*, nos conduce por otros caminos no menos apasionantes: el de los recuerdos y vestigios de la expedición de Alejandro y de su figura que quedan en el Oriente. Allá en Ubekistán, en Hotzad, Rondeau habla con Margarita Filánovits, quien como el visitante, como el poeta de la primera y mayor Alejandría, ve el mundo con una óptica doble: “un pasado de más de dos mil años que revive continuamente ante sus ojos [...] Alejandro erguido sobre las murallas de la Alejandría Esjati, de la ciudad en los confines del mundo, un día del año 327 a. C., dando instrucciones a sus lanceros tracios, sus arqueros agrianos, sus jinetes tesalios y sus mercenarios ...”y un presente todavía agitado por la disolución de uno de los países más extensos del planeta, la Unión Soviética.

Libro apasionante desde la primera hasta la última página, desde las calles de la primera Alejandría hasta las avenidas de la última.

André Bernard: *Η Αλεξάνδρεια των Πτολεμαίων* La Alejandría de los Ptolomeos, Trad. al griego Antuaneta Kaleyia-Gad, ed. V. Yanikos-V. Kaldís, Atenas, 1997, 128 pp., 64 fotografías, 3 mapas, 1 dibujo, 24 cm x 19,5.

Con la visión desde el aire de la Alejandría antigua de Jean-Claude Golvin, parcialmente reproducida en la portada y en su integridad en las páginas 50 y 51, y un gran plano de la ciudad antigua y moderna en las páginas 2 y 3, se abre este hermoso volumen dedicado a la “megali polis”, la gran ciudad de los Ptolomeos, la urbe de Alejandro. Se trata de la maciza obra de André Bernard, para la serie “Patrimoine de la Méditerranée” de las CNRS Éditions de Francia. Es un título que se agrega a la larga serie de trabajos de Bernard sobre temas relativos al Egipto griego y romano, y especialmente al período helenístico: *Alexandrie la Grande*, monumental obra de 1966; *Les Inscriptions grecques de Philae*, vol. I *Époque ptolomaïque*, 1969; *Le Delta égyptien d'après les texts grecs*, 2 vols., 1970; *De Koptos à Kosseir*, 1972; *Le Panenion d'El-Kanais: les inscriptions grecques*, 1972; *Les Portes du désert* (Recueil des inscriptions grecques d' Antinoupolis, Tentyris, Koptos, Apollonopolis Parva, Apollonopolis Magna), 1984; *Sorciers grecques*, 1991; *La prose sur pierre dans l'Égypte hellénistique et romaine*, 2 vols. 1992; y otros libros y numerosos artículos.

Las secciones de este volumen nos llevan desde los inicios hasta el trágico fin de la época de los ptolomeos.

Se inicia con el *Diagrama topográfico de la ciudad antigua y moderna*, para comenzar la exposición con el capítulo “El nacimiento de una ciudad: el inspirador y el fundador”. Bernard

desarrolla ampliamente la idea de que la inspiración para la fundación de Alejandría en su ubicación, que pudo considerarse una decisión extravagante, viene directamente de Aristóteles. Con minuciosa documentación demuestra que son las ideas de su maestro las que llevaron a Alejandro a decidir la ubicación, el trazado y la organización misma de la nueva ciudad que llevaría su nombre. Abundantes fotografías, diagramas y dibujos ilustran esta sección, que nos familiariza con la realidad de la gran ciudad.

El segundo capítulo “¿Pinacoteca real o jaula con fieras?” está dedicado a la dinastía de los Ptolomeos y sus contradictorias características, de amor a la cultura y el arte, de espíritu “universalista” si así pudiéramos decir, y de prácticas de cruel competencia, de ambiciones y de crímenes, mostrando cuán alejados llegaron a ser los reyes Ptolomeos de la figura del “rey virtuoso” en la *Ética Nicomaquea*. Es una historia apasionante, llena de luces y sombras, a la que acaso rescate más que nada la grandeza cultural y material de Alejandría.

La tercera sección “Una capital ‘en el margen’ ” estudia la situación de la ciudad que fue nombrada en griego *Alexandreia pros Aigypto*, denominación que en la época romana pasó a ser *Alexandrea ad Aegyptum*. Se la sentía, pues, en la orilla, en el margen del país, que debía el nombre al mítico rey Aígyptos, descendiente directo de Poseidón, por su padre, y del dios río Neilos (Nilo) por su madre. El país comprendía el delta pero también gran parte del valle del Nilo. ¿Por qué fundar una ciudad en esa franja de tierra entre el mar, el Mediterráneo y un lago, “a la orilla” del país de los faraones? ¿Y por qué hacer la fundación mientras se marchaba en una expedición que llegaría hasta el Indo? Bernard entrega varias explicaciones, una de las cuales es el móvil religioso, muy ligado al político. La consulta al oráculo de Amón, al que los griegos identificaban con Zeus, habría dado por resultado el consejo de fundar una ciudad cercana a la isla de Faros que menciona Homero en la *Odisea*. Y por otra parte, el reconocimiento de Alejandro como faraón resultaba ser un paso importantísimo en su carrera de hacia un imperio universal.

Los capítulos “La vida en la ciudad” y “La ciudad comercial” entregan un cuadro vivo, muy documentado del quehacer de los habitantes. “Bajo la mirada de los dioses” nos presenta el “encuentro de dos panteones”, la notable fusión de divinidades griegas y egipcias y la creación del nuevo dios *Serapis*, con atributos propios de divinidades de los dos mundos que se encontraron y fundaron en el Egipto ptolomaico. Bernard sugiere que al construir el magnífico templo, el Serapion, en la “acrópolis de la ciudad”, el único sitio elevado, tenía en mente el consejo de Aristóteles de que el dios más *importante* para una ciudad debía estar en un lugar prominente. Así en Atenas, el templo de Atenea en la Acrópolis. En Alejandría, el templo de Serapis en Rakotis, el lugar que fue llamado Acrópolis de la urbe. La construcción y la fortificación del lugar parece haber sido obra de Ptolomeo I.

Hoy, al visitar las catacumbas griegas, puede uno apreciar el notable grado de sincretismo producido en Egipto en el plano religioso y otros. Los reyes Ptolomeos aparecen con el aspecto de los faraones, de los cuales eran herederos, puesto que Alejandro fue reconocido solemnemente como tal. La figura, que quizás es única del infortunado “rey Cesarión”, el último Ptolomeo, que no reinó, asesinado a los 17 años, que vemos en una columna de Fayum, nos muestra sobre la inscripción griega, una figura en “tenida egipcia”, que representarían a Cesarión presentando una ofrenda a su padre deificado.

El último capítulo “Los postreros días de Alejandría” nos llevan de los días de gloria del Museo, de la Biblioteca, del florecer cultural, científico, artístico, de “la gloria de los Ptolomeos”, para usar el título de un poema de Kavafis, a la gran tragedia final, con el derrumbe ante Octavio, los suicidios de Antonio y de Cleopatra, y la injusta y brutal tortura y asesinato de Cesarión, por “razón política”. Tragedia que inspiraría varios de sus más bellos poemas a quien resucitó la gloria literaria del Egipto ptolomaico, Kavafis.

Takis D. Psarakis: *Ανθολόγιο της Αλεξάνδρειας Antología de Alejandría*, Ed. Nea Sínoira – A.A. Livanis, Atenas, 1992, 180 pp., 23 cm. x 14,5, 69 imágenes blanco y negro.

Periodista, investigador acucioso y coleccionista de textos que forman un extraordinario archivo, Takis Psarakis, presenta en este volumen una colección de apasionantes escritos, muchos de ellos de gran valor testimonial, todos de gran interés para quienes aman a Alejandría y su secular y variada vida cultural. El autor ha distribuido los textos en cinco secciones:

“Caminando en puntillas en el Mito y la Historia”; “Escuchando los usos y costumbres patriarcales”; “En las huellas de la ciudad y sus habitantes”; “Bosquejando la vida cultural”; “Escondiéndose en los días de la Gran Guerra”.

Sin duda, cada uno de los textos es de interés. Pero seguramente los que integran la cuarta sección atraen especialmente a los que aman la poesía kavafiana y desean saber más de la ciudad en la que Kavafis creó su obra. La mayoría de los títulos de la sección tienen relación con el poeta: “Mi tío Constantino”, texto de Jariclia Valieri-Kavafis (hija de Arístides Kavafis, muerto en 1902), extraído de sus *Memorias* y publicado el 27 de abril de 1963 en el diario *Tajidromos* de Alejandría. “¿Quién fue el poeta alejandrino Kavafis?”, testimonio de Polis Modinós, quien conoció al poeta y tuvo correspondencia con él. Es un testimonio de 1983. “K. Kavafis – El valiente del placer”, estudio de Tasos Vurnás, publicado en el diario *Tajidromos* en 1981; “La Alejandría de la época de Kavafis”, breve material de Paraskeví Katimertzí, como guía de la exposición “Kavafis, el poeta de Alejandría” realizada en el Institut Français d’Athènes en 1983 guía publicada el 12 de noviembre de ese año; “Una carta no entregada de Tíμος Malanos”, documento presentado por Kostas Stamatíu en 1984, “Durrel y su tetralogía alejandrina”, reseña bibliográfica de Yorgos Theotokás sobre el célebre ciclo, publicada en el diario

Vima en diciembre de 1961, “Nanis Panayotópulos Un hombre de Kavafis”, fragmento de un folleto de Andreas Karandonis, publicado en 1965. Es en realidad un bosquejo de Panayotópulos; “La revista *Nea Zoí* (*Nueva Vida*), “reseña hecha por K. Th. Dimarás del libro de K. Constantinidis *La vida de Nea Zoí*, una de las más importantes revistas literarias de la época de esplendor de la Alejandría cosmopolita, “Yorgos Seferis: breve conocimiento con él” de Manolis Yalurakis, publicado en el *Tajidromos* de Alejandría, y donde el autor recuerda su corto encuentro con el poeta, en el puerto de Alejandría, “La Alejandría de Tsirkas”: la esposa y una hermana de Tsirkas recuerda y caracterizan la ciudad del gran novelista alejandrino y la diferencian de la de Durrel (en 1990). Como puede apreciarse, los títulos ya muestran el interés de este material, dentro del cual se destaca especialmente el texto de Jariclia Valieri-Kavafis, una de las sobrinas preferidas del poeta. Ella deja un retrato de su tío y de su casa, el departamento de la calle Lepsius 10, y del ambiente de ese lugar donde nacieron tantos poemas inolvidables para quien los conozca.

En la sección “En las huellas de la ciudad y sus habitantes”, se destacan trozos como “La ciudad-cruce de caminos” de Orestes Lasarides publicado en el *Tajidromos* en 1961, “La Alejandría que se aleja...”, reseña escrita por Andreas Karandonis y publicada en Atenas en 1963; “La mayoría prepara su partida” de J. M. Jatzifotis, escritor y estudioso alejandrino, que comprueba con tristeza y nostalgia la rápida disminución de la otrora floreciente población griega de Alejandría. Uno de los textos más emocionantes es “Pañuelo de despedida” de Manolis Yalurakis, al abandonar su ciudad amada, donde entregó una vida al estudio, a la escritura y al periodismo. Fue su último artículo para el diario *Tajidromos*, el 30 de julio de 1965.

Imposible en una reseña referirse a todos los textos aquí reunidos, desde aquellos referidos a la célebre Biblioteca, al culto de Serapis, a la cuestión de la tumba de Alejandro, hasta los recuerdos del batallón griego que luchó en El Alamein la batalla

que decidió el curso de la guerra en África (y que salvó a Alejandría).

La mayoría de las fotografías son antiguas. De la época de esplendor de Alejandría; algunas de las primeras décadas del siglo XX. La calle Cherif Pachá y su esquina con la plaza Mohamed Alí, donde se destaca el imponente edificio de la Bolsa, recuerda que en esa calle nació Kavafis, antes de su destrucción por el bombardeo inglés de 1882. Y en ese edificio – hoy desaparecido trabajó el poeta como periodista, antes de tomar el trabajo público que durante treinta años lo llevaría a pocas cuadras de allí cada día, a la construcción sólida e imponente que alberga actualmente al hotel *Le Metropole*.

Libro apasionante, instructivo; una buena selección de textos, que fatalmente tienen que dejar melancolía y nostalgia a quien termina de recorrer sus páginas.

Michael Haag: *Alexandria City of Memory*, Traducción al griego D.

G.Stefanakis, Ediciones Okeanida, Atenas, 2005, 528 pp, 84 fotografías, 24 cm x 17,5.

Esta es la obra más extensa de las que ha dedicado Michael Haag a la ciudad de Alejandro. En su brevedad, *Alexandria written and photographed by M. H.* es una pequeña joya. Muy valiosa y útil, también en su brevedad, resulta *La ciudad de palabras* (Epílogo y notas a la 3a. edición de *Alejandría Historia y guía* de Forster). El volumen que reseñamos, de más de 500 páginas en formato no pequeño, refleja un largo y arduo trabajo de investigación, de búsqueda de fuentes nada fáciles de ubicar y en no pocos casos de difícil acceso. El libro dedica la mayor parte de su extensión a la "época alejandrina" de Forster y de Durrell. El espacio para la ciudad misma y su poeta resulta un poco disminuido. Una recapitulación apretada de la historia alejandrina se entrega en la introducción, que se titula "La capital de la memoria".

Ya a partir del primer capítulo, "Tranvía con vista", empezamos a conocer el encuentro de Forster con Alejandría y su relación con Kavafis; y se nos presenta el ambiente de la ciudad en las

décadas acaso más brillantes de su etapa cosmopolita moderna. Igualmente nos imponemos del principio de la relación sentimental del escritor inglés con el joven egipcio Mohamed el-Adl. "A través de él - escribe Haag, Alejandría llegaría a ser su ciudad ideal". En las páginas de este capítulo y de los dos siguientes, "Alejandría desde adentro" y "Si el amor existiera", podemos seguir la conmovedora historia de esa relación y del triste destino de una joven vida segada por la miseria y la tuberculosis, a los 22 años, después de la muerte de su pequeña hija, a causa de las mismas condiciones de existencia. Acaso Forster, más tarde, al conocer los emocionados poemas que Kavafis dedicó a jóvenes muertos en la flor de la edad, repasara las cartas a través de las cuales quedó constancia del triste apagarse de aquella vida. Paralelamente, podemos seguir la relación de Forster con Kavafis, la que se cimentó en torno a la poesía y a la historia. Igualmente, desfilan ante nosotros los hitos más importantes que marcaron la historia de Egipto desde fines de la Primera Guerra Mundial hasta los años de la segunda gran conflagración.

Precisamente, poco antes de que comenzara la Segunda Guerra Mundial, llegó Lawrence Durrell a Alejandría. Allí cambiaría su vida y su oficio literario, como antes el hechizo de la ciudad había hecho variar la vida y el arte de Forster. Ya Kavafis no estaba en vida desde hacía cinco años, pero su presencia permanecía muy viva, y la comunidad griega y la ciudad cosmopolita, en las cuales había vivido y había creado su obra el poeta, se conservaban aún casi intactas. Después de una estadía en Grecia en los dramáticos días de fines de 1940 y comienzos de 1941, Durrell volvió a Alejandría el 1º de julio de 1942, cuando la guerra en el Norte de África amenazaba la ciudad. Trabajó en El Cairo hasta octubre de ese año, cuando se lo destinó a la Oficina Británica de Prensa en Alejandría. El autor sigue en cierto modo la trayectoria de la escritura de las novelas del *Cuarteto*, de manera que podemos ubicar muchos de los lugares en que vivieron y actuaron sus personajes. También llegamos a saber de personas reales que inspiraron algunas de las figuras. Captamos muy bien que sólo en Alejandría pudo nacer ese ciclo de obras; sólo en la ciudad de Kavafis, la ciudad que sigue a los personajes, el lugar donde ellos permanecen, porque no pueden alejarse de ella. Nos convencemos que sólo en la

mágica Ciudad de Alejandro pudo aparecer la poesía de Kavafis, la *Alejandría* de Forster y el *Cuarteto* de Durrel.

Cautivado por "esta ciudad única", Haag, después de llevar al lector por todos los rincones de Alejandría a través de los ires y venires de tres escritores, corona su libro con una colección de ochenticuatro fotografías, que ha logrado recoger de los más variados archivos. Son imágenes de la ciudad de la memoria. La mayoría de ellas no puede sino hacernos meditar melancólicamente. La primera muestra la casa del poeta de la ciudad y la última, su tumba.

M. Castillo Didier

Luciano Canfora: *La biblioteca scomparsa*, Traducción al griego F.

Arvanitis, prólogo M. Stasinópulos, Ediciones Alexandria, 7a. reed., Atemas, 2000, 206 pp., 20,5 x 14,5 cm.

En una época en que algunos piensan en la posible desaparición de las bibliotecas tradicionales, la famosa Biblioteca de Alejandría no deja de atraer el interés de muchos hombres en el mundo. Su brillo y su fama en la Antigüedad; el hecho de que se materializó en ella un espíritu ecuménico, un afán de saber universal, ha hecho que se siguiera mirándola con nostalgia. Su desaparición ha constituido un tema de estudio y discusión no exento de polémicas apasionadas. Como escribe Federico Mayor: "si la Biblioteca ha cautivado tanto la imaginación de los hombres en el curso de los siglos e inspirado a los investigadores tanto entusiasmo por develar sus misterios, es en razón del valor excepcional que ella representa. A imagen de las conquistas del mismo Alejandro, la Biblioteca encarna el sueño de la universalidad. Simboliza una tentativa, quizás sin precedentes, por constituir una suma del saber, al integrar tanto la sabiduría de los autores griegos como la de los autores extranjeros traducidos. Además, la Biblioteca parece haber estado asociada a una percepción más aguda del saber como instrumento y de la búsqueda de conocimiento como proceso de colaboración y de síntesis". Acaso su misma gran fama sea la causa del conocimiento fragmentario y mínimo que de ella poseemos, como lo muestra el criterio de Ateneo

de no referirse al número de libros y a su organización, por estimar que todos lo sabían.

La obra de Luciano Canfora, helenista, latinista, filólogo, profesor de la Universidad de Bari, traducida al griego con el título de *La desaparecida Biblioteca de Alejandría*, resulta de un atractivo apasionante. Lleva al lector a los antecedentes faraónicos y griegos del concepto de biblioteca, los últimos aportados por Demetrio de Fálero. Se puede seguir su labor ardua, tenaz, junto a Ptolomeo Soter, para conseguir siempre más y más libros. A continuación, el autor desarrolla las "historias" de "Nileo y los libros de Aristóteles" y de "Aristea y la Septuaginta". Luego penetra en la interioridad del Museo, admirable centro de laboración científica y literaria, institución ligada totalmente a la Biblioteca. Un capítulo está dedicado a la Biblioteca de Pérgamo y la rivalidad que se desarrolló entre ella y la alejandrina.

Llevan al tema de la destrucción de la Biblioteca los capítulos referentes a "La guerra [de Julio César]" y a "El incendio", la conflagración que se produjo cuando, estando César sitiado en los palacios reales, sus soldados pusieron fuego a los sesenta barcos egipcios que estaban anclados en el Gran Puerto. Para Canfora, la Biblioteca no habría sido tocada durante la contienda ni la ciudad habría sufrido saqueo. Aunque en otro lugar de su estudio, Canfora deja pensar al lector que apoya la tesis que culpa a los árabes de la destrucción, su posición definitiva parece ser otra. La Biblioteca no habría sido destruida el año 641, al entrar los árabes a la ciudad, sino en la última década del siglo IV, a raíz de la recuperación de Alejandría por el emperador Aureliano, tras desalojar a las fuerzas de la reina Zenobia de Palmira, que la había tomado. El barrio de Bruchión, donde estaba la Biblioteca, habría sufrido enormes daños durante la contienda. De acuerdo con esta tesis, habría que pensar que la llamada Biblioteca Hija habría seguido existiendo y habría sido destruida el año 391, durante los saqueos y demoliciones de templos por fanáticos cristianos, que marcaron el principio del fin del Serapion.

En la segunda parte del libro, que ocupa casi la mitad de su extensión, Canfora presenta catorce los textos de catorce de sus fuentes, comentando los temas a los que ellas se refieren.

E. M. Forster: *Aleandría Historia y Guía. Faros y Farallón*. Traducción Adolfo Torres Franco y Ubaldo Gutiérrez Martínez. Introducción y notas Miriam Allot. Ediciones Almed, Granada 2009, 540 pp., 23 x 15,5 cm, 25 imágenes, 1 mapa fuera de texto.

“He captado la magia, la antigüedad y la complejidad de la ciudad, y he decidido escribir sobre ella. Me vino la idea de una guía de viaje”. Estas líneas escribió el novelista inglés luego de estar unos meses en el lugar en el que le tocó servir durante la Primera Guerra Mundial, después de haber expresado a su llegada que era una ciudad limpia con un mar bonito y sin mayor interés. Pero la ciudad lo conquistó y así surgió un libro que se ha vuelto clásico: *Aleandría Historia y guía*.

Todos quienes se interesan por el cautivante tema de Alejandría no pueden menos que saludar con alegría esta segunda traducción española de *Aleandría* y primera de *Faros y Pequeño Faro*, los dos libros “alejandrinos” del escritor.

Además del texto de los dos libros de Forster sobre Alejandría, el volumen contiene una serie de valiosos complementos: “Prólogo” de Miriam Allot; una extensa y muy completa “Introducción” de Miriam Allot; el “Prólogo” de los traductores; la “Introducción” de Forster a la edición de *Aleandría* de 1922; “Introducción” de Miriam Allot a *Faros y...*, la “Introducción” de Forster a *Faros y...*; y cinco apéndices muy importantes: A.- “Remembranza Mohammed el Adl” (que contiene las cartas de Mohammed a Forster); B.- “Prólogo” de Forster a la segunda edición de *Aleandría*, Alejandría 1938; C.- “La guía perdida”, conferencia de Forster en Aldeburgh, 1956); D.- “Comentarios de Forster sobre Egipto”, 1920; E.- “Críticas”, selección de críticas y fragmentos de críticas de los dos libros.

Como escribíamos al reseñar la primera edición castellana de *Alejandro*²²⁰, quien se interesa por la cultura griega admira y ama a Alejandría; quien ama la poesía de Kavafis ama a Alejandría; quien ama la belleza ama a Alejandría. La Alejandría griega, copta, cristiana, árabe, musulmana, antigua, medieval, moderna, sigue y seguramente seguirá atrayendo a muchos hombres, como ciudad real y poética, como ciudad del pasado y el presente. Porque en palabras de Kavafis, su mayor poeta, ‘Alejandría siempre es ella’.

El título original *Alexandria A History and a Guide* muestra nítidamente el propósito del autor. Son dos sus partes, la *Historia* “intenta (a modo de desfile de hechos históricos) poner en orden las actividades de Alejandría durante los dos mil doscientos cincuenta años de su existencia, empezando por la figura heroica de Alejandro Magno...”. Esta parte está dividida en breves secciones, al final de cada una de las cuales, Forster remite al lector a un punto de la segunda parte, la *Guía*. De esta manera, el lector y visitante –real o “imaginativo”– de la ciudad, se traslada desde los siglos pasados a la realidad actual, al sitio donde transcurrió la historia. se le dan todas las indicaciones para llegar al sitio de que se trata, se le indica el tranvía que debe tomar, el paradero donde puede abordarlo y donde debe dejarlo. Hay, pues, como una continua cita y encuentro con el pasado, sobre un suelo cargado de recuerdos de glorias abolidas, de vidas notables borradas por el tiempo. Grecia y lo griego están allí siempre “presentes”, siendo pasado. Dice el autor: “Las ‘vistas’ de Alejandría no son interesantes en sí mismas, pero nos fascinan cuando nos acercamos a ella desde el pasado y

²²⁰ E. M. Forster: *Alejandro Historia y Guía*, Prólogo de Lawrence Durrell, traducción J. B. Ferrer, notas y epílogo Michael Haag, Prólogo de Forster a la edición de 1922 e Introducción suya a la edición norteamericana de 1961. Seix Barral, Barcelona 1984.

esto es lo que he procurado hacer al desdoblar el libro en una *Historia y una Guía*".

Y, sin duda, que Forster logró su propósito. Allí está el encanto de su libro, encanto que ha seguido actuando hacia el futuro, si pudiéramos decir así. Pues hoy leemos y vemos en los planos el *Hospital Griego* o el templo griego de *San Saba*, y recordamos que en el primero pasó sus últimos días el poeta Kavafis y en el último recibieron sus restos la última despedida; y cuando vemos el *Cementerio griego de Chatby*, evocamos la tumba donde reposan las cenizas de quien cantó en forma incomparable a esta ciudad única.

Obra bella, verdaderamente original y clásica, *Alejandro Historia y Guía*, es para ser leída y releída varias veces y para volver a ser repasada luego de un tiempo.

Con el auxilio de Forster y de Haag, quien "va en peregrinación a Alejandría" puede recorrerla en sus tranvías incansables o transitar a pie los espacios por donde "se dio la vida" del poeta Kavafis, desde el grandioso templo de *Evangelismós*, donde fue bautizado, hasta la paz del cementerio donde duerme el sueño sin fin.

El segundo libro de Forster sobre Alejandría es *Faros y Farito* y la idea de publicarlo surgió en 1922, poco antes que apareciera *Alejandro*, libro que tuvo un dilatado y accidentado proceso de impresión. Pero *Faros* tuvo mejor suerte editorial y apareció en 1923 publicado por Hogarth Press. Rápidamente hubo una segunda edición y luego ha habido otras en 1926, 1943 y 1961. El mismo año 1923 se publicó en Estados Unidos por Alfred Knopf. En 1962 hubo otra edición de Knopf. Y en la década subsiguiente, en 1980, apareció otra edición por Creative Arts Book Company, en Berkeley, California y la edición de Michael Haag en 1983, con reedición en 1986.

En este tomito, Forster reunió cinco artículos o ensayos publicados anteriormente y trabajos nuevos. La materia está distribuida en dos partes: *Faros*, que incluye los artículos

relativos a Alejandría Antigua y *Farito*, que contiene los referentes a la Alejandría Moderna. Los capítulos son: *Faros*, *Regreso desde Siwa*, *Epifanía* (relativo a las circunstancias en que ascendió al trono Ptolomeo V, Epifanes), *El breve viaje de Filón*, *Clemente de Alejandría*, *San Atanasio*, *Timoteo el Gato* y *Timoteo Gorroblanco*. La segunda sección comprende *Elisa en Egipto*, *El algodón visto por un profano*, *El antro*, *El lugar solitario*, *Entre el sol y la luna* y *La poesía de C. P. Kavafis*. Este último escrito es el primer ensayo escrito por Forster sobre Kavafis que había publicado antes, en 1919, en la revista *Athenaeum* de Londres, y reproducido en la *Egyptian Gazette* de Alejandría. Este ensayo constituyó la primera presentación de la poesía kavafiana en inglés. Su reproducción en este tomo fue muy importante para la difusión de la poesía de Kavafis, dadas las diversas ediciones que tuvo.

Es de lamentar el error en la traducción del título del segundo libro de Forster incluido en este volumen. Debería haber sido *Faros* y *Pequeño Faros* o bien *Faro* y *Farillo*. Forster formó la palabra *Pharillon* de *Pharos* y la terminación diminutiva antigua *-yllion*. En griego moderno es *fariskos* y así aparece en la traducción al griego de Any Spirakou (Ediciones Alexandria, Atenas 1981). El título aludía al Faro antiguo (sobre cuya base se alza la fortaleza de Kait Bey) y al Pequeño Faro, hoy desaparecido, que se alzaba en el cabo de Silsileh (cuya fotografía aparece en la edición de la traducción mencionada, página 87). Lo expresa el autor en su "Introducción": "Pharos, el inmenso y colosal faro que dominaba la ciudad originaria-: bajo el nombre de Pharos he agrupado algunos acontecimientos que tienen lugar en los tiempos antiguos; a los acontecimientos contemporáneos y a mis impresiones personales di el nombre de Pharillon, el humilde sucesor de Pharos, que durante un tiempo permaneció aferrado en las rocas de Silsileh".

Es de lamentar, igualmente, que las traducciones de los poemas de Kavafis citados en el último ensayo del volumen se

hayan hecho de la traducción inglesa y no de los originales, dando origen así a serios alejamientos de aquéllos.

En todo caso, como escribíamos al comenzar esta reseña, quienes aman a Alejandría no pueden sino saludar con gran alegría esta nueva traducción del primer “libro alejandrino” de Forster y la primera versión castellana de *Pharos and Pharillon*.